

CRÓNICAS MIGRANTES



OIM
ONU MIGRACIÓN

70
AÑOS

+ Anfibia



Créditos:

Dirección general: OIM Argentina y Revista Anfibia

Coordinación: Juan Pablo Schneider y Leila Mesyngier

Equipo de edición: Sonia Budassi, Gimena Pérez Caraballo
y Ezequiel Fernández Bravo.

Dirección de arte y diseño de tapa: Sebastián Angresano.

Diseño editorial: Morocho Estudio - www.morochoestudio.com

CRÓNICAS MIGRANTES

Las opiniones expresadas en las publicaciones de la Organización Internacional para las Migraciones OIM) corresponden a los autores y no reflejan necesariamente las de la OIM. Las denominaciones empleadas en esta publicación y la forma en que aparecen presentados los datos que contiene no implican juicio alguno por parte de la OIM sobre la condición jurídica de ningún país, territorio, ciudad o zona citados, o de sus autoridades, ni respecto del trazado de sus fronteras o límites.

La OIM está consagrada al principio de que la migración en forma ordenada y en condiciones humanas beneficia a los migrantes y a la sociedad. En su calidad de organismo intergubernamental, la OIM trabaja con sus asociados de la comunidad internacional para: ayudar a encarar los crecientes desafíos que plantea la gestión de la migración; fomentar la comprensión de las cuestiones migratorias; alentar el desarrollo social y económico a través de la migración; y velar por el respeto de la dignidad humana y el bienestar de los migrantes.

Publicado por: Organización Internacional para las Migraciones.
Av. Callao 1046 – 2° A
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
C.P. C1023AAQ
Argentina
Tel: +54-11-4815-1035 / 4811-9148
Correo electrónico: iombuenosaires@iom.int
Sitio web: www.argentina.iom.int/co/

Esta publicación no ha sido editada oficialmente por la OIM.

Esta publicación fue emitida sin la aprobación de la Unidad de Publicaciones de la OIM (PUB)

Quedan reservados todos los derechos. La presente publicación no podrá ser reproducida íntegra o parcialmente, ni archivada o transmitida por ningún medio (ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado u otro), sin la autorización previa del editor.

ÍNDICE

UN FUTURO MEJOR



Página 20-29

EL TUCU NO ES DE TUCUMÁN

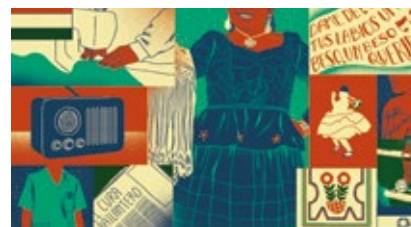
Por **Gisele Kleidermacher**
Fotos de **Andrés Cuenca Aldecoa**



Página 30-37

CUANDO LA PARODIA DEL HÉROE TE ALCANZA

Por **Jesús Rafael Rodríguez García**
Ilustración de **Juan Dellacha**



Página 38-44

LA ESCALERA BOLIVIANA TAMBIÉN SE PUEDE SUBIR CON CUMBIA

Por **Lucía Blasco**
Ilustración de **Malena Guerrero**

DE VÍNCULOS Y AFECTOS



Página 46-53

ESTA NOCHE SAGRADA ES MEJOR QUE MIL MESES

Por **María Luz Espiro**
Ilustración de **Santi Pozzi**



Página 54-59

YO NO QUIERO HACER LA GUERRA

Por **María Fernanda Chaves**
Ilustración de **Santi Pozzi**

EL TRABAJO DE LAS MUJERES



Página 60-67

HALMONI, ME QUIERO QUEDAR ACÁ

Por **Jung-Eun Lee**

Ilustración de **Juan Dellacha**



Página 68-74

TE DEJO MIS HIJAS PERO NO LAS LLAVES

Por **Macarena Romero**

Ilustración de **Florencia Merlo**



Página 76-80

LA REINVENCIÓN A LA DISTANCIA

Por **Marilyn Oviedo**

Ilustración de **Malena Guerrero**

CONQUISTAR DERECHOS ACÁ Y ALLÁ



Página 82-91

LO QUE EL ESTADO NO HACE, LO HACEMOS NOSOTRAS

Texto y fotos de **Anita Pouchard Serra**



Página 92-98

HAITÍ: ¿SERÁ POSIBLE VOLVER ALGÚN DÍA?

Por **Micaela González Valdés**

Ilustración de **Santi Pozzi**



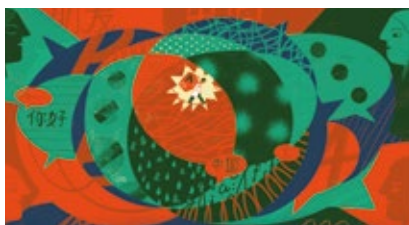
Página 100-105

UN ESCUDERO PARA ANITA

Por **Ana Gabriela González Briceño**

Ilustración de **Florencia Merlo**

APRENDER Y ENSEÑAR



Página 106-113

SOY CHINO, NO SOY CHINO

Por **Alejandra Conconi**

Ilustración de **Juan Dellacha**



Página 114-121

APUNTES DE ANATOMÍA EN PORTUGUÉS

Por **Martín Stoianovich**

Fotos de **Malena Guerrero**

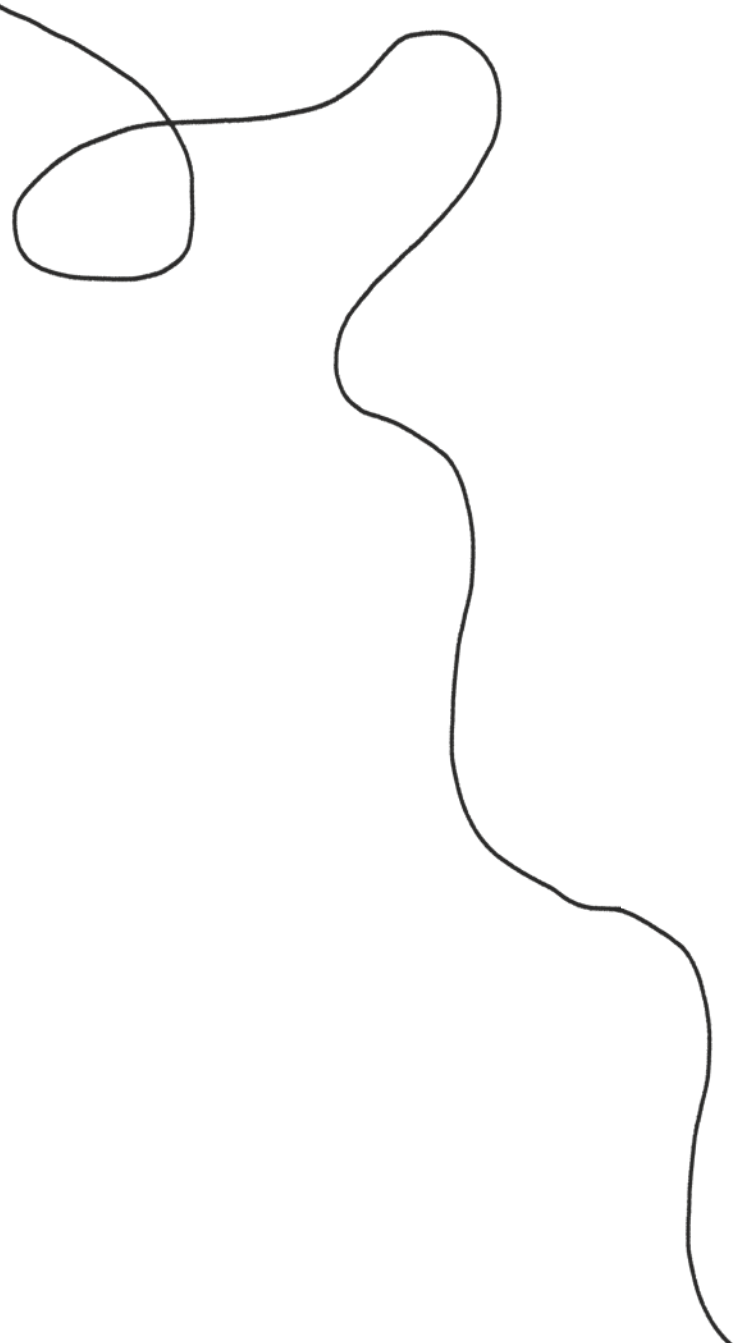


Página 122-128

PASIÓN DE CAPORALES

Por **Andrea Gago**

Ilustración de **Florencia Merlo**



CONTAR HISTORIAS, ACERCAR UNIVERSOS

Un erhu chino suena en una orquesta de tango. Un tucumano que habla perfecto wolof y recuerda su Dakar natal. El kimchi coreano se saborea en Floresta mientras que en la Patagonia se bailan caporales bolivianos.

Universos disímiles que se intersectan a causa de -gracias a- las personas que, buscando, deseando, escapando, añorando, pero siempre avanzando, los conectaron a través de sus trayectorias migrantes, sus trayectorias de vida.

Estas historias esperanzadas, historias sufrientes, historias de luchas individuales y colectivas son historias de personas. De personas migrantes. Poner el énfasis en el sustantivo antes que en el adjetivo es el ejercicio que nos resguarda del peligro, siempre latente, de la xenofobia y la discriminación, particularmente en un contexto donde las tensiones sociales derivadas de la pandemia reavivaron esta clase de narrativas.

Es un placer para OIM Argentina, en el año de su 70 aniversario, poder presentar este libro. Las 14 crónicas que lo componen, fruto del trabajo de periodistas y académicxs de distintas nacionalidades, junto a la guía de la maestra en periodismo y literatura, Sonia Budassi, y la especialista en interculturalidad Gimena Pérez Caraballo, son 14 proclamas a favor de la diversidad, en defensa del pluralismo.

A todxs ellxs, nuestro agradecimiento por sus obras y su mirada, que permite asomarnos a estas realidades.

Es un placer también haberlo hecho junto al equipo de Anfibia, que cuenta con el saber pero también con la sensibilidad que un fenómeno complejo, multidimensional y pluricausal como el de las migraciones requiere.

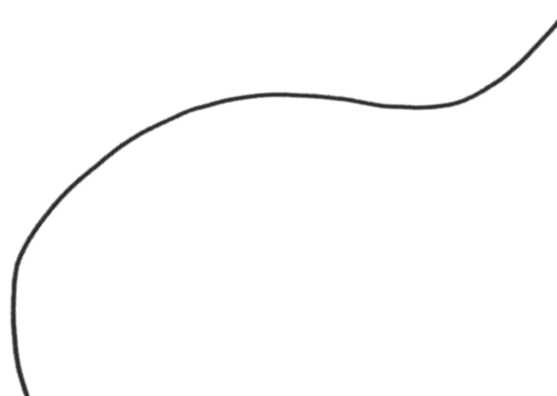
El modo en el que las historias dialogan al interior de este libro también da cuenta de esta heterogeneidad que referimos, así como su interseccionalidad, que es fundamental a la hora de pensar en el fenómeno migratorio. Género, trabajo, participación política, educación son algunas de las dimensiones que la movilidad humana atraviesa – y por las que es atravesada- en una imbricación tan compleja como rica.

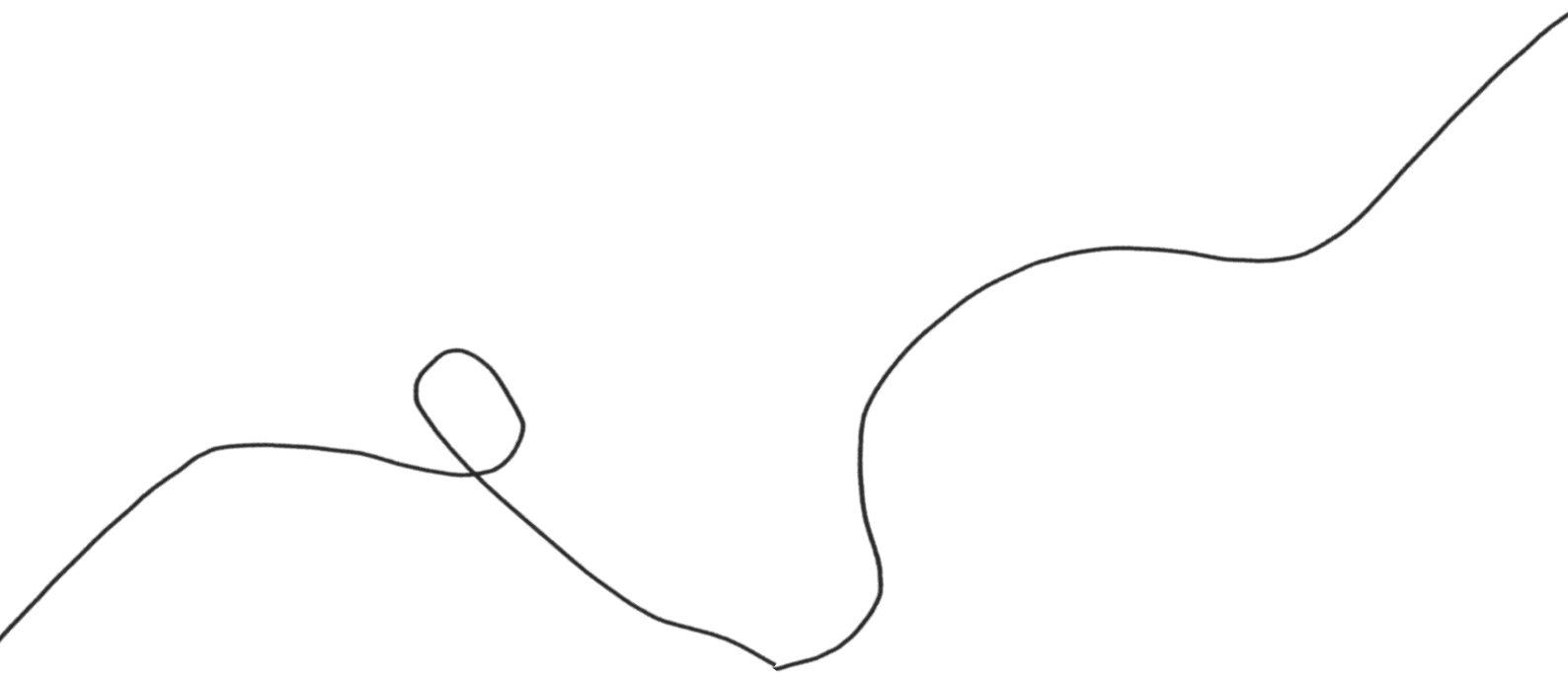
Necesitamos narrar la complejidad, la riqueza; pensar los procesos macro de la movilidad humana también desde los detalles de una trayectoria subjetiva; reconocer la textura que surge de la sumatoria de voces y experiencias; abrirse al desgarramiento que implica aprender a ser padre, madre, hermana a través de una pantalla; ajustar la lente para ver cuánto de común, compartido, de inherentemente humano hay en estos recorridos. Solo a través de este proceso de reconocimiento, de conocernos mutuamente, cada vez más, podremos construir sociedades más plurales.

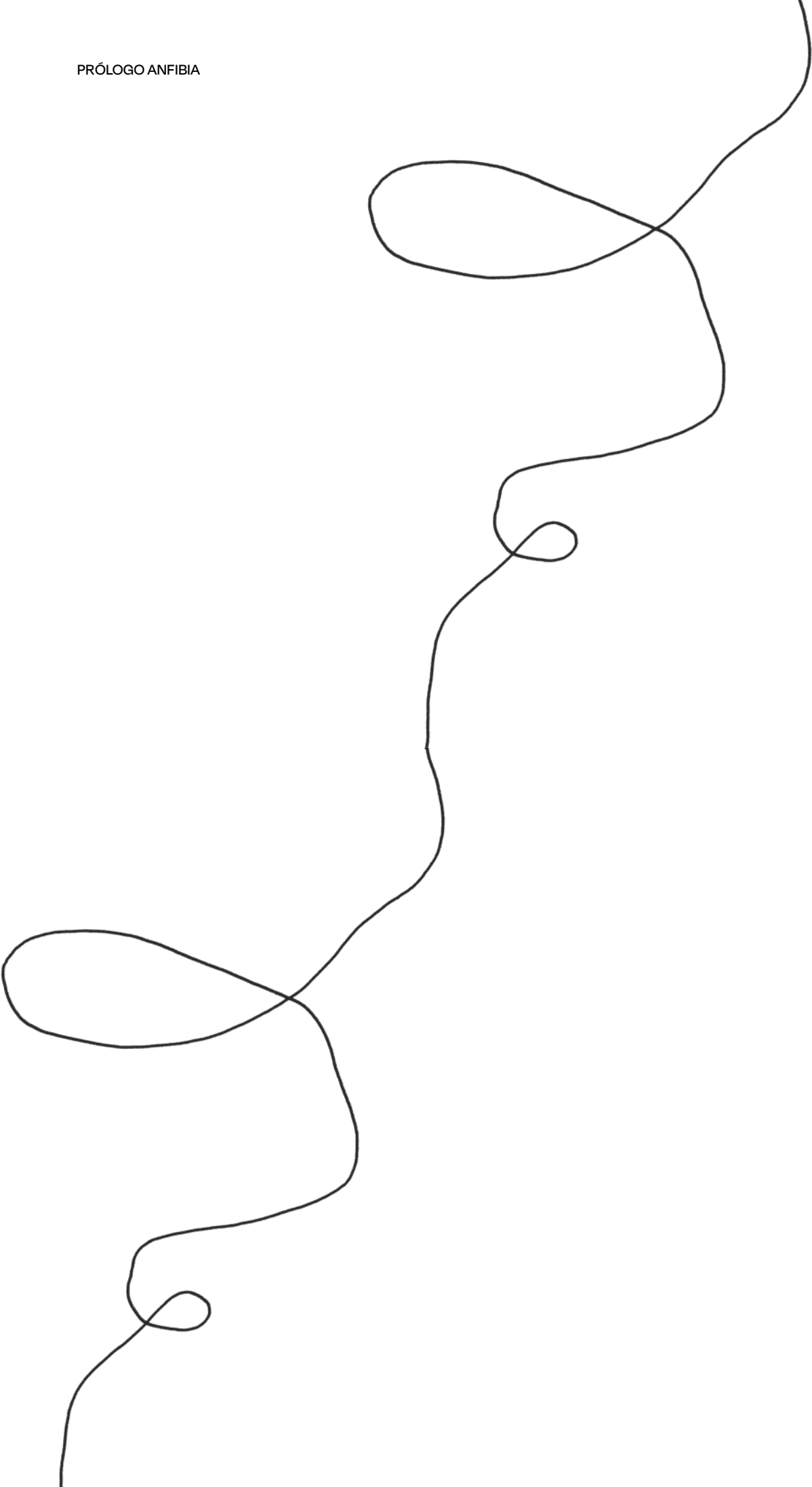
Infinitas gracias al Tucu; a Diego; a Chao; a Ana, Juana, Andrea, Susana y Patricia; a Hernán y a “la Quirqui”; a Abdoul y Ousmane; a Henry y a Eddyson; a Okba; a Sandra; a Natividad, Fátima y Nélica; a Emily, a Luz y a Kevin; a Jesús, a Gilbert; a Caroline y Guilherme; a Ana y su escudero Juancho; a Marilyn. Sus historias y su valentía para compartirlas son ejemplos de tesón, resiliencia, solidaridad, entereza, compromiso.

“Yo soy como un árbol. Llegué necesitando tierra y ahora doy fruta”, nos dice Okba sobre el cierre de su crónica. Infinitas gracias a quienes han elegido ésta como su tierra. Infinitas gracias por compartir aquí los frutos de su crecimiento.

Gabriela Fernández
Jefa de oficina OIM Argentina







¿QUÉ CONTAMOS CUANDO CONTAMOS LA VIDA DE QUIENES MIGRAN?

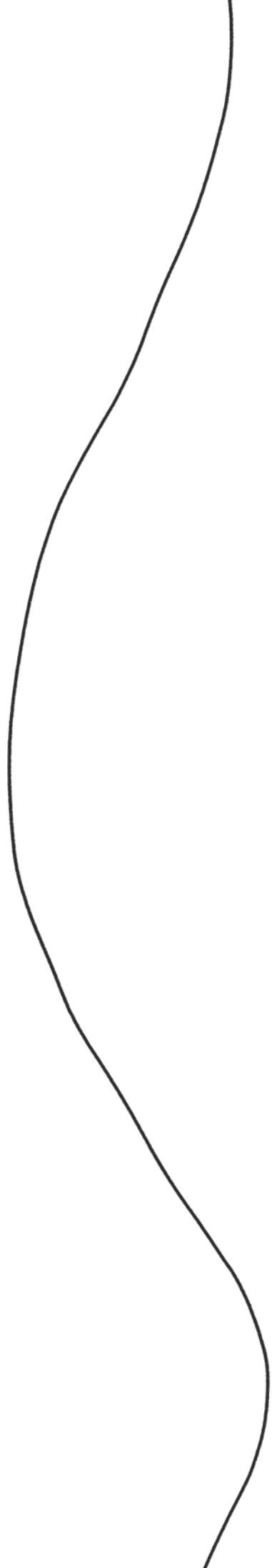
La pregunta por las migraciones interpela directamente a los Estados y a las sociedades y hoy, con cada vez más intensidad, resuena a lo largo de la región. Por eso, cuando empezamos este proyecto debatimos dos interrogantes que nos acompañaron durante todo el proceso. ¿Qué contamos cuando contamos la vida de una persona que atraviesa una frontera internacional en busca de un nuevo destino? ¿Qué nuevas historias podemos contar en un país como Argentina? Desde la selección de lxs participantes, pasando por el taller a cargo de la maestra Sonia Budassi y la experta en Comunicación Intercultural Gimena Pérez Caraballo, hasta la edición final de las crónicas mantuvimos esas tensiones.

Trabajamos con una premisa: interpelar a quienes no están habituados a estos temas, a quienes que por desconocimiento o temor no están sensibilizados con una perspectiva de derechos sobre la movilidad humana. Y mirar las múltiples aristas de un fenómeno tan complejo como significativo para el presente y futuro del país y la región. Por eso participaron investigadorxs, periodistas, activistas y fotógrafxs de distintas nacionalidades. En cada encuentro hubo debates, discusiones teóricas e intercambios narrativos para construir miradas e historias novedosas, profundas, empáticas, atrapantes.

No nos propusimos contar la movilidad humana como un campo aislado. Todo lo contrario: tratamos de proyectar las migraciones en el corazón de las dinámicas sociales. Por eso estas crónicas hablan del antes, del durante y el después de cruzar una frontera internacional. En todas ellas se entrecruzan varias aristas, porque las vidas de las personas nunca son unidimensionales. Cada historia teje una trama que conecta trabajo, educación, salud, trámites migratorios, militancias, espiritualidad y redes de apoyo y afecto. A través de ellas se anudan familias, comunidades, instituciones, Estados, ciclos de corto y largo aliento de uno y otro lado de la frontera. Porque cuando se migra lo que se mueve es más que un cuerpo.

El orden de las crónicas que están en este libro es arbitrario, como cualquier clasificación. Sin embargo, al avanzar podrán ver hilos que se cruzan y dialogan, historias que dan forma a la trama de las migraciones en el país hoy.

Ezequiel Fernández Bravo y Leila Mesyngier
Revista Anfibia.





Un grupo de catorce periodistas y académicxs trabajó codo a codo durante dos meses en un proyecto tan ambicioso como necesario y urgente. Con el apoyo de OIM y Anfibia, y guiados por la maestra Sonia Budassi y la experta en Comunicación Intercultural Gimena Pérez Caraballo, escribieron catorce historias que se anudan, entrelazan y componen el rompecabezas de la movilidad humana actual en Argentina. Si la migración es un hecho social total, en estos relatos encontraremos historias de vida transnacionales; reflexiones sobre infancias, trabajo y educación; organización y solidaridad migrante; deseos, miedos, frustraciones, logros, esperanzas, futuros.

¡Pasen y lean!

UN FUTURO MEJOR

EL TUCU NO ES DE TUCUMÁN



Por Gisele Kleidermacher

Fotos de Andrés Cuenca Aldecoa



El Tucu no es tucumano, pero es el apodo que ambos le pusimos al conocerlos hace más de diez años, cuando él vendía cadenitas y anillos justo frente a mi casa, al lado de un Mc Donalds, sobre la avenida Córdoba, en el barrio de Almagro. Cansado de que le preguntaran por su procedencia, adoptó esa respuesta para personas curiosas.

El Tucu nació en Dakar, la capital de Senegal, y vivió en Somone, una zona turística a una hora de su ciudad. Luego migró hacia la Argentina. Vivió en Tucumán y en Buenos Aires, donde trabajó todos los días, de lunes a lunes, sin descanso, excepto cuando llovía y no podía armar su puesto: una mesa de madera, cubierta con un paño rojo, sobre la que ordenaba unas cadenitas de color dorado y de plata que compraba en el barrio de Once a un mayorista que las importaba de China. También vendía pulseras de diferentes largos, relojes muy grandes de todos los colores y anillos de diversas formas y tamaños. Traslataba su puesto en colectivo a la mañana, cuando salía de su casa en Rivadavia y Sánchez de Loria; cuando regresaba discutía a diario con choferes que no le permitían subir con esos bultos. Desde hace dos años vive en España, en Palma de Mallorca. Sueña con mudarse a Londres. Aunque no duda en afirmar que su hogar es Senegal, adonde piensa volver.

Enero de 2009. El Tucu no se fue a la costa a vender como el resto de sus compatriotas. No tiene sentido porque, dice, se invierte demasiado dinero que no se recupera. Duerme pocas horas, se levanta temprano, compra mercadería, arma su puesto. Lo poco que vende lo envía a su familia por Western Union. El resto lo usa para comprar comida y pagar su pensión. Al regresar, debe bañarse, rezar y cocinar, le queda poco tiempo para dormir. No hay días de descanso, su familia espera las remesas que él manda para poder mantenerse.

El dinero se reparte entre su madre y sus hermanas, pero también entre las otras esposas de su padre y sus medio-hermanos.

—Soy una vaca lechera, mi papá tiene tres esposas, está jubilado y con mis hermanos puedo hacer un equipo de fútbol con dos suplentes.

En su casa nadie trabaja, sus hermanos y hermanas estudian y buscan empleo, así que dependen de él.

—Me educaron así. Cada padre quisiera tener un hijo que haga lo mismo, que se vaya y consiga plata para todo eso.

Además de la necesidad de los suyos está su honor, “yo puedo decir que no me está yendo bien pero no me van a creer, piensan que es porque no les quiero mandar plata”.

Desde chico aprendió a estar lejos de su familia. A los ocho su madre lo envió con un tío a estudiar a Somone “porque era muy terrible”, cuenta. Regresó unos años más tarde a su casa natal en el barrio de Grand Yoff, a 40 minutos del centro de la ciudad (en taxi y en horario no pico). Es un barrio de clase trabajadora, lleno de edificios bajos, muchos sin terminar, calles de tierra y sin alumbrado público.

Ya de grande, trabajó como guía turístico en la Isla de Gorée, ex centro de traslado de personas en situación de esclavitud. Hoy, gracias a esa tremenda historia, vive del turismo. En Gorée conoció a una pareja de franceses que le pidió que viviera en su casa de vacaciones como cuidador, en la zona turística de Somone, otra vez. Allí nació la idea de viajar a la Argentina: vendía instrumentos musicales africanos a turistas y conoció a un amigo quien le habló de la tierra de Messi y de las posibilidades de hacer dinero. Aunque tenía un buen pasar en Senegal, decidió vender su auto y otros objetos para pagar el pasaje y cruzar el océano hacia un país sobre el que poco sabía.

Le gustaba la idea de alejarse de su familia extensa que siempre iba a pedirle dinero, “en Senegal todos son familiares por alguna línea, y piden cosas al que está vendiendo algo y no puede negarse”.

Después de volar 5300 kilómetros de Dakar a San Pablo, de pasar 20 horas en un micro que lo llevó hasta la frontera con Argentina, de pagar a pasadores para que no lo controlen en el paso, y de aguantar 24 horas más en otro bus, llegó hasta la estación de Retiro, en Buenos Aires, el 15 de octubre de 2006. Recuerda con precisión la fecha.

Marcó en un teléfono público de la estación el número de una persona oriunda de su mismo barrio; solo conocía su nombre. Él lo llevó hasta un hotel familiar en Once. Allí compartieron una habitación durante algunos meses con otras ocho personas. También ese compatriota le dejó su puesto del McDonald’s cuando decidió irse a vivir a Brasil. Desde ese momento el Tucu vendió, pero quería volver a su país. Pensaba que era un “boludo”, que en Senegal no le iba mal, y Buenos Aires “no tenía vida”. Sin embargo, volver no era una opción para él:

—La migración es como la guerra, si salís, no podés regresar, es muy feo que te vayas a la guerra y saliste corriendo para no morirte.

Al Tucu no le gusta pasar tiempo con senegaleses, si bien es más barato compartir habitación en los hoteles familiares; ni bien pudo, alquiló su propio cuarto. Vale la pena, dice, para poder descansar cuando uno quiere y no tener que pelear cuando comen la





comida que uno compra. Sin embargo, todo eso cambió el 5 de julio de 2012, cuando la policía le secuestró la mercadería: 496 anillos y relojes. Le dejaron un número telefónico y una dirección. Trató de comunicarse pero no la pudo recuperar.

Luego del incidente, volvió a la pensión donde vivía. En la pequeña habitación del segundo piso ubicado en Rivadavia y Sánchez de Bustamante, sobre una cama matrimonial, había relojes, pilas, pinzas y dos anotadores donde apuntaba lo que vendía y lo que le debían. Al costado, una notebook con Facebook y Skype abiertos para comunicarse con su familia. También una pila de fotos de su infancia. A su lado, una mesa donde hay aceite, detergente, desodorante y otros productos mezclados. Más allá, tres valijas con relojes, una heladera y un bidón grande de agua. En el piso, tapado con diarios, una bandeja con arroz, zanahoria, cebolla, pedazos de carne y una salsa espesa a base de tomate, el plato tradicional de su tierra, Tiéboudienne (o chebuyen, como suena).



Hacía una semana que el Tucu vendía relojes, se los había traído una persona desde Paraguay. Ganaba por cantidad. Trabajaba hasta las dos de la mañana, llevaba relojes a los puestos durante el día y también los enviaba al interior. Durante la noche, los vendía en su habitación.

Quería alquilar algo más grande porque los relojes ocupaban mucho lugar. También buscaba trabajo. Algo más estable que le permitiera enviar dinero a su familia con regularidad, sin correr riesgos.

El Tucu se fue a Senegal a visitar a su familia en septiembre de 2015. Llevó regalos. Su mamá lo esperaba con una prometida, una prima segunda, como se estila en su etnia, los lebou. Fue a verla a su casa, luego ella fue a la suya y a las dos semanas de estar en Senegal, me envió fotos de la fiesta de casamiento. Compartieron lecho durante dos semanas, luego él se volvió y ella se fue a vivir a la casa de su suegra, con sus cuñadas y demás familia de su marido, tal como es la tradición.

No es el primer matrimonio del Tucu. La primera vez que se casó fue en 2007, al poco tiempo de llegar a la Argentina. Le presentaron a una mujer que vivía en Córdoba. Ella necesitaba dinero. Él, los papeles. A cambio de una suma acordada se casaron por registro civil. Sin embargo, el matrimonio no prosperó y tampoco su regularización migratoria, que ocurrió recién en 2013, gracias al Plan de Regularización para personas oriundas de República Dominicana y Senegal, vigente de enero a julio de ese año.

El segundo casamiento fue con Jesica. La conoció a través de Facebook, en 2008. Ella vivía con su familia en Morón y él la visitaba los fines de semana. Después de un tiempo le pidió que se casaran bajo las normas del islam, ya que lo hacía sentir mal tener relaciones por fuera del matrimonio. Así fue como, en una pequeña ceremonia, un marabout los convirtió en marido y mujer, aunque continuaron viviendo en casas separadas.

Luego de dos años, el Tucu decidió terminar la relación. Tenían muchas discusiones, ella le pedía pasar más tiempo juntos y no entendía sus obligaciones de trabajar y rezar.

Su tercer matrimonio también es a la distancia, pero con un océano de por medio.

En diciembre de 2015 nos juntamos en un bar sobre la avenida Pueyrredón, a metros de Corrientes, en pleno barrio de Once. Es un café chiquito donde solemos reunirnos a conversar los viernes por la tarde, luego de su visita a la mezquita. Es el único día que tiene franco desde que trabaja en un shopping para una empresa de seguridad.

Cada vez que entramos las miradas se posan sobre su metro ochenta, su piel negra, su gorra de Nike con visera. Mientras charlamos, está atento al celular. Su esposa le habla desde Dakar. Me da su teléfono para que escuche el audio en idioma wolof. Ella no sabe escribir. Le pido que me traduzca al español.

Me cuenta que le está pidiendo permiso para visitar a su padre enfermo que vive en otro pueblo. Él la autoriza, pero pone un horario de regreso; ella respetará la decisión de su marido. La mujer, dice el Tucu, debe dedicarse a él, elegirle la ropa, seleccionar el mejor trozo de carne de la comida, entre otras obligaciones.



En enero de 2017, en medio del calor de Buenos Aires, volvimos a juntarnos en el bar de Pueyrredón. En ese momento el Tucu estaba preocupado. Su trabajo como seguridad privada en un shopping de las afueras de la ciudad le daba desde hacía dos años un sueldo estable. Pero también lo obligaba a levantarse a las cinco de la mañana y regresar a las once de la noche. A eso se sumaban las peleas por el pago de las horas extras y que no le permitieran tomarse vacaciones. El Tucu empezó a pensar en otras opciones de trabajo. Esta vez, fuera del país.

Una vez que consiguió el pasaporte argentino, averiguó los requisitos para entrar a otros países. Buscó en Canadá, en Australia, en Inglaterra, hasta que un primo le habló de posibilidades en Palma de Mallorca, España.

Después de ahorrar dinero y buscar en sitios de internet y agencias de turismo, me llamó el primer día de septiembre de 2017 para contarme que tenía sus pasajes: iría a Senegal a ver a su familia y luego partiría, “si Dios quiere”, a España.

Nos juntamos en el bar de siempre. Me mostró los regalos que había comprado para llevar a su hermana, a su madre y a su esposa. Habló de las valijas, del costo del pasaje, de la transferencia y de lo que allí haría.

El 10 de septiembre recibí fotos de un Tucu en traje colorido y elegante, junto a su compañera, disfrutando de la fiesta del cordero, en Senegal, una de las más importantes para la religión musulmana. En noviembre de ese año su primo le dijo que ya había un trabajo en Palma, y hacia allí partió, a probar suerte, dejando a su esposa y al resto de su familia en Dakar.

Dos años más tarde, vuelve a armarse de paciencia para tener un documento, esta vez español. Trabaja como lavaplatos en un hotel lujoso de la costa de Palma. Espera un hijo en Senegal al que no podrá conocer hasta que cumpla un año, y él tenga su documento que le permita salir y también regresar. Puede enviar remesas. El euro vale mucho más en Cefas senegalesas que el devaluado Peso argentino. Aún en medio de la pandemia, sigue cobrando un sueldo. La distancia con su hogar, aquel desde el que partió y que ahora espera un nuevo miembro, parece más corta.

CUANDO LA PARODIA DEL HÉROE TE ALCANZA



Por **Jesús Rafael Rodríguez García**

Ilustración de **Juan Dellacha**



Gilbert Guerra llegó al Aeroparque Jorge Newbery en noviembre de 2018. Traía de Venezuela una maleta con cuatro mudas de ropa y una réplica de la máscara de terror que usa el vocalista de la banda de rock Slipknot, que le recordaba viejos ímpetus. Tenía 37 años.

Un legajo de papeles apostillados que lo acreditaban como profesor de secundaria de Química y Biología graduado con honores completaban sus posesiones.

Orgullosa de haber nacido en los años 80, Gilbert fue educado bajo la premisa venezolana de entonces: la educación formal era la llave de superación personal y ascenso social. Nacido y criado en los Andes venezolanos, una región de páramos y montañas silenciosas que propician la introspección y el estudio, Gilbert escogió la ciencia como la manera de entender y explicar el mundo y se forjó una personalidad inconforme y racional que recuerda a Emmet Brown en la ochentera *Volver al futuro*:

— Yo siempre le dije a mis alumnos que cuestionaran, que pensaran fuera de la caja. No quería brócolis en mis clases, sino gente activa, de pensamiento cinético. El brócoli se marchita, muere y desaparece.

Antes del acelerado espiral de decadencia en el que entró Venezuela desde la muerte de Hugo Chávez en 2013, Gilbert había ocupado todos los cargos como docente secundario y coordinador en su Táchira natal. Después de ese año siguió su ascenso profesional y habría sido director de su colegio si antes algunos colegas y padres de sus alumnos no lo hubieran acusado de no ser chavista. Al nacer en 2018 su hija Anne Marie, «por Ana Frank y Marie Curie», supo que la partida de Venezuela era inminente. Antes de poder celebrar algún cumpleaños con Anne Marie, Gilbert resolvió, entre razonamientos y vacilaciones, viajar a Argentina e intentarlo como profesor. La desesperación le ganó a su arraigo, al gusto de estar con su familia preparando pizzas los domingos, a explicarle a sus estudiantes los misterios de la vida celular y el orden de las moléculas de las tierras raras.

—Me vine a Buenos Aires sin querer venir. Cuando nació mi hija ya vivíamos en hiperinflación y mi sueldo de dos trabajos no alcanzaba ni para pañales. Llegué con expectativas de traer a mi esposa y mi hija y no pude ejercer mi carrera ni traerlas.

Ahora únicamente me quedó el miedo de morirme solo acá.

El miedo a morirse solo; el terror nocturno recurrente de que mueran sus padres y tener que llorarlos desde el silencio y el disimulo de una habitación a 7900 kms de distancia. Miedo a no ejercer su carrera y quedarse sin estudiantes a quienes enseñar. El pánico. Migrar: siempre el miedo, la soledad.

Los otros premiados esperan con amigas, novios, familia. Mi barra la compone Enrique, un conocido que vivía en una antigua clínica de San Telmo convertida en edificio tomado. En ese lugar estuve un par de meses cuando llegué. La única cama libre quedaba en el sótano donde antes se ubicaba la morgue, un sitio llamado «el polo Sur». También ese día fue Gladys, una militante leonina de Madres de la Plaza de Mayo que merece una crónica aparte. Llegaron cuando el acto de premiación del concurso de arte de la Legislatura Porteña había empezado. El premio fueron diez mil pesos que usé seis meses después para comprarme una laptop en Paraguay. Leí mi nombre en el diploma: «Jesús Rodríguez, primer lugar, mención Poesía». Pensé en mi familia y en mi hijo Diego. Me cuadré para la foto nervioso con los demás premiados y vi frente a mí caras desconocidas que me aplaudían sin que mediara entre nosotros algún vínculo real.

Eso es todo. Me senté y Gladys dijo que quería sacarme más fotos.

Sentado en silencio recordé que hasta febrero de ese 2016 trabajaba como editor en Caracas luego de ocho años de formación y trabajo intensos y algo cercano a la plenitud, a pesar de que todo alrededor empezaba a desintegrarse.

El día de la premiación había pedido permiso en el café en San Isidro donde trabajaba como mozo. Aún no sabía manejar bien la bandeja con los platos y vasos pero me defendía.

En Argentina residen más de 145 mil venezolanas y venezolanos. Según los dos monitoreos de población venezolana realizados por OIM en 2018, cerca del 50% de los entrevistados que ingresaron al país en ese año tienen título universitario o posgrado. Otro 10% posee título de posgrado. En 2019, la firma Adecco realizó un estudio sobre el impacto laboral de los migrantes de Venezuela en Argentina con una muestra pequeña pero significativa que arrojó, entre otros, estos datos: 60% de los encuestados declaró no tener trabajo estable; 70% trabajaba de forma no registrada al momento de la encuesta. Sólo 4,5% ejercía su profesión, en su mayoría médicos e ingenieros. La sola declaración de algunas autoridades tampoco ayudan a mejorar estas cifras: en febrero de 2018 el gobierno de Mauricio Macri emitió dos resoluciones que exceptuaban a profesionales y estudiantes de Siria y Venezuela de cumplir los pasos regulares para convalidar sus títulos. Esto no implicó, más allá del impacto mediático, que el proceso fuera más expedito. Gilbert ilustra:

—Pude convalidar mi título pero luego viene el método de puntuación de Capital y de cada provincia. Tardaría al menos tres años de diplomados para optar a un concurso como suplente de primaria. Mi título acá no valió nada.

Mientras la burocracia maneja en reversa Gilbert fue, en menos de dos años, bartender, ayudante de cocina, hornero, ensaladero, pastero, chofer de Uber a destajo y ayudante general en una dietética. “Trabajé hasta quince horas seguidas en gastronomía, en informal, sólo por la propina. Tuve un jefe fascista quince años menor que yo que me pedía las cosas con groserías y a los gritos. Sufrí burlas del tipo ‘denle más comida a Gilbert, debe tener más hambre por ser venezolano’”, reconoce rabioso. Llegó incluso a enfrentarse a un jefe de cocina venezolano que lo amenazó de muerte si no trabajaba más rápido. Es la cadena alimenticia del trabajo precarizado.

Una consecuencia del subempleo es el bajo ingreso percibido, que bordea el salario mínimo vital argentino. Los migrantes como Gilbert no tienen muchas opciones a la hora de elegir dónde vivir. Pensiones ruinosas y húmedas, atiborradas de habitaciones con cuatro o más camas cada una suelen ser la primera opción de lxs venezolanxs al llegar.

—Tengo un hermano menor acá y sólo quiso hospedarme un día. Luego alquilé un cuarto compartido en una pensión en Once. Consumían mucha droga allí. Me robaban la ropa que ponía a secar. Tenía un apartamento propio en Venezuela y ahora vivía pendiente de que no me robaran el jabón. Vivía entre cucarachas y lágrimas —remata Gilbert.

La cama en una habitación compartida en Buenos Aires oscila entre 5000 y 8000 pesos (unos 70 y 110 dólares a cambio oficial de junio de 2020). El negocio: una habitación con cuatro camas le reporta al dueño la misma cantidad o un monto superior a si alquilara un departamento dos ambientes.

Rentar un apartamento entre varios migrantes con trabajos precarios se vuelve imposible. En los trabajos no registrados no existe el recibo de sueldo, en los trabajos registrados el recibo refleja alrededor de la mitad del salario total percibido, los costos de comisiones y adelantos no están regulados y comprar un seguro de caución es una utopía. Comenta Gilbert:

—Necesitaría un sueldo como profesional para alquilar algo decente y traer a mi familia, y unos 50 mil pesos (casi 700 dólares) para hacer la negociación. Uno termina agradecido de llegar a un cuarto y tener WiFi para hablar con tu gente, creer que no estás solo, que se puede ser padre, esposo e hijo desde una pantalla.

Los clientes del bar siempre hacen la misma pregunta: cómo creo que se resolverá el enredo agudo y trágico en el que se ha convertido mi país. Digo que no sé, quién podría saberlo. Algunos se interesan de buena fe y otros quieren sangre, sudor y lágrimas. Les hablo de otras cosas, que en 2014 vine como turista y me gustó Buenos Aires por parecerme una librería y biblioteca a cielo abierto. Les cuento que la decisión

GILBERT FUE, EN MENOS DE DOS

DE DOS AÑOS, BARTENDER, AYUDANTE DE COCINA, HORNERO, ENSALADERO, PASTERO,

CHOFER DE UBER Y AYUDANTE GENERAL

EN UNA DIETÉTICA. "TRABAJÉ HASTA 15

HORAS SEGUIDAS EN GASTRONOMÍA

SÓLO POR LA PROPINA!"

definitiva de venir la vi clara a finales de 2015, cuando ejercía mi carrera de Letras y no me alcanzaba para comer. Que me habían robado a pistola limpia tres teléfonos que no valían nada en los últimos dos años. Que trabajaba en una editorial del Estado que dejó de imprimir libros porque el papel era prioridad para la prensa «del proceso». Que ya no llegaban novedades editoriales, que los encargados de importar libros desde los organismos culturales seleccionaban cuáles autores leer y cuáles no y que muchos amigos de entonces afirmaban que leer a Borges, por ejemplo, contribuía a la falta de conciencia de clase. Antes que Borges, Roque Dalton. Y de Rodolfo Walsh, su paso por Prensa Latina antes que *Operación Masacre*.

Antes de emigrar de alguna manera ya estás solo. Algunos no entienden por qué dejar «la patria», tu familia, tu hijo, las calles que te gustan, el país en un momento, ahora sí, de «trascendental excepción histórica» y «coyuntura definitiva», que exige, por supuesto, resolución heroica y sacrificio total. Como no lo comprenden, no quieren y no lo aprueban, te expulsan de la comunidad antes de tu propia salida.

Les digo a los clientes que uno se va del país por hambre física y de la otra, la de saber.

Les cuento que la migración es desplazamiento, desplazamiento es velocidad y siempre que uno se mueva para alejarse de aquello que hacía daño estará a salvo.

Les refiero que caminar mucho ayuda a ser perspicaz. Es un ejercicio que se hace mejor solo, como leer y escribir. En la caminata pienso que fuera de tu país siempre habrá una fiesta a la que no te invitan, una casa que no puedes habitar, un trabajo que no puedes tener. Y que si la estás pasando mal tampoco tiene sentido, ni quieres, volver. Migrar, entonces es moverse, aprender a caminar de nuevo.

Y les dices que el cuerpo, un día, empieza a doler. Aunque descanses y duermas mañana y la semana siguiente el dolor seguirá aferrado como un perro furioso que no te suelta.

Si preguntan los clientes respondo. Si no sólo les llevo sal y aceite de oliva y sigo con lo mío.

En noviembre de 2019 Gilbert me pidió que lo acompañara a una entrevista en el bar Las Cholas en Palermo. Veníamos de trabajar seis meses en un café de San Isidro, pero pasó la ráfaga de clientes que trae el verano y de nuevo Gilbert no tenía trabajo fijo. Lo esperaba en la esquina frente a Las Cholas cuando lo reconocí a lo lejos por su gorra de Hulk, el hombre increíble. Entregamos los currículos en la recepción y esperamos a ser llamados. Éramos doce y fuimos preseleccionados ocho. “Los cuartos de final”, dijo Gilbert emocionado. Subimos a la terraza para la segunda parte de la entrevista. El espacio era pequeño para los ocho, así que nos apretamos uno al lado del otro. Frente a nosotros siete encargados de otros tantos restaurantes propiedad de un único dueño nos miraban como miran los apostadores en el hipódromo a los caballos en la pista de presentación antes de la carrera. Susurraban y asentían o reprobaban, siempre sin dejar de mirarnos. Al final, uno de los encargados quebró el mutis

y se dirigió a un venezolano que tenía cuatro días de haber llegado:

—Vos —habló seco—, ¿qué sabés hacer?

—De todo, señor: pipico, corto, pepelo papas, de totodo un poquito, señor —respondió con nervios.

—Listo, te vas con Ale. Y vos —señalando a Gilbert—, ¿qué sabés de cocina?

—Armado de ensaladas, emplatado, sector de calientes y hornear —afirmó con seguridad y firmeza de profesor curtido.

—Bien, te vas a La Hormiga y empezás mañana —así, sin cortesía.

Sólo faltaba que nos revisaran los molares para comprobar nuestro estado de salud y chequear si la piel delataba alguna enfermedad venérea.

En mi turno les dije que sabía cortar caña de azúcar y sacar agua del río. No acusaron el golpe.

En el bajo fondo del trabajo gastronómico precarizado en Buenos Aires estas rondas de elección y descarte son habituales. El material humano se oferta y es repartido de acuerdo a la demanda de cada local.

Afuera, Gilbert me contaría las condiciones de trabajo:

—Me contrataron, pero primero me hicieron firmar la renuncia voluntaria. Así si me despiden están amparados. Si aguanto tres meses me dejan fijo. Es mejor que nada.

—¿Y cuánto te van a pagar?

—Mañana me dicen.

Gilbert trabajaría casi seis meses en La Hormiga hasta que su cuerpo le recordó que llevar una gorra de Hulk no es serlo.

Ese día nos despedimos con la promesa de que la próxima entrevista sería mejor. Me alejé por Arce y al cruzar en Luis María Campos di de frente con la Embajada de Venezuela. Los ventanales estaban forrados con una gigantografía del rostro marcial de Simón Bolívar. Todo el peso histórico de su mirada y de la propaganda me aplastó. Como exigiéndome que supiera ser lo que todxs lxs venezolanxs *debemos* ser: lxs gloriosxs hijxs de Bolívar, el Padre Inmortal que conversó con el Arcano Tiempo. Aun acá la parodia me alcanzaba.

Lo ignoré. Pensé en la fuerza necesaria para inventarse una vida cuando tienes que empezar de cero con la mitad de esa vida gastada. En ese tipo de heroísmo creo; aquella clase de valentía es la que intento.

LA ESCALERA BOLIVIANA TAMBIÉN SE PUEDE SUBIR CON CUMBIA



Por **Lucía Blasco**

Ilustración de **Malena Guerrero**



La Comadre Quirquiña empezó su programa de radio hace cinco años. Sus radioyentes la apodaron así. Es de Santa Cruz de la Sierra, aunque la ropa que usa al hacer su performance es la típica de cholita, “porque la gente acá es más bien de origen andino”. Además de trabajar en radio, anima fiestas infantiles, es presentadora de eventos y humorista. De profesión: enfermera.

Así se presentó mientras compartíamos una limonada en My Bolivia, barrio porteño de Flores, 12:30 horas. Habíamos pautado la cita una hora antes por Whatsapp. Ni bien arrancamos la charla me dijo que no tenía tiempo. En menos de dos horas tenía que salir al aire desde Radio Fuego, en Villa Celina, La Matanza y, en menos de media, debía atender a una paciente en Mataderos. No tuve tiempo a desilusionarme por el encuentro frustrado, ni mucho menos a terminar la limonada, que ya estábamos arriba de un Uber rumbo a Mataderos.

—Me travisto y vamos a la radio. Así ves cómo es todo el proceso de producción.

A las 13:30 estamos de vuelta en un auto rumbo a su casa en Villa Celina. En los 15 kilómetros recorridos me cuenta que está en Buenos Aires desde hace ocho años. Llegó a sus 22. Recibe una llamada. El relato se corta. Tiene que ultimar detalles con un auspiciante. Es una empresa de micro-créditos. Continúa. En Santa Cruz estudiaba en un convento para dar clases de catecismo. La llaman de nuevo. Cierra otro negocio: en tres días viaja a Santa Cruz. Será la voz de un spot publicitario para un plan de compra de lotes en Bolivia para bolivianos/as residentes en Argentina. Sigue con la historia. Un día un cura viejo le aconsejó que no desaprovechara su vida, que fuera libre.

—Allá era difícil ser gay.

Se vino para la Argentina con una vecina. Trabajó en un taller de costura hasta que empezó a estudiar enfermería. Llegamos a su casa. La espero no más de veinte minutos. Viste ahora con una pollera de chola color azul, una remera roja y unas chaitas doradas. Agarra el sombrero negro de ala corta y arrancamos en un remis para Crazy Estilos: faltan las trenzas con las borlas. Llegamos a la radio y se termina de maquillar. A las 14:15 arranca el programa. Ese día se inaugura el Campeonato de Futbolines 2020. De manera improvisada, tapando la voz de Shakira, La Quirqui canta:

— Llegó el momento, ya los talleres están inscriptos para jugar los futbolines. ¡Llegó el premio! ¿Serán Los Andes? ¿Será THS? ¿Quién será? (risas). Y la pasión se enciende, los talleres calientes...

La productora del programa les avisa que ya llevan 120 talleres inscriptos para la Copa Quirquiña. El próximo martes se enfrentarán en la llave del Grupo A, los/as costureros/as de los talleres Hasta el fin del mundo te amaré vs Dame tu cosita. La transmisión del campeonato es en vivo a través del Facebook, por eso la radio se convierte en un estudio de televisión. Para pedir protección y buena fortuna, la inauguración se completa ch'allando con cerveza el campo de juego.

Ese día se da también la “lucha de empresas”, como le dicen a la competencia entre las compañías que auspician el campeonato: Los Andes vs THS Automotores. El perdedor se hace cargo del premio: un asado con un pack de coca y una visita de la radio al taller ganador. Luego de este anuncio, La Quirqui y su compañero ya idearon el próximo desafío pos mundial: reversionar la canción de América POP. En vez de “La historia de un taxista”, planean hacer “La historia de un tallerista”. La pista ya está sonando y la Quirqui improvisa:

—Ey vecina vámonos pá la Argentina que hay que trabajar. Llegué si si si a Liniers con mi amigo tallerista. Me puso a trabajar de ayudante. Vi que se ganaba bien y aprendí la overlock (un tipo máquina de coser). Trabajé mucho tiempo como overloquista y después aprendí la recta, y después dije: por qué no abro mi taller.

Sin querer, la Quirqui canta también la historia de la radiodifusión boliviana en Buenos Aires. Podríamos reemplazar al tallerista por el radialista, o incluso por el horticultor. La historia de la escalera boliviana, caracterizada por singulares ascensos socioeconómicos, es similar en distintas trayectorias. Los pioneros de cada uno de estos rubros migraron a la Argentina en algún momento de la década de 1970. Fueron empleados por coreanos, argentinos y portugueses. Aprendieron el oficio y juntaron algo de dinero. Durante la década de 1990 y 2000 lograron instalar sus propios emprendimientos. La Quirqui hace radio desde hace cinco años, pero la radiodifusión boliviana en Buenos Aires ya lleva 45 en el aire porteño.

Sentir Boliviano cumplió 39 años al aire el 8 de noviembre de 2014. Desde 2013 y hasta 2015 el programa fue conducido y producido por Gisela, la hija de Hernán Pacheco Ibáñez, su creador y principal locutor. Gisela acompañó a su papá desde sus 15 años. Realizaba parte de la producción y atendía los teléfonos. En 2013, luego de la muerte de su papá, continuó con el programa, poniéndose ella a la cabeza. Su meta era llegar a los 40 años de trayectoria radial. Gisela es argentina, pero el tatuaje que cubre la parte superior de su brazo derecho dice bien grande: Sentir Boliviano.

Para recordar los inicios del programa, ese 8 de noviembre de 2014 Gisela puso desde YouTube algunos temitas clásicos de Los Sausales mientras agradecía a cada uno de sus auspiciantes.

—La verdad es que sin ellos no seríamos nada —me dijo más de una vez.

A los estudios de la radio de América Latina se acercaron referentes de la colectividad y amigos. A través del Facebook no paraban de llegar saludos. Había empanadas y sanguchitos para compartir. Adriana, una radioyente y auspiciante con su emprendimiento Tortas Azucena, se acercó con un regalo. “Feliz Aniversario Sentir Boliviano”, se leía en celeste sobre la crema.

Gisela estaba emocionada. No era para menos. Llevó a la radio un cassette con una grabación de otro 8 de noviembre, pero de 1979. A través de la fritura de la AM se escuchaba:

—A partir de este momento y desde LS6 Radio del Pueblo: Sentir Boliviano.

Aquel día, para celebrar el cuarto aniversario del programa, su padre invitaba a los/as radioyentes al baile que esa noche se haría en el Club San Lorenzo de Almagro. Desde La Paz, Bolivia, y de manera exclusiva, por primera vez en Argentina se presentaba la Orquesta California. De fondo sonaba la cumbia chicha: Ay ay ay ven mi dulce amor, ay ay me muero por ti.

Gisela volvió al aire y orgullosa recordó que su padre había presentado a artistas de la talla de Leonardo Favio, Leo Dan, Ricky Maravilla, Alcides, al Conejo Sebastián, al Grupo Sombras. Hizo una pausa. ¡Y también al señor René Careaga!

Hernán Pacheco Ibañez, o Pachequito, como le decían sus amigos, es considerado el pionero de la radiodifusión boliviana en Buenos Aires. Su programa salió por primera vez al aire en 1975 desde Radio Argentina AM 570. Era paceño y a sus 20 años, hacia fines de la década de 1960, se vino para Buenos Aires. El gran Pacheco es parte de esa generación de bolivianos/as que migró a Buenos Aires y se quedó. Sus paisanos/as, antes, lo hacían de manera estacional y a las provincias del noroeste argentino, combinando el trabajo agrícola en Bolivia con la zafra en Jujuy o Salta. Estudió Operación técnica en el ISER, Instituto Superior de Enseñanza Radiofónica. Allí es que se gestó la idea del programa, por influencia de sus compañeros argentinos que le decían:

—Tanto boliviano que hay acá, por qué no hacés un programa boliviano.

A pesar de que Sentir Boliviano no se encontraba en la franja horaria de mayor audiencia, y apenas alcanzaba la hora de duración, poco a poco adquirió popularidad. Detrás de Pacheco, otros/as connacionales se aventuraron al mundo de la radio. La oferta se multiplicó y entre 1975 y 1989 existieron siete programas por y para bolivianos/as que circularon por las principales Radios Nacionales: Splendid, Excélsior, Belgrano, Argentina, Nacional.

En 1992 un empresario argentino vinculado a la industria musical se acercó al COMFER, el Comité Federal de Radiodifusión, para conseguir una licencia FM y difundir a los artistas musicales que producía. Su proyecto se frustró. El espectro radioeléctrico estaba saturado. La última dictadura militar no sólo privatizó un número importante de Radios Nacionales, sino que también complicó el acceso a licencias para las nuevas radios chicas comerciales e imposibilitó a miles de radios comunitarias. Durante las presidencias de Carlos Menem la situación empeoró y el mapa mediático se concentró mucho más.

El empresario, apostando a la buena relación que tenía con el cura del barrio, le propuso que la Iglesia detentara la frecuencia radial; porque la Iglesia Católica podía acceder sin concurso previo.

—El cura se entusiasmó. La Iglesia quería la radio para transmitir la misa de los domingos, sus noticieros parroquiales y campañas, como las de colecta de alimentos.

Esa radio salió por primera vez al aire en 1993. A los pocos meses de su inauguración se acercó Hernán Pacheco y alquiló un espacio para Sentir Boliviano. Y detrás de él, el resto de los programas con sus auspiciantes, también bolivianos, que veían tambalear su continuidad en las Radios Nacionales por causa del proceso de privatización. El empresario decía:

—Cuando me quise acordar, la radio se hizo boliviana. ¡Era tanta la demanda del espacio! Y bueno, a mí me convenía porque era difícil mantener una emisora.

Al tiempo esta radio recibió una denuncia por no responder al fin religioso. Desde el COMFER se ordenó el decomiso de los equipos y desde el Episcopado el traslado del cura.

—Siempre hay gente que le molesta todo. En este caso discriminaron a la música tropical. Incluso mencionaron al padre como “el cura bailanero”.

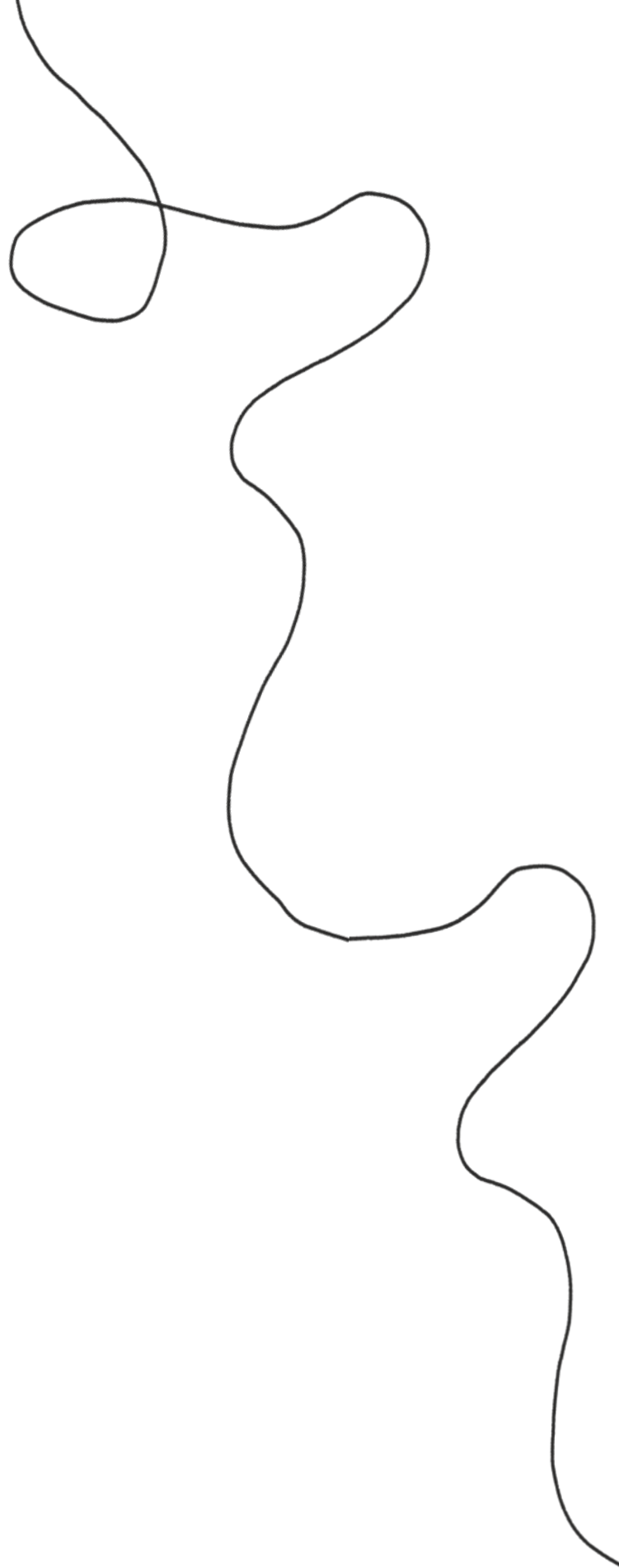
Ese mismo año, el empresario invirtió otra vez en equipamiento y consiguió una licencia AM. Si el concepto de la radio anterior refería más a la innovación tecnológica, la nueva quedó más dentro de un aura boliviana y religiosa. Algo similar le pasó a una segunda radio, de otro empresario argentino que se había instalado para difundir discografía centroamericana de una compañía radicada en Los Ángeles, Estados Unidos. Las dos, sin habérselo propuesto, se transformaron en bolivianas. Y fueron un éxito.

A ambas llegó Pachequito para alquilar un espacio. Lo que pasó después es historia conocida. Desde entonces el radioyente ya no necesitó esperar un día y un horario de la semana para escuchar su programa, sino que tuvo acceso durante las 24 horas del día a un mix de información y oferta de bienes y servicios por y para bolivianos/as. Allí podía escuchar la música que lo sumergía en su lugar de origen, recibía noticias sobre Bolivia y de lo importante sobre su colectividad en la ciudad, se enteraba de ofertas laborales y habitacionales y sabía en qué club, restaurante o baile se encontraría con sus paisanos/as al llegar el fin de semana.

Por estas radios semillero pasaron la mayoría de los/as radialistas que a partir de 2004 llevaron adelante sus propios emprendimientos. Desde entonces las radios por, para y de bolivianos/as se multiplicaron. Al preguntar cuántas hay, el número puede llegar a 120. La lista es bien numerosa y resulta difícil saber con precisión si son más o menos. Lo cierto es que, en cada barrio o municipio territorializado por los/as residentes de origen boliviano, suele haber al menos tres radios de referencia. Sus radioyentes las sintonizan desde sus frecuencias moduladas, a través de sus páginas de Internet y de Facebook, o desde sus aplicaciones alojadas en Playstore o Tune in. También van a los estudios para ver en cartelera los avisos clasificados o para salir al aire y pasar algún aviso, saludo o queja.

Las radios están en “los lugares de los hechos”, pueden transformarse en centro de empadronamiento para las Elecciones Presidenciales del Estado Plurinacional de Bolivia o seguir de cerca los acontecimientos políticos, económicos y sociales en territorio boliviano. La heterogeneidad que tienen es bien interesante. Su historia argentoboliviana se dio un poco en esos términos: el pionero, el ISER y los bailes; el empresario argentino y el cura bailanero; la hija del pionero y el orgullo por su Sentir Boliviano; La Quirquiña, los negocios, la diversidad y los futbolines.

La historia de la radiodifusión boliviana en Buenos Aires incluye las peripecias de sus protagonistas, quienes supieron sortear imprevistos y aprovechar al máximo cada acontecimiento. Una historia que permite seguir haciendo radio “Desde Buenos Aires para toda la colectividad boliviana”.



ESTA NOCHE SAGRADA ES MEJOR QUE MIL MESES



Por María Luz Espiro

Ilustración de Santi Pozzi



Cada vez que la aplicación Muslim Pro suena en su celular, Abdoul Aziz sabe que llegó el momento de comunicarse con Dios. Desactiva la notificación del adhan, el llamado a la oración, y se prepara para cumplir con el segundo pilar del islam.

—La hago justo, sin fallar ni un minuto.

Son las cinco de la tarde de un viernes de mayo, 2020, y Abdoul Aziz está en su casa. Hasta hace dos meses trabajaba sin descanso. Así que ahora aprovecha y realiza el ritual del rezo completo, que inicia en el baño con la ablución.

—Primero tenés que tenerlo en tu mente. Por ejemplo, tengo que tener la intención de purificarme. Ahí primero lavás tus manos: la mano derecha, tres veces, la mano izquierda también, lo mismo.

Luego Abdoul Aziz sigue por la boca; la nariz; la cara; el antebrazo; la cabeza, desde la frente hasta la nuca, ida y vuelta; la oreja, adentro y afuera; y la planta del pie, hasta el tobillo. Lava cada parte de su cuerpo, derecha e izquierda, tres veces, con agua de la canilla. Así completa la ablución menor.

La ropa puede ser cualquiera pero, eso sí, tiene que estar limpia. Manchas de trabajo, no hay problema; otras, indecentes, no se admiten. La de Abdoul pasa la prueba. Entonces se ubica en dirección a la Meca y extiende en el piso su alfombra de arabescos amarillos y verdes, que recortan un fondo azul de noche clara. Un lavado corto, días atrás, le sacó brillo al tejido afelpado.

—Así tiene que ser: tu ropa, tu cuerpo y el lugar mismo.

En la habitación de una casa de alquiler de Comodoro Rivadavia, una tarde en la que el viento y el frío no asoman aún, Abdoul Aziz se descalza las chinelas de plástico, se para solemne a los pies de la alfombra, mira un punto fijo en la cajonera y siente que vivir el Ramadán así es mucho mejor, más espiritual. Entonces se inclina hacia el suelo, hunde las manos, rodillas y frente en la alfombra y llama cuatro veces en silencio a Dios.

El Baol es una región central de la República del Senegal, conocida también como Cuenca del Maní. Antaño fue el epicentro del lucro agrícola de Francia, pero desde 1970 se abandonó por la crisis del sector y los planes de ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Esta es la principal zona de origen del 21,7% de las y los migrantes que salen del país y de la mayoría que llega a la Argentina.

Abdoul Aziz significa “criatura poderosa”. A los 16 años, cuando promediaba la década del 90', dejó la escuela en la ciudad de Diourbel, en el Baol, para trabajar y aportar a la familia. Entonces su padre lo mandó a vivir con sus parientes maternos a Medina, un barrio antiguo y bullicioso de Dakar, donde su tío le enseñó a soldar máquinas de panadería y su abuelo a ser un buen musulmán. El abuelo Musa era el imán que dirigía la oración de los viernes en algunas mezquitas locales, y también un respetado mukadam tidjane, un educador de fieles de la tariqa Tijaniyya, el camino sufí para llegar al islam que siguen millones de personas en África Occidental, y otras tantas alrededor del mundo.

En Bambilor, la periferia de Dakar camino al Lago Rosa, Abdoul Aziz salió de su casa, abrazó fuerte a su esposa y a sus dos primeros hijos, y vino a la Argentina a “hacerse más hombre”: la migración de los varones para asumir el rol de proveedores del hogar es un ritual de pasaje a la adultez. Quien mantiene a la familia empieza a ganar respeto y, si es soltero, se posiciona como buen candidato a tener una esposa. Cuando Abdoul llegó a Buenos Aires, en 2010, lo esperaba su hermano mayor, quien vivía en Comodoro Rivadavia. Juntos emprendieron el rumbo directo a la Patagonia.

Abdoul Aziz pasó a ser uno de los diez migrantes senegaleses que viven en esa ciudad, donde hoy es el representante local de la Asociación de Senegaleses Residentes en Argentina. Como su hermano, y la mayoría de sus compatriotas en el país, empezó a trabajar en el comercio callejero. Tramitó el permiso municipal y, en una esquina de la Avenida San Martín, pleno centro de Comodoro Rivadavia, montó su puesto con varillas de hierro y cuerdas donde ofrece de todo un poco: carteras, mochilas, gorras, pulseras.

Hace dos meses que Abdoul Aziz no trabaja, desde el 20 de marzo de 2020 cuando el gobierno argentino decretó el aislamiento obligatorio por la pandemia de COVID-19. Ya no pudo salir a vender. Admite que le costó anotarse en la página web de ANSES para cobrar el Ingreso Familiar de Emergencia, un bono de 10 mil pesos que emitió el gobierno nacional. Con DNI, monotributo, 40 años de edad y más de dos de residencia en el país, igual le rechazaron la solicitud.

—Bueno, todo bien, capaz no tengo suerte.

Pero no fue el único. De los cinco mil compatriotas que viven en el país, una población que creció desde mediados de 1990 en base a vínculos de paisanazgo, amistad

y parentesco, el 98% que cumplía con todos los requisitos tampoco cobró el bono, según el informe del Espacio Agenda Migrante 2020, que integran organizaciones de migrantes, de derechos humanos e instituciones académicas.

En el bolsón que le entregó la Municipalidad de Comodoro Rivadavia había un kilo de arroz, dos kilos de harina, un litro de aceite, una caja de yerba, un paquete de fideos, un cartón de leche, dos latas de paté, un kilo de azúcar y levadura. Él estaba muy agradecido por esta asistencia, pero supo que no iba a durar mucho y que igual tendría que comprar un poco de carne, verduras y algo para acompañar.

—Por la ayuda de Dios justo estaba juntando plata, quería viajar a Buenos Aires para comprar mercadería. Entonces llegó la cuarentena, y con esa plata estoy comiendo.

El aislamiento obligatorio y los controles sobre el espacio público, donde trabaja la mayoría de senegaleses y senegalesas, interrumpieron sus ingresos. Para paliar lo inmediato, la Federación Argentina de Dahiras Mourides, que nuclea asociaciones religiosas de la tariqa Muridiyya, otro camino sufí para llegar al islam, hizo una colecta entre sus miembros para comprar verduras y otros alimentos. Se repartieron 450 bolsones, entre compatriotas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el Conurbano Bonaerense. Un ejemplo de las redes de ayuda mutua que tiene este colectivo migratorio, a las cuales el aislamiento impuso límites para alcanzar otras ciudades.

El cuarto pilar del islam es ayunar durante el mes de Ramadán, una etapa del calendario islámico que implica sacrificios, pero también recompensas. Por eso Ousmane insiste en que es el mejor mes para los musulmanes porque te sentís más creyente, más seguro y se arreglan un montón de cosas. Sobre todo a la noche, el momento de entrenar el espíritu, como dice él, o de aceptar el rezo, como dice él que dice el Profeta Mohammed.

—Es un mes bendito que también sus rezos y todo está multiplicado. O sea, si empezás algo en el Ramadán por ahí tenés suerte y podés terminarlo.

Este mes se divide en tres momentos de diez días cada uno, en los que el ayuno y los rezos se intercambian por misericordia, los primeros; perdón, los siguientes; y la entrada al paraíso, los últimos. Estos son los mejores, porque guardan la gran recompensa de Laylatu l-Qadr, la noche del destino, cuando bajó el Corán y se perdonan todos los pecados. Aunque nadie sabe a ciencia cierta cuál es. Si no, todos rezarían sólo esa noche, cree Ousmane.

Otra alarma suena en Florencio Varela. El sueño y la noche se interrumpen a las tres de la mañana en un departamento de la zona sur del Gran Buenos Aires, donde cajas con perfumes esperan clientes mientras siga el aislamiento. Ousmane escucha dos voces en su mente:

-Dale Ousmane, quedate, no ves que hace frío ¿Vos sos loco? Cómo te vas a levantar con este frío, le susurra Satán a un oído.

-¿Quién se va a levantar para pedirme? ¡Miren lo que tengo! ¡Es para ustedes! Todos están durmiendo... ¿Quién se levanta para pedirme algo?, le susurra Allah al otro oído.

Ousmane dirime rápido esas voces, sabe que Satán no circula en Ramadán y que la oración a Allah es mejor que dormir. Se da unos minutos y se levanta, va al baño, abre la canilla y deja correr el agua. Toma coraje y sumerge su mano derecha, el escalofrío pasa y completa la ablución menor. Luego se pone un boubou, su túnica especial para rezar, y se perfuma con la fragancia sin alcohol que le mandaron de Senegal. Cree que hoy puede ser la noche del destino y lo que más quiere es estar a la altura.

Ubica el cuerpo y extiende su alfombra marrón con flores. Sobre las baldosas frías apoya el Corán y el curus, una especie de rosario, y apaga la luz para hablar con Dios. Recita la sura 114, el capítulo obligatorio del Corán, y lo completa con otros. Esta oración dura cinco minutos, pero Ousmane se entrega por completo al rezo silencioso, en esta noche sagrada que es mejor que mil meses. Recita en penumbras las suras que aprendió desde chico con su maestro, muchos los sabe de memoria, otros los lee. Pide perdón a Dios y lee el Corán hasta que despunta el alba, cuando suena el pitido automático y el celular le avisa que toca la primera oración del día. Ousmane recita de nuevo la sura 114, elige otra sura cortita, y curus en mano agrega su rezo de tidjane, como miembro de la tariqa Tijaniyya: ‘astagfirullah’, ‘perdóname Dios’, pronuncia una vez y pasa una cuenta de madera con apliques en metal, lo dice otra vez y pasa otra cuenta, así cien veces. Para limpiar su corazón repite luego, treinta veces, ‘la ilaha illa Allah’, ‘no hay otra divinidad salvo Dios’, el curus le ayuda a no perderse.

A las cinco y media de la mañana, llama por WhatsApp a Eve, su futura esposa, que vive en la localidad de Bolívar y la ayuda a rezar. Ambos coinciden en que Ramadán es un buen momento para que ella se convierta al islam.

Es viernes 22 de mayo, el día 29 del mes sagrado y puede que sea el último, todo depende si más tarde asoma la luna nueva. Abdoul Aziz prefiere mirar el cielo para enterarse, como enseñó el Profeta, pero en Comodoro Rivadavia está cubierto de nubes, así que espera ansioso las noticias que llegan de parientes y amistades en Europa y África. En Florencio Varela también está nublado, aunque Ousmane recurre de entrada a las comisiones de expertos y a la tecnología.

Todas las fuentes anuncian que este año Ramadán se alarga un día más. El domingo 24 de mayo el mundo musulmán amanece con el inicio de una nueva fase lunar. Por la pandemia la fiesta de Korité que sella el pasaje del calendario no tiene, ni en Argentina ni en Senegal, las continuas visitas donde estrenan ropa nueva, o los almuerzos numerosos en torno a una fuente de chiebouiap, un plato a base arroz,

EN LA HABITACIÓN DE
COMODORO RIVADAVIA
ABDOUL AZIZ SE PARA A LOS PIES DE LA

ALFOMBRA Y SIENTE QUE VIVIR
EL RAMADÁN ASÍ ES MÁS ESPIRITUAL

verduras, carne vacuna, bastante aceite y mucho picante. Abdoul Aziz reza dentro de casa, Ousmane come un pollo con papas fritas y ensalada que cocinó su compañero de departamento, y todos pasan la tarde entera prendidos al WhatsApp con su gente de Senegal.

—Para darle gracias a todos y también pedirnos disculpas entre nosotros, por algo que sepas o algo que no sepas. Este día es un lindo día para pedirle disculpas a toda tu gente. Muchos te mandan mensajes de ‘feliz fiesta’, ‘perdoname’, ‘que dios te de una larga vida’, ‘que el año que viene estemos mejor’.

Este año Ramadán se celebró entre el 24 de abril y el 23 de mayo, cuando el mundo estaba detenido casi por completo y las y los migrantes se preocupaban más por el sustento diario que por el contagio del virus. La pandemia acentuó desigualdades laborales, jurídicas y sanitarias previas, que se profundizaron aún más con los vericuetos de las medidas de emergencia.

—Todos queremos salir de esto, estamos preocupados. Pero yo, por lo menos, el Ramadán lo pasaba trabajando.

En los cuatro Ramadán anteriores que Ousmane celebró en Argentina, él llegaba a su casa agotado tras diez horas en su puesto de perfumes de la feria de Varela. Dejaba la olla con arroz, verduras y caldo al fuego, cumplía el rezo como podía, y se quedaba dormido mientras leía el Corán.

Abdoul Aziz conoce más el sur que el norte, dijo la tarde de febrero en que nos conocimos, en su puesto de Comodoro Rivadavia. Sentados en la ochava céntrica, contó también que Mohammed, antes que Profeta, fue vendedor como él.

Ousmane nunca viajó más al sur que La Plata, donde llegaba en el T. A. L. P. todos los lunes para enseñarme su idioma, el wolof, desde que nos conocimos en una feria una tarde de abril, cuando me dijo que él no quería perder la cabeza en el comercio.

Ellos no se conocen, pero los 1735 kilómetros de estepa y pampa que los distancian quedaron cortos, cuando ambos me aseguraron que, gracias a Dios, el mejor mes para los musulmanes les tocó en el peor momento del Siglo XXI; *alhamdulillah*.

DE VÍNCULOS Y AFECTOS

YO NO QUIERO HACER LA GUERRA



Por **María Fernanda Chaves**

Ilustración de **Santi Pozzi**



Okba Aziza tenía ocho años cuando todas las tardes, después del colegio, esperaba que “Marco, de los Apeninos a los Andes” saliera en la televisión de su casa en Latakia, Siria. La serie, basada en un relato de ficción de Edmundo De Amicis, transcurría en Génova, Italia, y contaba la historia de un niño de 11 años cuya madre viaja a Argentina a trabajar sirviendo en una casa. Durante un tiempo la familia recibe, por escrito, noticias de la madre. Pero después de un año, las cartas dejan de llegar.

La familia intenta conseguir noticias a través del Consulado italiano en Buenos Aires, pero no tiene suerte. Marco decide viajar en un buque mercante durante veintisiete días para buscar a su mamá.

La historia tiene sus vaivenes, pero (¡Alerta, spoiler!) el niño la encuentra y un médico le dice: «¡Eres tú, heroico niño, quien ha salvado a tu madre!».

“Me voy a ayudar a Marco a encontrar a su mamá”, escribió Okba Aziza en su Facebook el día antes de salir camino a una nueva vida lejos de su tierra natal, en abril de 2017. Durante las cinco horas que duró su viaje hacia a Beirut, capital y principal puerto marítimo de El Líbano, lloró sin parar. Por sus padres, por sus hermanos, por todo lo que había perdido. Debía terminar los trámites de su visa hacia Buenos Aires. Había escapado de Siria antes de que llegara el último llamado al ejército y el papeleo había quedado por la mitad. Tenía entrada solo por dos días, y así se sumaba un trámite más a la lista: extender el permiso. Allí vivió durante un mes antes de llegar a Argentina.

Okba Aziza estudió en la Universidad de Latakia, donde se recibió con honores en Literatura Inglesa. En 2011 lo becaron para hacer un Master en Londres, mientras desde Siria uno de sus dos hermanos le contaba la triste realidad que se vivía en su país. Como consecuencia de la Primavera Árabe, había empezado una guerra civil que, por aquel entonces no sabía, duraría más de 9 años y contando.

Al volver a Siria en 2012, la vida ya no era la misma. Las personas de su barrio vivían con miedo, la economía profundizaba su crisis, las muertes eran moneda corriente en el boca a boca.

—La mayoría de mis compañeros del secundario fueron al ejército y murieron.

Cuenta que durante un tiempo cayó en depresión, pero evitar el servicio militar lo motivó a actuar.

En dos años la vida de Okba se desestabilizó por completo. Uno de sus hermanos murió y el otro tuvo que escapar a Alemania por amenazas relacionadas a su trabajo como periodista. Había quedado solo con sus padres y no quería ir a la guerra. Buscó todas las formas legales para evitar hacer el servicio militar obligatorio. Hasta que se agotaron. En 2016 le llegó una nueva convocatoria, pero él no estaba dispuesto a pagar para que se extendiera su período fuera del ejército: “Si acepto, soy parte”, se dijo esa vez.

En un café de la ciudad de Buenos Aires, en 2019, emite un suspiro profundo, como un corte en el relato, y cuenta cómo contactó a Nairouz, una amiga de Siria. Ella había llegado a Argentina y comprendía que él no quisiera formar parte del ejército. Le contó sobre el Programa Siria, implementado por el Gobierno argentino con la colaboración de ACNUR (la Agencia de la ONU para los Refugiados), y OIM; que cuenta con el apoyo financiero de la Unión Europea y diferentes mecanismos dedicados a la recepción e integración de personas sirias. Y lo ayudó. Buscaron un llamante, es decir, personas dispuestas a recibir refugiados sirios a través del programa, que brindan casa y abrigo por 12 meses o hasta que logren la independencia económica. En abril de 2017 consiguió el visado humanitario para ingresar a uno de los países más australes del mundo.

“Si tengo que volver a elegir, elijo Argentina sin dudar”, dice cuatro años más tarde del momento en que se embarcó en una aventura sin puerto seguro. En una mezcla de palabras entre español e inglés cuenta que Buenos Aires es muy similar a la costa siria y que al llegar se encontró con todo lo que esperaba. “Este es un país del cual me siento parte, *I belong*”, sonríe.

Pero no fue fácil. La persona que se había postulado como su llamante había registrado que vivía en la localidad bonaerense de Bella Vista con su esposa y sobrino, mientras que en realidad vivía solo en Tristán Suárez, a más de 50 kilómetros del lugar declarado. Como no hablaba inglés, y Okba nada de español, la comunicación fue difícil desde el principio.

Al llegar, en el aeropuerto lo esperaban su amiga Nairouz y su llamante. Okba confiesa que en aquel momento sintió “algo raro” pero que trató de justificarlo en sus miedos. Al principio su relación era cordial, “parecía normal”, aunque pronto todo empeoró. Cuando el llamante se iba a trabajar, lo dejaba encerrado, escondía los elementos de cocina, controlaba todo lo que hacía y, cuando estaba en la casa, lo insultaba. Solo cuando Okba aprendió a hablar en español pudo entender lo que le decía. Él trató de mejorar la relación, le explicó que si no quería que él estuviese allí, podía solicitarlo y se terminaban los problemas. Sin embargo, el llamante no accedió.

Al segundo mes de vivir en Tristán Suárez, consiguió un trabajo en una empresa como profesor de inglés. Eso le dio algo de libertad e independencia económica. Viajaba dos horas para ir y volver a su hogar, tomaba un tren y dos colectivos. A veces le cancelaban las clases a último momento, pero prefería disfrutar ese tiempo para salir del encierro: “Me quedaba en Plaza San Martín sentado sin querer volver. No conocía mis derechos”, y remarca la importancia que tienen las nuevas modificaciones del Programa Siria: hoy permiten un mayor seguimiento de quienes obtienen la visa humanitaria por parte del estado.

Su amiga Nairouz, con quien seguía en contacto, organizó una reunión para que él conociera a otras personas refugiadas provenientes de Latakia. Allí se encontró a Eyad Ja'bary, quien había llegado meses antes que él. En Siria vivían a una cuadra de distancia pero no se conocían, jamás se habían cruzado. Okba lo invitó, previa autorización de su llamante, a pasar un fin de semana largo con él, y desde ese momento se hicieron grandes amigos.

Eyad fue a Tristán Suárez a visitar a Okba. Cuando se cruzó al llamante de su amigo, él le preguntó dónde había aprendido a hablar tan bien español. Burlándose, le dijo a Okba: «¿Viste, pelotudo, cómo habla él?» La realidad de Okba era hostil, lo opuesto a la que Eyad estaba viviendo. Quería ayudarlo.

Susana Gutiérrez Barón, llamante de Eyad, estaba en contacto con otros llamantes y le preocupaba conocer qué necesitaban quienes llegaban de Siria y no podían decirlo debido a las barreras idiomáticas. Contactó a una psicóloga amiga que hablaba inglés para que la ayudara a organizar una reunión con otras personas refugiadas. Entre ellas invitó a Okba. La psicóloga le contó a Susana que él no la estaba pasando bien, y que era muy maduro y educado. Al terminar el encuentro, Susana lo invitó a pasar otro fin de semana con ella. La siguiente vez, cuando llegó la hora de volver a Tristán Suárez, le ofreció quedarse a vivir con ellos: “Nos abrazamos y lloramos con los dos muchachos”, recuerda Susana.

Okba vivió tres meses con Susana, su marido Patricio y Eyad. Durante ese tiempo aprendió el idioma y las costumbres del país. Al principio se comunicaban mediante el traductor de Google y las intervenciones de Patricio, que hablaba inglés y lo ayudaba. Después empezó a entender y entabló un vínculo de familia que aún perdura. “Te cae regio a los cinco minutos de conocerlo. Tiene una capacidad de empatía impresionante. Si hubiera más gente como él, cambiaría el mundo”, dice Susana.

Eddie, como le dicen a Eyad, se convirtió en un hermano en Argentina. Tener a alguien de su cultura, que hablaba su mismo idioma, que había visto de chico las mismas películas que él, fue un apoyo imprescindible. Con personas amigas, idioma y raíces en común pudieron entenderse y acompañarse en el camino como migrantes en una tierra lejana a propia.

Ya con un buen nivel de español, Okba consiguió mejores trabajos. Empresas y escuelas le abrieron las puertas como docente de inglés. Incluso las familias de su alumnado lo invitaron a comer asados y lo hicieron parte de la comunidad. Con los

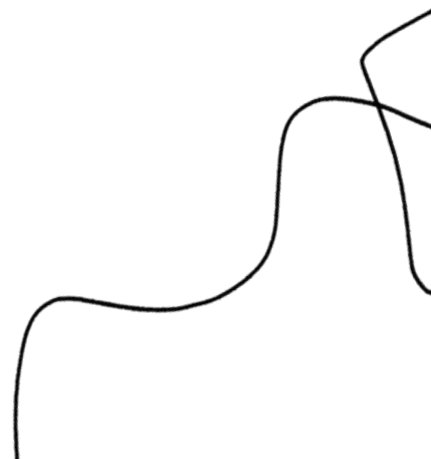
ahorros que obtuvo se mudó primero a Victoria, a una casa que una activista por los derechos de las personas con discapacidad alquilaba a bajo costo para ayudar a la independencia de quienes lo necesitaran. Y luego a Olivos con su pareja, a quien conoció en Argentina.

—¿Qué es para vos un refugiado?

—Ser refugiado es un estado, no un tipo de persona, un ser o una personalidad. Es ser fuerte porque *don't give up*. Siento lástima de que un país tan abierto como Argentina aún tenga instalado tantos estereotipos.

Okba sueña con un futuro en el país que le abrió las puertas. Aunque la realidad socio económica sea complicada, y aunque tuviese la posibilidad de irse a otro lugar en el mundo, insiste en que Argentina hoy es su lugar. “Yo soy como un árbol. Llegué necesitando tierra y ahora doy fruta”, dice.

Si pudiese hablar con quienes se niegan a recibir refugiados elegiría una frase de Oscar Wilde: “Lo que le pasa al otro, te va a pasar un día. Es un ciclo”. Hoy, además de ser docente, trabaja con Amal, una fundación dedicada a la difusión del Patrocinio Comunitario, para traer a una pareja siria que se encuentra en El Líbano y a la que Susana y Patricio también recibirán. Se imagina viajando a Siria pero de visita, y a los 50 o 60 años con su pareja e hijos, siempre agradecido con las posibilidades que le dio la vida y el país donde, según dice, “los sueños se hacen realidad”.



HALMONI, ME QUIERO QUEDAR ACÁ



Por Jung-Eun Lee

Ilustración de Juan Dellacha



Desde la barra del restaurante, Sandra atiende a un cliente que vino a comprar un alimento poco explorado en Argentina, pero que, ni para mí ni para ella, ambas coreanas, puede faltar dondequiera que estemos.

—¿Querés kimchi nuevo o ya añejado? Tengo kimchi nuevo que hay que esperar un poquito, o si no, tenés el otro que ya está para comer —dice en castellano.

Vuelve al asiento frente a mí.

—Perdón, ¿dónde estábamos? —dice en coreano.

Sandra llegó a Argentina a los 12 años de la mano de su abuela materna. Fue un viaje largo en tren. Desde la Estación Central de Ferrocarriles de La Paz, que hoy funciona como Estación Central de Teleféricos de la ciudad, tardaron tres días en llegar a Retiro. Casi lo mismo que habían tardado en llegar a La Paz desde Seúl, pero en avión.

A pesar de haber vivido cuatro años en Bolivia, Sandra no se había acostumbrado completamente a la vasta dimensión del altiplano. Pero lo que más le asombró del viaje fue el cambio drástico en la frontera de Villazón. Al dejar atrás el cartel de «La Quiaca», las calles asfaltadas, los postes de luz y los edificios luminosos vistos desde la ventana del tren le señalaban que acababa de entrar a un nuevo territorio, a otro mundo. A bordo, Sandra terminó de tejer un chaleco para el primer cumpleaños de su prima nacida en Argentina.

Era el año 1982. La abuela paró un taxi y mostró al chofer la nota que decía: Zuviría y Varela. En el camino a la casa de su tía, ella pensó que Estados Unidos sería así, o incluso que tal vez ya estaban en ese país del que sus tíos abuelos hablaban siempre con admiración. Jamás había visto avenidas tan anchas como la 9 de Julio, ni una torre tan alta como el Obelisco.

—Me quedé con la boca abierta. No podía parar de mirar. Además, en Argentina se conseguía *tteokboki*, *jjajangmyun* y cualquier comida coreana. Imaginate, era un paraíso para mí. Le dije a mi abuela: «*Halmoni*, me quiero quedar acá.»

Sandra empezó a vivir con la abuela al morir su mamá por hepatitis B, poco después de que naciera su hermano, a fines de 1971. Ella tenía 3 años. La casa de la abuela estaba en una calle angosta del barrio Guro, una zona sudoeste de Seúl conocida hasta hoy por ser un clúster textil. Ella se dedicaba a la costura de acolchados de invierno. Al barrio llegaban cada día jóvenes del campo que querían trabajar en las fábricas de ropa, pelucas, calzados y juguetes. Estas chicas compraban acolchados en el pequeño local de la abuela, y a veces también le traían usados para arreglar, aún con el olor a tierra campestre.

Mi mamá podría haber sido una de ellas: nació en 1958, en un pueblo chiquito del sur y a los 16 años tuvo que abandonar la escuela y mudarse a Seúl para ganar plata y darles más oportunidades a sus hermanos menores. Trabajaba 12 horas por día y ganaba la mitad que los hombres. Cuando escucho las historias de esa generación, todas parecen haber pasado por un mismo embudo, resultado de la posguerra, la pobreza y la dictadura. Una típica e intensa historia común.

Sabía que el rubro textil fue la palanca que levantó a Corea del Sur, un país destruido por la Guerra de Corea entre 1950 y 1953. Pero no sabía que también fue el nicho que encontraron lxs migrantes coreanxs para prosperar en el país de destino.

El gobierno, en aquella época, promovía la exportación no sólo de productos manufacturados aprovechando la mano de obra barata sino también la de personas: lanzó el programa de «Emigración Agrícola a América del Sur» y, a partir de 1962, envió miles de familias a Paraguay, Argentina, Brasil y Bolivia. Entre ellas estaba la familia de Woo, tío abuelo de Sandra. Fueron los primeros de la numerosa familia en arribar a América del Sur en 1976. Antes de emigrar, tenía una empresa textil cerca del mercado de Namdaemun, en Seúl, donde se conocieron los padres de Sandra.

Contradiendo al nombre del programa, la mayoría de las familias terminó en ciudades porque en Corea no vivían en el campo y porque las hachas y hoces que trajeron eran prácticamente inútiles frente a la inmensidad de la pampa húmeda. Al menos, en la ciudad, podían conseguir trabajos de costura, corte y confección como modo de subsistencia. La palabra «cose», usada en la comunidad como sinónimo de producción textil, nace en este contexto, adoptada por lxs inmigrantes que no hablaban castellano. Las casas se empezaron a convertir en el lugar de trabajo donde las relaciones familiares se confundían con las laborales. Parientes cercanos y lejanos trabajaban juntos. Mientras tanto, el ámbito de las actividades de las mujeres se iba ampliando más allá del propio hogar.

Muchas personas con quienes me cruzo aquí por primera vez se sorprenden de que llevo solamente siete años viviendo en Argentina. “Pero... ¡hablás muy bien castellano!”, y suelen agregar: “es que ustedes los asiáticos son muy inteligentes”.

Cuando recién me había instalado en Buenos Aires, en un departamento en Palermo, una señora en la calle me preguntó si era la chica del supermercado de la esquina. Ante mi sorpresa, me pidió disculpas diciendo que los *orientales* le parecían todos iguales y no podía distinguir entre chinos, japoneses y coreanos. En un taxi, el chofer acertó que era coreana por el acento y me explicó que mis compatriotas viven en Flores desde hace muchos años. Con una anticipada disculpa, también me preguntó «por qué las chicas coreanas no salen con argentinos». Al principio, estas anécdotas cotidianas me resultaban divertidas de experimentar y para contar luego. Como cuando una viaja y se siente extranjera, anónima y libre en un territorio nuevo. Luego me cansé de repetir automáticamente las mismas respuestas, aunque sé que provienen de la inquietud por un otro lejano.

Sin embargo, cuando me enteré de que la migración coreana en Argentina llevaba más de 50 años y viven aquí más de 25 mil personas de origen étnico coreano -según la Asociación Coreana en Argentina, incluyendo hijxs y nietxs argentino-coreanxs-, me pregunté: ¿cómo puede ser esto tan desconocido y omitido en el contexto local? Me imaginé en el lugar de lxs chicxs que nacieron en Argentina pero tienen la cara *oriental*, como la mía. ¿Les andarán preguntando también por su origen cada vez que toman un taxi? Yo, al menos, soy extranjera. ¿Los halagarán por su perfecto castellano y el manejo de modismos porteños, cuando es su idioma natal?

Sandra es generación 1.5 de migrantes: nacida en el país de los padres pero criada en el país de destino. Es la generación a medio camino, la amortiguadora entre la sociedad argentina y las familias coreanas. Aunque, en realidad, todxs lxs hijxs de coreanos en Argentina deben vivir lo mismo que la generación 1.5. Ellxs son quienes muchas veces *entienden* más que los padres y les toca pasar al frente y protegerlos ante los vaivenes de la coyuntura de Argentina, como la hiperinflación de 1989 y la crisis de 2001, o la última y terrible del coronavirus. Es una población tan particular que me hace imaginar una zona fronteriza entre Argentina y Corea que no existe en los mapas, pero sí en el espacio. Un espacio en el que se superponen una variedad de complejos códigos interculturales.

Por supuesto, algunas personas de la generación de Sandra que llegaron después de su adolescencia la pasaron mal en la adaptación a un mundo casi totalmente opuesto. Sufrieron un fuerte desarraigo y una transición traumática que repercutieron en diferentes formas. Una de esas secuelas es interpretar la tradición de una manera distorsionada.

Hay un dicho popular en Corea: la mujer tiene que morir como fantasma de la familia del esposo. Quiere decir que si sos mujer y te casás, tenés que quedarte en esa familia hasta morir, pase lo que pase. En la tradición confucionista, un divorcio en una familia se ve como una vergüenza para todos. Inclusive, lxs chicxs de padres separados fueron estigmatizadxs como personas con defectos.

EL RUBRO TEXTIL LEVANTÓ A COREA DEL SUR TRAS LA GUERRA Y FUE EL NICHO QUE ENCONTRARON LXS MIGRANTES PARA PROSPERAR

En el primer día de su luna de miel, el marido de Sandra le dijo:

—Desde ahora, vos tenés que hacer lo que digo, porque sos mujer. Soy el cielo y vos, la tierra. Si mato a alguien, igual vos te quedás a mi lado.

Ella se quedó sin palabras, desconcertada. Sintió como si la frase la hipnotizara. El matrimonio duró 13 años que implicaron para ella un maltrato constante: insultos, humillaciones, amenazas y violencia física. Lo que más le dolió fue que le pegara cuando su abuela estaba en la habitación de al lado, sin poder decir nada.

Para Sandra, no tener padres era ya una precondition que denotaba la «falta de algo». Por eso, ella se justificaba a sí misma las falencias de su matrimonio y aguantó todo lo que pudo para no heredar la misma carga a sus hijas.

Estamos en el primer piso de su restaurante en Floresta, que está al lado de su local de ropa. Tiene cafetería y hace sushi y algunos platos coreanos también. Es moderno, prolijo y todo en español.

En 2001, Sandra tenía 31. Recién habían abierto su negocio en Once. Ella trabajó desesperadamente para no quebrar y también para poder separarse. Pensó que era la única salida y esperanza para ella y sus dos hijas.

—Mi especialidad era coser, trabajar, levantarme temprano. Terminé la secundaria pero después aprendí directamente, en vivo, con mi cuerpo. Sufrí, pero aprendí. Eso que dicen de que «la letra con sangre entra», se ríe.

Después del divorcio, dejó de relacionarse con la comunidad. Su único vínculo, aparte de algunas amigas de la adolescencia, siguió a través de la iglesia a la que va todos los domingos. A los 40 sintió una limitación, un techo que no podía traspasar en la gestión de su negocio. Se inscribió a un curso de Dirección de Pequeñas y Medianas Empresas en la Universidad Austral.

—Me abrió mucho la cabeza. Me gustó que me vieran como soy, no como debo ser. Sobre todo, ahí me di cuenta de que aceptaban que yo era diferente. Me preguntaban por mi cultura y mi historia. Sentí que algo había cambiado.

Hasta ese momento, ella jamás se había imaginado que un argentino iba a buscar kimchi para comer. Antes creía que las costumbres coreanas nunca iban a ser bienvenidas o parte de la sociedad argentina. Se dio cuenta de que la distancia entre dos mundos era relativa. Volvió a inscribirse en una carrera, la de Profesional Gastronómico, porque le pareció que era algo que ella podía hacer y ofrecer a la comunidad local. Después de tantos años, fue abriendo su lugar personal e íntimo, donde se reunían sus *especialidades*: ser madre, mujer coreana y migrante a mitad camino.

—Entonces, ¿empezaste a cocinar porque querías difundir la cultura coreana?

—Bueno, justo eso me lo pregunto mucho. Porque tampoco es que me fascinara la cocina, pero es gratificante y me hizo vivir la vida de otra forma. Estoy contenta.

Ella tiene una hipótesis: cuando una sociedad empieza a consumir la comida de una comunidad inmigrante, quiere decir que su cultura y su gente están aceptados e integrados como parte de su identidad. Como la comida italiana en Argentina o la hindú en Inglaterra. La gente ya no siente que esté comiendo un plato de otro lugar. Al final, ella cocina para eso, para crear un ritual común donde compartir sus platos favoritos con la gente con quien convivió casi toda su vida.

Pienso en las cocinas de miles de estas mujeres, incluso yo, obligadas a definirse por su tradición, su alteridad y su identidad híbrida. Sin embargo, la verdad de Sandra es mucho más simple y sencilla: su cocina no tiene patria y busca construir una nueva relación directa con el mundo.

TE DEJO MIS HIJAS PERO NO LAS LLAVES



Por **Macarena Romero**

Ilustración de **Florencia Merlo**



La Natividad de la Sierra Norte de Perú era empresaria, dueña de la distribuidora de cerveza más grande de Cajabamba. Tenía una casa de dos pisos, de habitaciones amplias y en esquina, con tres balcones que abrían la boca al clima templado de un pueblo entre selva y mar. Cuatro empleadas trabajaban en su casa. Una por cada hijx.

Esta Natividad, la que me habla ahora, es la fundadora de AMUMRA, una organización que trabaja desde 2001 en la promoción de derechos de las mujeres migrantes y refugiadas en Argentina.

Se le enreda el “hilo de las horas y el orden de los años”, como llamaba Marcel Proust a ese estado particular entre el sueño y la vigilia. A Natividad se le desdibuja el momento que hubo entre una y otra; aquel bache en que deambuló deprimida por las calles de Buenos Aires. Sí recuerda: fue vendedora ambulante de chocolates en el barrio de Once, durmió en una fábrica tomada apodada El Sheraton y fue trabajadora de casa particular.

Llegó en 1994, cuando la convertibilidad, esa ilusoria paridad cambiaría un peso por un dólar, era una Ley y las clases medias compraban importado hasta el queso de rallar. Natividad no sabía que, durante los cinco años siguientes, sería su madre quien les prepararía a sus hijxs la comida, lxs ayudaría con los deberes de la escuela y les leería los cuentos antes de dormir.

Esta vida, la de referente social de la comunidad migrante, no existiría sin el domingo en que un comando de Sendero Luminoso llegó a la puerta de su distribuidora y le exigió 15 cajones de cerveza para celebrar «el día de Mao Tse-Tung». Natividad no preguntó a qué aniversario específico del Gran Timonel refería el convite.

—Venimos a hablar contigo para que tú entres en las filas del partido.

Cargaron las cervezas en la camioneta y la obligaron a subir. Estaban armados. Natividad recuerda que su hermano se empeñó en acompañarla.

—Yo le decía: no, no ¿y si nos matan a los dos? Yo voy sola, le dije.

No lo convenció.

Natividad recuerda que el camarada Hugo insistía con que se uniera a sus filas. “Que el Fujimori nos está matando, que el Fujimori es el culpable de todo. En eso nos sentamos y yo le digo al tipo ‘míreme bien, quiero que me mire bien en los ojos. Yo soy una madre de cuatro hijos, una madre soltera de cuatro hijos y seis hermanos. Soy padre de cuatro hijos y padre de seis hermanos. Mi hermano tiene su familia y mi madre es viuda. Así es que si nos va a tener que matar, mátenos a cualquiera de los dos, pero solamente a uno”, le dijo.

A esa altura, piensa ahora, no podían matarla: ya había sido vista por mucha gente. Hugo empezó a llamar a varios campesinxs para hacerle, en ese mismo momento, un “juicio popular”. Ella no los recordaba a todxs, pero ellxs sí. Porque Natividad, al pasar con su camioneta, lxs alcanzaba hasta donde necesitaran y jamás les cobraba.

—La gentecita decía que yo era muy buena— recuerda.

Así lxs liberaron. Poco tiempo después recibió una orden de captura. El fujimorismo la acusaba de terrorista. Rodeada, emprendió el exilio.

Establecerse y juntar la plata para traer a sus hijxs fue más difícil de lo que pensaba. En 1994 no existía Whatsapp y el minuto de llamada a Perú costaba dos pesos con ochenta. Tenía que limpiar bidets, cortar uñas y cambiar pañales durante una hora para poder escuchar cuatro minutos de la voz de uno solo de sus hijxs. Por un tubo plástico, encerrada en la cabina de un locutorio, y con dos fronteras en el medio.

Mientras conversamos, a veces, Natividad pronuncia el yo: ego; psique; alma; conciencia o mero pronombre personal, con acento rioplantense: ese sonido dental del fonema anglosajón «sh». A veces Natividad dice «sho». Es la única ye que pronuncia distinta al “io” que se trajo de Cajabamba. Esta es la ye que usa cuando me cuenta sobre su último trabajo como empleada doméstica. La “señora” y su esposo habían sido sus padrinos de matrimonio. Natividad era, literalmente, su ahijada.

—La familia tenía una casa en Cardales. Yo fui a limpiar y después me fui, porque era feriado. Al otro día cuando llegué la señora me dice: “¿Peti, ayer viniste?”. Sí, le digo. Vine, hice una repasada y después me regresé a la casa porque me dijeron que era feriado. “¿Y quién te dijo a vos que para las mucamas es feriado?”, me contestó.

Natividad había compartido con ella toda su historia: la casa grande, el secuestro, la persecución política. Se sentía de la familia. Por eso, volvió a vender chocolates en Once; ya no quería saber más nada con trabajar en casas. La organización que preside está en ese mismo barrio.

Mientras Natividad cruzaba la frontera escapando del régimen de Fujimori, Fátima cursaba enfermería técnica en Cuzco. Se las ingeniaba para trabajar y estudiar. Pero Fátima tiene una hija. Cuando llegó el momento de hacer las prácticas, la nena, que hoy le cebe el mate y es tan alta como ella, ya había empezado el colegio y los

gastos de matrícula, útiles y uniforme se hicieron imposibles de afrontar. Dejó los estudios y encontró un trabajo que pagaba bien, en la empresa de una italiana a la que llamaban la pajarito.

—¿Vos sabés por qué le decían así?

—Sí, primero porque era bien finita la carita, bien rosada. Era muy hermosa ella. Era como una Barbie. ¿Viste como esos pajaritos, que hay allá en Perú? Se vestía con todos los colores. Y en los pies se ponía siempre algodón, no podía usar sólo medias, porque le lastimaba. Era como un pajarito, muy especial. La segunda razón es que ella tenía un albergue, donde tenía chicos a cargo, le mandaban becas desde Italia. No sé mucho más. Nunca averigüé.

La pajarito tenía alrededor de 60 años y no podía tener hijxs. Un poco por eso Fátima cedía cada vez que le rogaba que le llevara a la nena.

—La alzaba, le regalaba cosas. La re quería.

La primera vez que Fátima pensó en probar suerte en otro país fue por sugerencia de ella.

—Si vos querés ir a Italia te propongo algo. Yo te ayudo con la nena, no tenés que pagar nada. Ella va a tener todo allá.

Fátima imaginó para su hija un futuro bilingüe y mejor. Hasta que la pajarito planteó los términos del intercambio.

—Vamos a hablarlo bien claro. Vos vas a estar las 24 horas con ella, pero la nena va a quedar a cargo mío. Yo la adopto a tu hija y vos vas como la niñera.

Fátima se negó. Y terminó renunciando: ante la negativa, las cosas entre ambas ya no fueron lo mismo.

—Un día me hizo lío porque llegué en punto, y yo siempre llegaba menos cuarto, menos veinte. Ella... ¡tenía un vocabulario! Te tiraba afuera y te cerraba la puerta —dice Fátima. Parece incomodarle decir malas palabras; prefiere no especificar qué insultos usaba su empleadora.

Haberse imaginado tan lejos hizo que Argentina pareciera a la vuelta de la esquina. Recuerda que era martes cuando decidió, junto a una amiga, venir a probar suerte a Buenos Aires. “Nos vamos el viernes”, se dijeron, casi como una travesura. Pensaban regresar en un mes. El pasaje de micro decía Cuzco-Buenos Aires. Pero cerca de Potosí, en un control policial, las detuvieron. Fátima no sabe por qué las demoraron en la comisaría. Después fueron acercándose a la frontera argentina como pudieron: caminando, tomando taxis, parando micros. Los 3.233 km compactados en ese guión minúsculo se desplegaron. El mes de travesura se transformó en 22 años.

Su primer trabajo fue en la casa de Susana, que tenía dos hijos chicos, uno de tres y un bebé de un año.

—Los crié hasta que se hicieron jóvenes.

El bebé es hoy un adolescente. Susana salía a trabajar temprano y Fátima los llevaba al jardín, a los cumpleaños, a la plaza.

— Me los entregó. Me decía: “son tus hijos”.

Muchas veces, cuando Fátima se iba, los chicos hacían un berrinche y Susana se ponía mal.

Susana la ayudó a traer a su hija de Perú y a conseguirle un colegio. Pero no le dio una mano con los papeles de migraciones, ni la acompañó a buscar una vacante en la escuela. La ayuda consistía en darle unas horas libres para hacer los trámites que necesitaba.

—Obviamente que eso era una recompensa, porque yo trabajaba más de las ocho horas que me correspondían.

Hace ya diez años que Fátima dejó de trabajar en aquella casa. Renunció porque no podía cumplir con el cambio de horario que Susana le pedía. Todavía, de vez en cuando, se juntan a tomar mate.

Nélida tiene sesenta y nueve años. Cuando habla se le nota que todavía le duele una muela. Días atrás sintió molestias y fue al dentista. Como pertenece al 25% de las trabajadoras de casa particular que están registradas, según datos de 2019 de la OIT, tiene obra social y le dieron enseguida el turno.

—Desde que me vine de Perú en 1998 he pasado de todo. Tuve que dejar a mis dos hijos, uno de seis y otro de cuatro, al cuidado de su papá. Pero bueno, allá en Perú los varones son machistas, hacen su vida. El papá de los chicos tomaba mucho, los dejaba abandonados. Mi mamá era la que les cocinaba y les daba de comer, les lavaba la ropa y todo eso.

Desde Buenos Aires, Nélida les mandaba dinero para que pudieran mantenerse. En el 2006 empezó a trabajar como empleada doméstica y de niñera de S. Estuvo nueve años en aquella casa. La nena tenía seis. La vió crecer. Unos meses antes del cumpleaños de 15 de S., armaron juntas, uno por uno, los souvenirs. Nélida cuenta con orgullo que S. la incluyó en la lista de invitados de la fiesta.

Pero Nélida también se acuerda de que la madre de S. se fijaba en todo: contaba las mandarinas de la frutera, chequeaba el volumen de los paquetes abiertos de galletitas; y dejaba su habitación con llave.

—Yo dejé tal cosa acá y no está —se la pasaba diciendo.

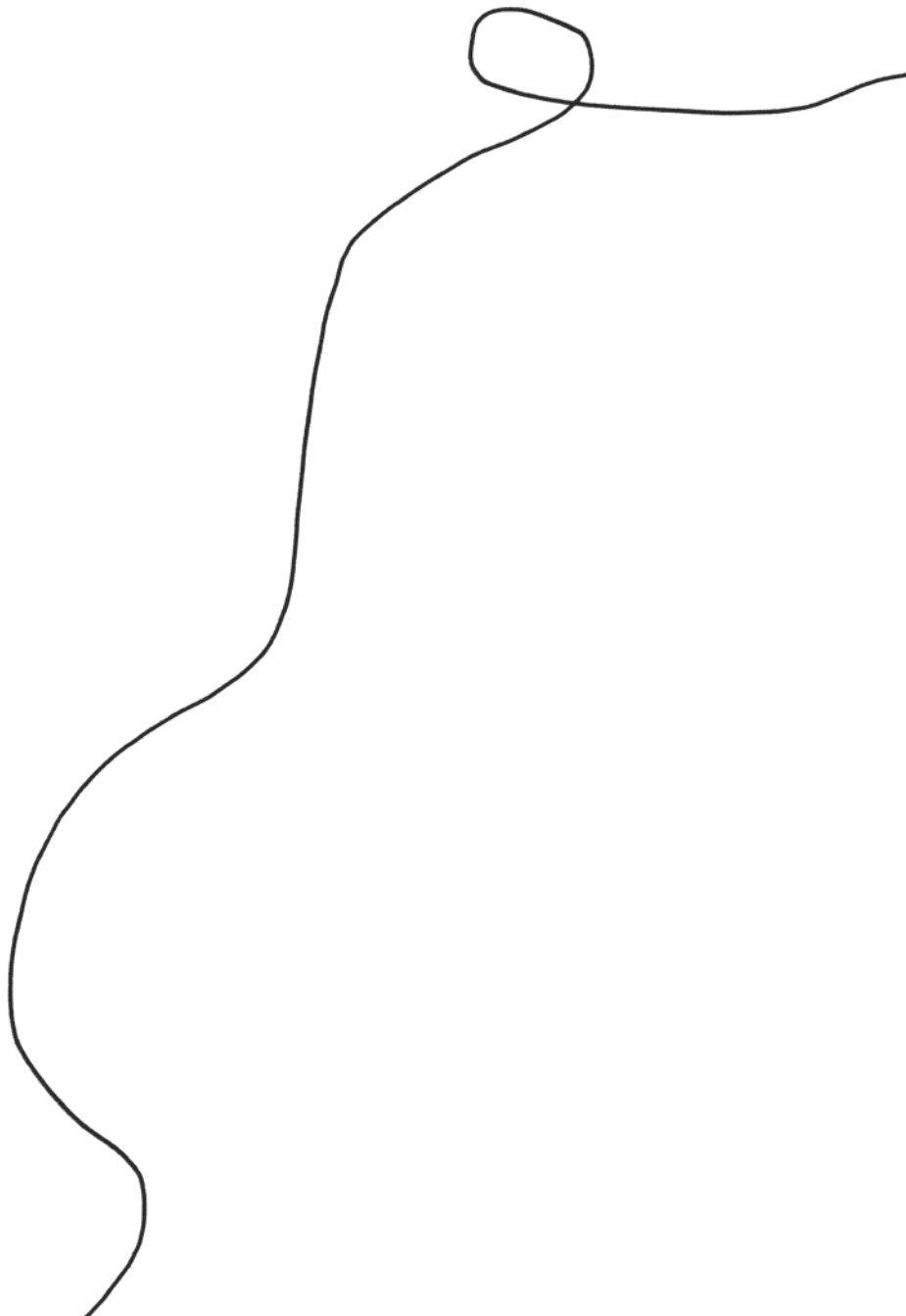
Así fue siempre, desde el principio.

En nueve años nunca le dio las llaves de la casa. Pero cuando viajaba por trabajo era Nélica quien durante la semana quedaba a cargo de S. La señora dejaba a su hija en lo de la abuela. Nélica la pasaba a buscar diariamente. Nunca entendió por qué su empleadora le confiaba a la hija pero no podía darle una copia de las llaves del hogar.

Un día la “señora” la acusó de robar un protector labial y la echó. Nélica, como Fátima, tampoco quiere repetir los insultos que le gritó pero fueron suficientes para que fuera necesario enviar a S. a su habitación. Cree que la “señora” ya venía pensando en despedirla porque últimamente habían tenido “mucho intercambio de palabras”.

Nélica no fue al cumpleaños de quince de S. Pero le mandó un mensaje al celular para saludarla. S. le respondió: “¿quién sos?”. Nélica se dio cuenta de que la niña que había criado, que la inminente quinceañera con quien había compartido el ritual de confeccionar los souvenirs de la fiesta, aquella que quedaba a su cargo cuando su madre viajaba, había borrado su número de teléfono.

Natividad es Natividad Obeso. Ese es su nombre real. Fátima y Nélica no se llaman así. Cambiar los nombres fue una decisión para mantener el anonimato y evitarles posibles problemas por haber expuesto sus historias. Aunque somos parte de la misma organización y nos conocemos, nunca me las habían contado. Siempre están ocupadas, atendiendo las consultas de otras mujeres migrantes.



LA REINVENCIÓN A LA DISTANCIA



Por Marilyn Oviedo

Ilustración de Malena Guerrero



Ese martes, la pequeña de ojos verdes se quedó con el uniforme escolar puesto, sin poder ir a clases. A sus siete años escuchó por primera vez que en su país, Venezuela, había un golpe de estado y toque de queda. Eran los primeros días de febrero de 1992 y en Mérida se vivían a diario saqueos, disturbios y represión. El entonces presidente Carlos Andrés Pérez ya tenía al pueblo bajo un programa de ajuste, presionado por el Fondo Monetario Internacional. El país estaba al borde del colapso.

Meses después aquella niña se fanatizó con un programa de naturaleza en la televisión. Allí mostraban el Glaciar Perito Moreno, en el sur de Argentina: quedó impactada. El deseo de conocer algún día la Patagonia permaneció hasta su adultez.

Se recibió de abogada en la Universidad de Los Andes a los 22. Dos años más tarde se instaló en Caracas, donde trabajó en un estudio jurídico e hizo un posgrado en derecho internacional privado en la Universidad Central de Venezuela. Apenas siendo asistente legal reunió dinero para cumplir su sueño.

En el verano de 2011 viajó desde Venezuela a Buenos Aires, y luego hasta Ushuaia; siguió a El Chaltén y a El Calafate. Visitó el Parque Nacional de Los Glaciares, caminó sobre el Perito Moreno, y luego lo admiró desde las pasarelas. El frío del sur helaba su piel caribeña, pero amó el crujir del hielo y las majestuosas caídas de las rupturas del glaciar. A la vuelta, paseó por el centro porteño. Quedó encantada y con ganas de volver, se vio en un futuro, casi como en una premonición, viviendo alguna vez en Argentina.

En febrero de 2014, Venezuela vivió una conmoción social, política y económica: protestas, marchas civiles, escasez de productos de primera necesidad, falta de medicamentos, hiperinflación, altos índices de inseguridad. Detuvieron al líder opositor Leopoldo López, y hubo muertos y heridos por la represión del estado. La mayoría de los fallecidos eran jóvenes: Bassil Da Costa, Robert Redman, José Mendez, Génesis Carmona, Geraldine Moreno, Delia Lobo, Anthony Rojas, Adriana Urquiola, por nombrar los casos más recordados.

En los dos años siguientes, mientras la violencia en el país crecía, ella pasó de un empleo como funcionaria pública a trabajar como abogada en un conglomerado de compañías del rubro automotriz y de bienes inmuebles. Para ese momento ya empezaban a escasear los repuestos de vehículos y la gasolina. Entonces debía caminar

largas distancias y hacer varios transbordos para ir al trabajo y volver a casa. Al llegar al edificio donde vivía tenía que subir catorce pisos porque el ascensor había dejado de funcionar.

Ese fue el punto de quiebre. Preparó sus papeles: en una carpeta puso su título de grado, las notas y certificaciones de la universidad, las declaraciones juradas de capacitaciones, y solicitó la apostilla de todos los documentos a través de trámites on line. También tramitó su pasaporte, aunque el gobierno sólo le proporcionó una prórroga; es decir, un sticker pegado a la libreta del pasaporte vencido y que lo extendía por dos años más. La opción de irse a Argentina dejó de ser una fantasía.

En marzo de 2017 se produjo la llamada Primavera Venezolana, una serie de protestas contra el gobierno que se extendió hasta principios de agosto. El disparador fue una sentencia del Tribunal Supremo de Justicia que retiraba la inmunidad parlamentaria a todos los diputados de la Asamblea Nacional, elegida en el año 2015 y de mayoría opositora. Inmediatamente, muchos de ellos se volvieron perseguidos políticos.

“No se puede seguir sobreviviendo en un país así”, pensaba la abogada. Para hacer algo tan simple como ir al supermercado debía esperar horas en largas filas a la intemperie, bajo el sol o bajo la lluvia. Se paraba ahí con sus tacones gastados, generalmente en horario de trabajo, y cuando lograba entrar veía que las góndolas estaban desabastecidas y que los productos regulados se habían agotado.

La dieta se componía de lentejas, arroz, pasta, poca carne y lácteos; el queso era caro y los embutidos un lujo. Los vegetales y las frutas también aumentaban rápido. La hiperinflación era un fenómeno de horas, no pasaba un día para que el precio de un mismo producto se remaricara varias veces; había que aceptarlo, igual que la pérdida de peso corporal. El dinero no alcanzaba, y los ánimos tampoco.

Ella renunció a su trabajo. Quería irse por tierra hasta Argentina, como antes lo había hecho una tía que migró a Chile, y unos primos y su hermana que se fueron a Perú. Pero su jefa le pidió que entrenara a su reemplazante y eso implicaba quedarse más tiempo. Negoció a cambio un pasaje en avión directo desde Caracas hasta Mendoza. El viaje de la mujer migrante profesional fue a finales de octubre de 2018.

Las despedidas son dagas en el cuerpo. Resumir la vida en un equipaje de 23 kilos y un bolso de mano es imposible. E igual de cruel que los abrazos y llantos regados en aeropuertos y terminales, lo etéreo de un último beso que se desdibuja sobre el arte cinético del maestro Cruz-Diez, el anuncio del despegue, el recuerdo del Mar Caribe, las playas de La Guaira y el imponente Cerro Ávila, que separa el mar de la ciudad capital.

Aterrizó de madrugada en el aeropuerto de Mendoza y por tres semanas ocupó una habitación mínima, con poca iluminación, sin internet, sin mobiliario. La ropa quedó dentro de las valijas. No tenía cocina ni mesada ni colchón en la cama. Por suerte traía un saco de dormir. La pared tenía humedad y una pequeña ventana, el baño era precario: una estafa.

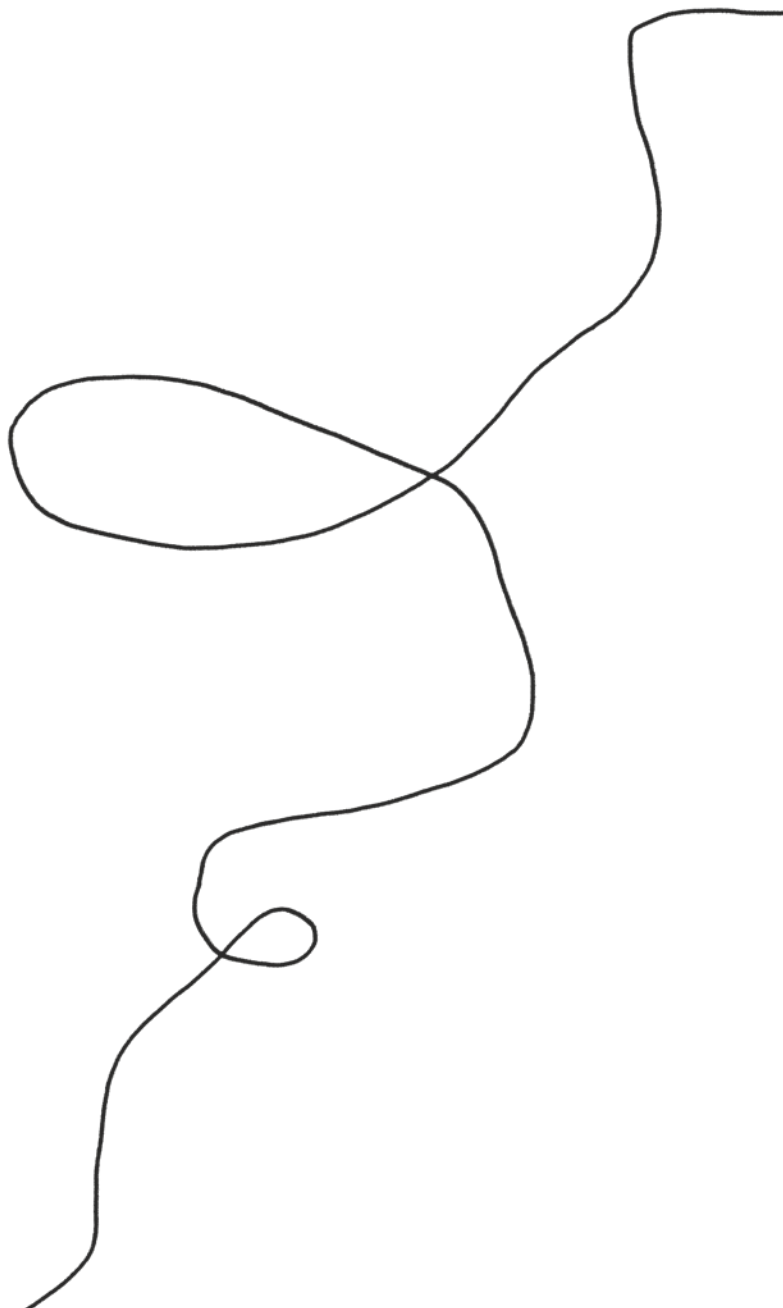
Muchos migrantes se insertan en el sector gastronómico. Ella, de niña, estudiaba atenta la forma de cocinar de su papá, quien es chef, y los deliciosos resultados del oficio. Recordaba que a los 11 años ya era capaz de hacer el almuerzo en casa porque él le había enseñado. Entonces se inscribió para estudiar gastronomía. Consiguió empleo en una cafetería de un lugar turístico porque habla inglés. No podía trabajar de abogada porque primero necesitaba obtener el DNI, y después solicitar la convalidación del título, un trámite que le llevaría varios años.

Durante los primeros meses en Mendoza sufrió episodios de tristeza, rabia y soledad. Enfermó varias veces. Estaba aferrada a su vida en Venezuela; necesitaba aprender y desaprender, era como un rompecabezas con piezas aún no diseñadas, en pleno proceso. Todavía tenía una herida abierta y el corazón en «*delay*». De a poco, las cosas cambiaron. Ahora vive desde lo intercultural, experimenta otras realidades: propias y colectivas. Canta en un coro, es voluntaria en Xumek, una ONG de Derechos Humanos.

Su propio crecimiento avanza a la par que el curso de gastronomía. Cada receta aprendida, cada técnica empleada la aplica a la vida misma: usar los elementos adecuados, identificar ingredientes, mezclar, medir las cantidades, la necesidad del fuego o del frío, reconocer nuevos sabores, olores y texturas. La reinvenición de su ser es su mejor plato, uno que está en cambio constante.

En los últimos años, la feminización de las migraciones ha ido en aumento. En Argentina las mujeres representan el 54% de la comunidad migrante. Aquellas que deben reinventarse provienen de distintas áreas profesionales: abogadas, contadoras, administradoras, ingenieras, enfermeras, periodistas, educadoras. Cada una construye una nueva versión de sí misma, aprende de nuevo y guarda sus conocimientos quizás para más adelante.

En enero de 2020 ella ganó el primer lugar en un programa de cocina en la televisión local. La reinvenición iba por el camino correcto: ese fue su verdadero premio. Admite que, todavía, añora su provincia de montañas azules y que, de alguna manera, aún sigue buscándola en Mendoza. A casi dos años de haber llegado, aún se conmueve cuando le preguntan: ¿Por qué elegiste Argentina?



CONQUISTAR DERECHOS ACÁ Y ALLÁ

LO QUE NO HACE EL ESTADO, LO HACEMOS NOSOTRAS



Texto y fotos de Anita Pouchard Serra



Juana corre para llegar antes del mediodía a la esquina de la avenida Cobo y Curapaligüe, en el barrio porteño de Bajo Flores. Tiene 51 años, es promotora de salud de la organización Frente de Organizaciones en Lucha (FOL) y vive en la villa 1-11-14, la más poblada de la ciudad de Buenos Aires, desde que llegó de Perú hace 20 años. A las doce en punto, vecinxs, organizaciones sociales, residentes y médicxs del Hospital Piñero organizan un corte para denunciar la situación y la falta de recursos sanitarios en la zona ante el aumento de contagios de Covid-19. Nada nuevo. El virus solo resaltó las problemáticas pre-existentes y cotidianas de muchxs habitantes de los barrios populares de Buenos Aires en cuanto a vivienda, trabajo, salud. En otras palabras, sus derechos ciudadanos básicos.

La cuarentena supone permanecer en nuestras casas. Pero cuando se vuelven un lugar de peligro por la falta de agua o por las condiciones de hacinamiento, urge tomar la calle. Sólo hay que tener en cuenta un requisito: mantener el distanciamiento social para denunciar sin ser denunciado. No hay canales ni grandes medios de comunicación, sólo vecinxs mirando desde la cola de la farmacia o de la verdulería. La avenida Cobo actúa como frontera invisible pero vívida que separa a la ciudad de sí misma.

—Ahí tendría que estar la policía, mirá lo que están haciendo, en plena cuarentena. ¡Que vayan a laburar! ¡Hace 50 años que estoy en el barrio, son ladrones!— grita un señor de unos 70 años en la esquina de Puan y Cobo mientras mira de lejos la protesta.

—Esa crítica la hice en un momento, antes, cuando estaba afuera de la organización— comenta Juana, y recuerda el tiempo en que desde su trabajo de limpieza en el microcentro veía las manifestaciones y cortes de calles. Al entrar al FOL, hace cuatro años, descubrió “lo que es movilizar para un reclamo, luchar por lxs demás”.

Juana pertenece al comedor del FOL “Berta Cáceres”. Está sobre la avenida Francisco Cruz, que delimita el este de la Villa 1-11-14. Desde las once y media de la mañana, vecinxs del barrio forman una fila que da vuelta a la manzana. Así sucede todos los días desde que empezó la cuarentena. Cien familias se inscribieron para recibir sus raciones de comida de lunes a viernes, otras cien quedaron en la lista de espera. Juana camina por la cola, alcohol en mano, reparte información, conversa con la gente, responde preguntas y trata de detectar situaciones de riesgo y casos potenciales.

En la puerta del comedor está Patricia, 43 años, responsable de que las personas que vienen a buscar sus raciones ingresen una por una. Llegó a Argentina desde Bolivia hace cuatro años. Su hermana vive en el barrio y participa del FOL. Por ella entró a la organización. Hoy incluso la representa en la campaña Migrar no es delito, que defiende y pelea por los derechos y la regularización de lxs migrantes. Todos los martes pasa en el comedor varias horas haciendo tareas comunitarias. Allí cumple con los trabajos que hagan falta para que la máquina solidaria funcione: cocinar, recibir mercadería, atender vecinos. Desde que el Covid-19 entró al barrio, trabaja el doble para cubrir a sus compañeras que tuvieron que aislarse o que resultaron infectadas.

Una mujer desempleada, un joven que pide algo de comida, una familia que se acerca para llevarle algo a sus hijos. Patricia cuenta que siempre hay una compañera dispuesta a dividir su ración personal para compartir. Pero no solo se trata de dar, aclara, sino de explicar por qué esa comida llegó a su plato y qué hace la organización más allá del comedor. Explicar que no es magia o punterismo, que es lucha y trabajo de hormiga desde mucho antes de la pandemia.

En estas colas hay familias que nunca habían pisado un comedor. Pero con los ahorros agotados y muchas dificultades para cobrar el ingreso familiar de emergencia, no tuvieron otra opción. Según el relevamiento de Agenda Migrante 2020 -un colectivo integrado entre otras organizaciones por Amnistía Internacional, el Centro de Estudios Legales y Sociales y la Campaña Migrar no es Delito-, el 58% de las personas migrantes encuestadas en abril de 2020 se quedaron sin trabajo, sin fuente de ingreso y por ende sin comida.

—Antes nos trataban de vagos, de planeros.

La que habla es Ana, 35 años, referenta del FOL del sector de Riestra que llegó de Perú hace diez años. Con la pandemia, vecinxs del barrio se dieron cuenta del valor de las organizaciones sociales. Y también de que, de un día para otro, se puede estar en el lugar de aquellos que prejuizaron alguna vez.

Como promotora de salud, Juana participa de las postas comunitarias del programa “El Estado en tu barrio”, donde se comparte información sobre el Covid-19 y se reparten barbijos, entre otras cosas. Como es un trabajo voluntario, Juana se niega a poner la pechera oficial del programa para conservar la de su organización, con una gran cruz roja en el pecho y las siglas FOL.

Mujeres como ella, provenientes de distintas organizaciones sociales, son los ojos y las manos en el barrio de un Estado que a veces no da abasto y otras está desconectado de las realidades al ras del suelo. Ana lo resume con precisión.

—Lo que no hace el Estado, lo hacemos nosotras.

Pocas semanas antes de la pandemia, Ana y otras compañeras estaban por abrir un nuevo comedor llamado “Las guerreras del FOL”, en el sector Riestra de la villa





1-11-14. El trámite de habilitación para recibir y cocinar alimentos se suspendió por la crisis pero, ante la urgencia de atención de las necesidades locales, las militantes históricas y las recién llegadas decidieron abrirlo. Es un cuarto amplio de paredes claras, una planta baja en el cruce de varios pasillos estrechos y oscuros, donde la distancia social resulta imposible. En una de las paredes, una pequeña ventana deja entrar una luz del día más simbólica que eficaz.

Como todavía no podían recibir las provisiones, las mujeres del comedor buscaron otra solución para brindar ayuda. Hablaron con sus compañeras del Berta Cáceres, separadas físicamente por quince cuadras, y lograron su apoyo. Para hacer llegar la comida atraviesan todo el barrio de lunes a viernes: el periplo empieza con una difícil caminata por los pasillos, con changos cuyas ruedas pelean contra el piso irregular de la villa, para luego saltar de puesto en puesto de Gendarmería.

—Evitamos ir por Perito Moreno, es más peligroso. Una vez robaron a las compañeras toda la carga y sus cosas personales —cuenta Andrea, migrante boliviana de 22 años, una de las más jóvenes de la organización. A pesar de no vivir más en el barrio, sigue militando y colaborando. En el comedor Berta Cáceres se reparten los alimentos que les corresponden a las familias registradas en ambos espacios. Después, al mediodía, los entregan en formato de bolsones. No es un paseo, es una carrera. Tienen que ir rápido porque no hay tiempo. Rápido, porque dos changos repletos de comida en época de pandemia es un tesoro que hay que cuidar y las guardianas no son más de cinco.

Al cruzar por la manzana dos está el hogar de Ana. En los ocho años que ha participado en la organización, ha visto cómo muchas compañeras crecieron y se empoderaron. Ella misma lo hizo. Ahora vive en una casa con comedor y habitaciones para toda su familia: es la primera después de muchos años de alquilar un cuarto para compartir. Mientras se suma al reto del grupo para repartir los bolsones, analiza varios momentos de su vida, desde su infancia en Perú a su temprana vida de pareja.

—Crecí con una mentalidad machista y no me daba cuenta: atender al hombre como un rey, hacerle caso a ellos.

Ana encontró en el movimiento su espacio de libertad, un espacio donde ayudó como delegada de género y desde la experiencia propia a otras compañeras. Con una sonrisa recuerda la timidez de algunas, y lo compara con cómo hoy toman la palabra, tanto en la organización como en sus propias casas. Mujeres migrantes como ella, que por distintas razones llegaron a la Argentina y hoy están al frente de la pandemia en la villa 1-11-14.

Susana tiene 49 años y es una de las mujeres que participan en el comedor Berta Cáceres. A mediados de 2001 quiso migrar desde Bolivia, su tierra natal, a Argentina. Pero por demoras en el trámite de sus documentos llegó recién en la primavera de 2002, en pleno caos político, social y económico. La pandemia no es la primera crisis que atraviesa en el país.

Baker



—¡Recolección! ¡Recolección de basura! ¡Recolección!

Su voz y la de sus compañeras de cuadrilla de limpieza resuenan en los pasillos de la manzana uno. Tres días a la semana, entre las ocho y las diez y media de la mañana, recorren la zona para recoger la basura y desinfectar los pasillos. Antes de salir se preparan en el obrador de un cuarto que alquilan a un restaurante de la avenida Perito Moreno. El ritual de vestimenta incluye pantalones de trabajo, guantes de protección, barbijos y lentes, al menos de sol, porque no les entregaron otro tipo de protección a pesar de prestar un servicio esencial que depende del gobierno. Antes de salir, guardan alcohol y lavandina para protegerse del virus y de la contaminación.

El 5 de junio, después del trabajo con su cuadrilla, Susana vuelve al comedor para hacer tareas de prensa, su otra actividad en la organización. Registra cada detalle, cada esfuerzo de sus compañerxs y lo comparte en las redes y los grupos de whatsapp. Este día es importante: un conjunto de organizaciones sociales instalaron siete ollas populares en el barrio para reclamar y visibilizar la situación de emergencia. El FOL participa en tres de ellas. Con sobras de bolsones, donaciones y parte de sus propias raciones, cocinan un plato caliente para lxs que no entran en los cupos de los comedores.

En cada olla, cada persona tiene definida una tarea. Es una mecánica aceitada: una distribuye el pan, otra cuelga pancartas, las restantes sirven raciones de comida. Mientras, Susana se mueve entre lxs vecinxs y la estrecha vereda para buscar el mejor ángulo que registre a sus compañerxs. De pronto, no saca más fotos: le avisan que quedó infectada por el virus. Como trabajadora de la primera línea, como otras mujeres de las organizaciones populares. Susana va a tener que aislarse en la habitación de un hotel que puso a disposición el Estado para pacientes leves.

— Lo mejor que le puede pasar— dicen lxs vecinos. Es que ir al Hospital Piñero, que corresponde al barrio, es uno de los miedos más grandes de los habitantes de la 1-11-14.

Unas cuadras más allá, en la rotonda de Perito Moreno y Riestra, las guerreras del FOL revuelven lo que queda de sus ollas populares. Una ya está vacía. Con el celular muestran las fotos de una cola interminable que se formó una hora antes. Mientras ríen y levantan sus pertenencias, empujan su fiel chango que, así como con los bolsones, las hará recorrer torpemente las veredas de la avenida Varela hasta volver a su base, para limpiar, desinfectar y ordenar todo para el día siguiente.

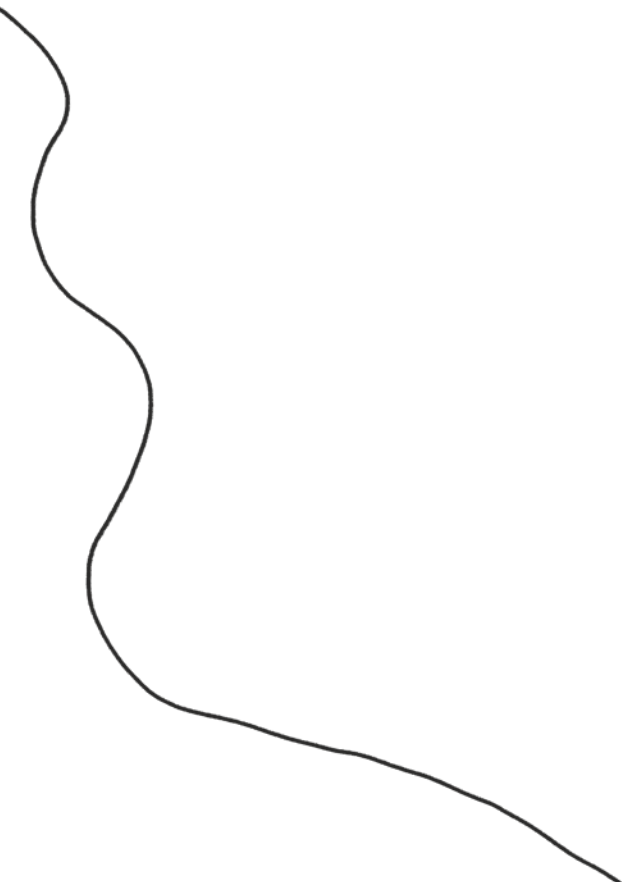
En el camino, las compañeras se sientan y descansan. Sacan conclusiones de la actividad, discuten qué cosas se pueden mejorar y qué quedó por hacer. Las más antiguas comparten experiencias y los modos de hacer con las más nuevas. Aunque otro tema está en boca de todas: las intervenciones de Horacio Rodríguez Larreta, jefe de gobierno porteño, en una conferencia de prensa.

—Habló del barrio y de nosotrxs, pero dijo cualquier cosa.

El comentario se repite. Es que ninguna vio llegar los kits de limpieza que mencionó Rodríguez Larreta. Saben perfectamente que las palabras ante una cámara difieren de las realidades en el barrio. El cobro del IFE, por ejemplo, sigue siendo un tema de preocupación dentro de la comunidad. Según el decreto, migrantes con al menos dos años de residencia tenían derecho a cobrar los 10.000 pesos del subsidio excepcional. Sin embargo, a muchxs le rechazaron su pedido sin motivo entendible. Cada una comparte su experiencia administrativa, lo que escuchó por ahí o sabe. A ver si entre todas logran resolver los problemas de su comunidad.

Andrea despide a sus compañeras, sale del comedor y camina unas cuadras hasta la parada del 50 que está en la puerta del hospital Piñero. Reparte su tiempo entre el estudio, la militancia barrial, el taller de costura y la participación como delegada de la organización en la campaña Migrar no es delito. Antes de que llegue el colectivo cuenta que migró a Argentina de adolescente, por decisión de su familia. No sabía mucho del país cuando llegó, la ruptura con su Bolivia natal fue dura. Su padre, que ya vivía en Buenos Aires, le aseguró que era como en cualquier parte del mundo, donde “hay gente mala y gente buena”. Ella decidió que quería ser de las primeras.

**Este proyecto ha sido realizado gracias al apoyo del Pulitzer Center.*



HAITÍ: ¿SERÁ POSIBLE VOLVER ALGÚN DÍA?



Por Micaela González Valdés

Ilustración de Santi Pozzi



Segundo piso del Pabellón España, uno de los edificios más antiguos de la Ciudad Universitaria cordobesa. En un aula pequeña, íntima, más parecida a la habitación de una casa que a un espacio académico, Henry Boisrolin le explica a diez estudiantes de la licenciatura de Historia los pormenores de la revolución haitiana de principios del siglo XIX. El encuentro es parte de un Seminario sobre Revoluciones Latinoamericanas; los/as estudiantes lo escuchan atentas/os, toman nota en sus cuadernos y esperan el momento para hacer alguna pregunta. Henry Boisrolin es el profesor invitado; es haitiano. Y es negro.

Mientras pasan los minutos Henry habla sobre la revolución de su país, ocurrida hace más de dos siglos. Habla del sistema colonial, del rol de Jean-Jacques Desallines y Toussaint Louverture como líderes de la insurrección, de los esclavizados/as fugitivos/as que vivían en las montañas, a quienes denominaban ‘cimarrones’. Y de François Mackandal, uno de aquellos fugados, quien años antes arengaba la revuelta y que luego de ser ejecutado, dice Henry, acompañó en espíritu el levantamiento esclavo y el triunfo de la revolución. También habla de la miseria y la opresión. Para aquellos/as jóvenes y adultos/as pareciera abrirse un portal hacia una parte invisibilizada de la historia que mezcla inquietud con indignación.

Ese día, entre las frases que el profesor cita, un fragmento de la constitución de Haití de 1805 queda resonando en el Pabellón España:

—Todos los ciudadanos, de aquí en adelante, serán conocidos por la denominación genérica de negros.

La flamante nación haitiana, nacida tras un levantamiento de esclavizados y esclavizadas, estaba proponiendo a inicios del siglo diecinueve una nueva idea de sociedad.

Los años setenta fueron épocas convulsionadas en América Latina y el Caribe. Las dictaduras cívico-militares arrasaron muchos países de la región, mientras la guerrilla y los intentos revolucionarios daban sus últimas batallas. La represión y violencia estatal y paraestatal marcaron el pulso de esos años. Para Henry fue la década en que debió abandonar su país. Su llegada a Córdoba en 1974 representó un auto-exilio político, a propósito de la cruel dictadura de la familia Duvalier

iniciada en 1964. Conocido popularmente como el ‘PapaDoc’, Franscois Duvalier fue responsable del asesinato de al menos treinta mil haitianos/as, y del exilio de más de medio millón de compatriotas. Tras su muerte en 1971, lo sucedió su hijo Jean Claude -‘Baby Doc’, que continuó el terror en Haití. Para un joven que finalizaba sus estudios secundarios y militaba en las filas del Partido Comunista haitiano, la isla caribeña no era segura ni presentaba grandes oportunidades: la Universidad Estatal estaba reservada para partidarios del régimen y en las instituciones privadas eran comunes las persecuciones y el asesinato a opositores. Por eso, su llegada a Argentina también significó la posibilidad de estudiar una carrera universitaria.

En la ciudad de Córdoba ya había algunos/as migrantes haitianos/as, asentados/as desde 1960. Durante esos años llegaron algunos/as más.

—No es como ahora. En aquel momento vivían en la ciudad veintiuno o veintidós haitianos, en su mayoría hombres— recuerda Henry.

Los/as haitianos/as conformaban un colectivo pequeño en relación a las casi ochocientas mil personas que habitaban el Gran Córdoba. Entre ellos/as se conocían: todos/as habían venido para estudiar en la Universidad. Por lo general, sus familias les enviaban dinero para que pudieran estudiar sin tener que trabajar. Aunque tanto a él como a otros/otras compatriotas lo movilizaban intereses extra-académicos.

Cuando llegó, Henry se sentía como un bicho raro al caminar por las calles cordobesas. Las miradas y la sorpresa al ver su figura, alta y morena formaban parte de su día a día. No hablar el castellano como lengua materna y tener piel oscura en un país que poco ha problematizado su pasado afro también eran motivos de exclusión cotidiana.

Vivió situaciones de discriminación más de una vez aunque, dice Henry, no siempre se puede generalizar. Algunas veces pensaron que era jugador de básquet o músico. También, en ocasiones lo insultaron, simplemente, por ser negro. Pero no todos los argentinos tuvieron ese trato. Por eso decidió que su comunidad, aunque fuera pequeña, tenía que buscar estrategias de inserción. De allí que Henry no tardó mucho en empezar a organizarse.

—La historia tiene un peso.

Para Henry y sus compatriotas era muy importante rescatar el pasado de su país y reivindicar sus luchas por la libertad. Organizaron encuentros para discutir y mostrar su historia nacional, alejada de las visiones colonialistas, y acercarla a los y las argentinos/as interesados. También celebraron fiestas y conmemoraciones de Haití como un modo de interactuar con la ciudad.

Desde su llegada a Córdoba, varias veces intentó formar centros de participación haitiana. Sin embargo, el golpe de Estado de 1976 obligó a Henry a reducir la participación pública.

—Nos robaron, entraron en nuestras casas, sufrimos muchos atropellos por parte de los grupos parapoliciales.

Después de la dictadura Henry volvió a organizarse. Junto con otros compañeros y compañeras participaron de distintas luchas, propias y ajenas, a lo largo de las décadas siguientes. Uno de los que destaca como logro colectivo fue la renuncia de un cónsul haitiano en Córdoba afín a las dictaduras militares en Argentina y Haití. También, como militante del Partido de la Liberación, acompañó diversas movilizaciones, como las luchas contra las privatizaciones durante la década del noventa.

Varias personas cortan la calzada en la Avenida Figueroa Alcorta, Ciudad de Buenos Aires. Algunos sostienen carteles: exigen nuevos representantes diplomáticos. Detrás, acompañan encolumnados varios partidos de izquierda. Allí está Henry, participando activamente del reclamo. Es 1986 y la embajada de Haití en Argentina acaba de ser ocupada por migrantes haitianos/as que desconocen las autoridades designadas por su país.

Ese mismo día, a 6092 kilómetros de Barrio Norte, Jean Claude Duvalier huye de Haití y en la isla se inicia un nuevo período político. Los vaivenes de la política nacional y la injerencia extranjera pronto demostrarían que la democracia no es un objetivo sencillo de alcanzar en aquel punto del Caribe.

En aquella jornada en Buenos Aires el Comité Democrático Haitiano hizo su primera aparición pública. Henry fue su primer secretario y desde 1995 coordina la organización. Por su cargo visita la isla con frecuencia. También participa en el Comité de Solidaridad con Haití, otro espacio de activismo que cuenta con numerosos apoyos sudamericanos. Allí, se aúnan esfuerzos internacionales para remover la ocupación extranjera en el país y cesar las violaciones de los derechos humanos. El horizonte de las dos organizaciones es el mismo: justicia y una verdadera democracia.

Haití fue la primera colonia latinoamericana en independizarse. El levantamiento duró doce años, entre 1791 y 1803, una revolución a manos de esclavizados que puso fin a siglos de opresión francesa. En los años siguientes, además, buscó extender su solidaridad a otras colonias del continente y apoyó sus luchas por la independencia.

Una vez libre, la nueva nación intentó construir los cimientos de una sociedad en donde, a contramano de las creencias racistas reinantes, la negritud significara orgullo y reivindicación. La historia tiene un peso.

El 12 de enero del 2010 La Española tembló. La isla caribeña compartida por República Dominicana y Haití sufrió un terremoto con epicentro a unos kilómetros

de Puerto Príncipe, capital haitiana. A más de diez años, el daño sigue siendo incalculable. Murieron alrededor de trescientas mil personas, otras tantas resultaron heridas y los destrozos materiales arrasaron el país. Edificios públicos, hospitales y miles de viviendas se derrumbaron. Los servicios de luz y agua se interrumpieron. Además de las fallas y fracturas en las construcciones, se hicieron visibles las grietas de una sociedad empobrecida, condenada al endeudamiento desde su independencia y, luego, castigada por las ocupaciones militares extranjeras, la corrupción de sus gobiernos y la dependencia económica al crédito internacional.

Tras el terremoto de 2010 y el huracán Mathew en 2016, la cantidad de migrantes haitianos y haitianas que se desplazaron a distintos lugares del mundo en búsqueda de oportunidades se incrementó, como indican múltiples informes de la OIM. Muchos/as buscaron un nuevo hogar en ciudades y destinos que hasta el momento no eran tan populares, como Brasil, Chile, Venezuela y Argentina.

Eddyson Damas es uno de los casi quinientos jóvenes haitianos/as que vive en Córdoba. Él, que en 2016 migró desde Les Cayes, cree que la migración se transformó en una opción importante para los/las jóvenes de los sectores medios que terminan el secundario en Haití. Hoy, cursa dos carreras: Ingeniería Civil y Sociología.

—Dejamos el país para estudiar, y si es posible, regresar algún día.

Migrar para hacer una carrera, dice, fue la mejor decisión que pudo tomar. Aunque el proceso estuvo lleno de dificultades: existen muchas trabas burocráticas para el ingreso de ciudadanos/as haitianos/as. Fue por eso que con un grupo de amigos/as haitianos/as organizó un espacio de estudios para los exámenes de convalidación de secundario, de idiomas y los propios ingresos a las facultades.

Con el tiempo, la organización se amplió y fue más allá del grupo de amigos. Las inquietudes crecieron y se materializaron en lo que hoy es el Konbit: Club Cultural Haitiano en Córdoba. El Konbit es un espacio de encuentro entre connacionales en el que se desarrollan actividades vinculadas a la difusión de la historia y la cultura haitiana. La historia tiene un peso.

La cotidianeidad de Eddyson y sus compatriotas está atravesada por los estereotipos y distintas formas de discriminación. El ejemplo más frecuente: cuando la gente asume que es extranjero y pobre por ser negro y haitiano. También las fuerzas policiales y los medios de comunicación ejercen distintos tipos de violencias. Como el día en que a uno de sus compatriotas le hicieron un allanamiento ilegal en su domicilio. Los medios hablaron de un ‘robo en manos de un haitiano’. El supuesto caso se desinfló y la prensa lo dejó de cubrir, pero las disculpas a su compatriota, a la comunidad, nunca llegaron. Eddyson recuerda esta y todas las otras vulneraciones y desigualdades, y resume en una frase cómo enfrentarlas.

—La integración es todo un proceso. Hace falta mucha voluntad.

Es noviembre de 2019 y en el centro porteño se respira calor y hay humedad. En un aula mediana de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, Henry saluda a compatriotas e investigadores. Allí se está desarrollando un encuentro sobre migración haitiana. Sus más de cuarenta años en Argentina lo hicieron conocido en este tipo de espacios. Unos minutos después ingresa Eddyson. Se disculpa por la tardanza y se incorpora a la mesa.

Las presentaciones, comentarios y experiencias cotidianas van y vienen. Las historias de vida y los relatos se multiplican. Pasan las horas y la jornada se extiende hasta la noche.

Dentro y fuera del salón hay haitianas y haitianos que, al igual que Henry y Eddyson, eligieron la Argentina como su nuevo hogar. Día a día hacen lo posible para que el destino que eligieron al migrar los/as contenga, valore y respete. Al mismo tiempo, extienden su mano amiga a quienes van llegando al país. La historia tiene un peso.

SIEMPRE HAY ALGUIEN DISPUESTO A DIVIDIR SU RACIÓN PARA COMPARTIR. NO ES MAGIA, ES TRABAJO DE HORMIGA

PREVIO A LA PANDEMIA

CONQUISTAR DERECHOS ACÁ Y ALLÁ

UN ESCUDERO PARA ANITA



Por Ana Gabriela González Briceño

Ilustración de Florencia Merlo



Las facciones de Juancho son alegres. Suele saludar con un “Epa, qué hubo”. Mientras habla, deja su mirada fija en el techo; tiene el gesto particular de jugar con su barba, peinarla y despeinarla. Juancho es el diminutivo de Juan Carlos, así lo llamamos quienes lo conocemos. Creció entre historias y costumbres españolas, tiene un parecido insuperable al de su abuelo Vicente, castaño, alto, flaco y locuaz.

Al abuelo Vicente no pude conocerlo; cuando llegué a la vida de Juancho, o él llegó a la mía, sólo compartí con su abuela Emilia. Ella me invitó una tarde y, mientras hacía pan tostado con manteca y café con leche, la merienda favorita de Juancho, me narró sus anécdotas de migrante. Habló de su viaje en barco cruzando el continente, la despedida con la familia y el empezar de cero. Vicente y Emilia llegaron a Venezuela en la década de 1930 huyendo de la Guerra Civil Española.

Desde que era un bebé, Juancho estuvo bajo el cuidado de sus abuelos. Aunque a sus diecinueve años, los roles se invirtieron. Él visitaba a la abuela por lo menos una vez al día, iba a acompañarla y a pedir la bendición. En Venezuela, pedir la bendición es una expresión religiosa y una tradición familiar; responder con un “Dios te bendiga” fue algo que la abuela migrante asumió a la perfección.

Para Juancho y su familia, conseguir las medicinas de la abuela se convirtió en un desafío debido a la situación del país. Eso, y las pocas provisiones de comida en su casa, le causaban indignación. La misma indignación que llevó a miles de venezolanos a salir a las calles y manifestarse. El 11 de mayo de 2017, en una nueva marcha contra el gobierno de Nicolás Maduro; un grupo de jóvenes cumplió el rol de escuderos; encabezaron las manifestaciones protegidos por escudos hechos de madera, latas de barriles o antenas parabólicas, decoradas con símbolos patrios o llamados de protesta como “Elecciones Ya”.

Juancho fue un escudero; ese 11 de mayo, mientras acompañaba la manifestación en la ciudad de Barinas, la Policía Nacional Bolivariana lo detuvo. Juancho describe la escena:

—Cuando vi que los policías nos tenían rodeados, corrí hacia atrás, traté de saltar una cerca que se dobló y me caí. Al levantar la mirada vi a tres policías apuntándome con sus pistolas. Uno me dijo “quédate quieto o te mato”.

La tortura que Juancho vivió empezó en el piso, con las piernas adormecidas de tanto temblar. Una policía le quitó el casco y lo usó para golpearlo tantas veces en la cabeza que no pudo contarlas. Al agrupar a los detenidos, los desnudaron, les tiraron gas pimienta en sus rostros y los encerraron en un camión blindado. El uso excesivo de la fuerza policial y militar en Venezuela es el pan de cada día. En julio de 2019, el informe sobre los derechos humanos de Venezuela de la Alta Comisionada de la ONU, Michelle Bachelet, especificó que las fuerzas de seguridad y servicios de inteligencia, como el SEBIN, recurren a torturas como el uso de corriente eléctrica, la asfixia con bolsas de plástico o simulacros de ahogo. A Juancho el SEBIN le preguntó:

—¿Por qué estabas metido en la marcha?

—Porque en mi casa no hay comida y mi abuela no tiene sus medicinas.

A Juancho le dieron palizas y lo amedrantaron. El SEBIN quería escuchar los supuestos nombres de quienes le habían pagado para que saliera a la calle. Sabían que protestaba desde hacía ocho años, tenían registros fílmicos de él en otras marchas y saludando a dirigentes juveniles; como él dice, le tenían el ojo puesto.

Juancho estuvo detenido junto a más de treinta personas en una sala habilitada dentro de la Policía Estatal que tenía menos de veinte metros cuadrados. Al principio sólo había manifestantes, después entraron personas con antecedentes penales. Dormían en el piso, a veces esposados. La técnica para hacer espacio era abrir las piernas y entrelazarlas con el compañero del frente, dice Juancho:

—Como unas tijeras abiertas.

En la sala había hombres y mujeres. Una de ellas tuvo que ser puesta en libertad a los dos días debido a una fuerte infección que le causó el orín de los detenidos. Durante su detención, la familia de Juancho y yo solo pudimos comunicarnos a través de cartas. Su papá le llevaba comida y algunos cigarros. Adentro, no todos recibían ayuda. Como pudo, Juancho dividió sus alimentos con algunos compañeros. Por su físico y barba fue apodado “El Musulmán”. Su tranquilidad lo convirtió en líder por momentos, como las veces en que organizaba a tres personas que salían al mismo tiempo para bañarse y hacer sus necesidades fisiológicas, todo en cinco minutos.

El SEBIN no consiguió pruebas de que Juancho fuese un político pagado. Después de treinta y tres días lo pusieron en libertad bajo fianza y con régimen de presentación. La estrategia que Juancho usó para sobrellevar toda esta situación fue controlarse, mantener la calma, respirar más lento, desde que estuvo en ese blindado hasta el último día en esa sala con más de treinta personas.

Mantener la calma es el hito de Juancho, son las palabras que me ha dicho una y otra vez, siempre que pasamos alguna de las tantas crisis desde que dejamos Venezuela.

En diciembre de 2017 le comunicamos a nuestras familias la decisión de dejar el país. El 25 de enero de 2018, entre un mar de gente, caminamos los 315 metros del Puente Internacional Simón Bolívar, que separa a Venezuela de Colombia. Nos invadía la nostalgia. Sentados en el piso, comimos la vianda con pasta y carne picada que mi mamá nos había preparado para el camino. En aquel momento asumimos nuestra condición de migrantes y recordamos las palabras con la que la abuela Emilia nos despidió:

—¡Lo único que os pido es que seáis felices!

Ninguno había salido fuera de Venezuela. Nos estábamos por enfrentar a distintas crisis y ante cada una de ellas íbamos a usar como brújula las palabras de la abuela migrante.

—¡Hay que aguantar!

Cruzamos Latinoamérica en autobús. Por la fecha de nuestro trámite migratorio en Argentina, esperamos cinco meses en Ecuador. El 11 de junio retomamos nuestro destino, frontera por frontera, terminal por terminal: Ecuador, Perú, Chile y Argentina. Fueron siete días de viaje, buscando wifi en cada parada para informar a nuestras familias con un WhatsApp: “Ya estamos en Tacna (...) llegamos a Arica (...) Saliendo de Santiago”. Días de cansancio y miedos, sentimientos que desaparecían cuando se filtraban por la ventana del vehículo los paisajes de los Andes. Allí festejamos nuestro octavo aniversario. Cada kilómetro avanzado fue un logro. El 18 de junio de 2018 pisamos la terminal porteña de Retiro.

Los primeros días en Buenos Aires fueron difíciles. Dormimos en el piso varias noches frías de invierno y a veces comíamos una sola vez al día. Nuestro primer alquiler fue la sala de un departamento con un mini sofá en el rincón, tan mini que ahora con risas lo recordamos, como la cama que nos enseñó lo que es estar uno al lado de otro. Aprendí a preparar cafés y atender la barra de un restaurante, luego aprendí a dirigirlo. Juancho conoció toda Capital Federal vendiendo el producto de una empresa que lo contrató de forma regular; nuestra primera buena noticia en el país.

Emigrar es significado de sacrificio y los sacrificios esconden sentimientos encontrados: disfrutar y extrañar, sonreír y llorar. El 17 de abril de 2019 entró en mi teléfono una llamada de WhatsApp que decía “Mami”. Cuanto atendí, me dijo con la voz quebrada: “*Anita, tiene que ser fuerte, la abuela acaba de morir*”. Caí como quien resbala de un último escalón. Lo más difícil fue incorporarme porque, para quien emigra, la única opción efectiva es continuar.

Después de la pérdida me diagnosticaron trastorno depresivo persistente. Juancho siempre hablaba de mantener la calma como única bandera y en ese momento era yo quien debía buscar la calma y continuar. Por las madrugadas, él salía corriendo a la cocina a buscar un vaso de agua que me recuperara de los ataques de ansiedad;

otras noches, hacía vigilia mientras me veía dormir. A partir de ahí, mi salud mental se convirtió en nuestra batalla más grande como migrantes.

Juancho sobrellevó la carga: pasó de ser escudero del pueblo en Barinas a ser mi escudero cuando la calma no aparecía. Un día, al colgar una llamada con su familia, me dijo:

—Me abrieron un nuevo expediente, ahora soy un prófugo de mi país.

Para el Gobierno de Venezuela, los presos políticos son “terroristas de la Nación”. Juan empuja las esquinas de sus uñas hasta aplanarlas cuando está ansioso; sus uñas eran lo único que tocaba mientras aceptaba que, como prófugo y terrorista, no podría volver al país hasta que pasara la famosa “Revolución”. Juancho, en calma, espera que pase.

El monitoreo del flujo de población venezolana en Argentina realizado por la OIM en septiembre de 2019 definió que el 41 por ciento había sufrido estrés o malestar emocional. Como migrantes tenemos dos versiones: lo que fuimos y tuvimos allá, en nuestra tierra, y lo que somos y tenemos, acá en nuestro nuevo hogar. Emigrar enseña a tragarse los insultos y los halagos ¡De los dos hay que cuidarse! Estando afuera de mi país tuve que llorar la muerte de mi abuela y al día siguiente ir a trabajar a las seis de la mañana como si nada hubiera pasado. Emigrar nos enseña a ser duros y resistir, a dosificar las emociones, a creer en los sueños y a esperar el mañana.

La importancia de las terapias se asemeja a la importancia de comprar la comida del mes. Se necesitan servicios accesibles de ayuda especializada, se necesita voluntad para sobrellevar lo que se conoce clínicamente “duelo migratorio”, se necesitan romper estigmas y señalamientos y normalizar la salud mental para poder hablar de los problemas. Se necesita ayuda para desahogar. ¡Yo necesité un escudero para continuar!

SOY CHINO, NO SOY CHINO



Por **Alejandra Conconi**

Ilustración de **Juan Dellacha**



Entre 2011 y 2013 viví en la ciudad de La Plata, mi ciudad de origen. Hacía poco había vuelto de una beca en China y todo lo chino, el idioma, la comida, ciertos objetos, se sentía muy cercano.

La ciudad tiene ahora supermercados chinos repartidos por todos lados. A la vuelta de mi casa, sobre la avenida 19, hay uno y voy a hacer unas compras. Llevo varios libros con títulos escritos en caracteres bajo el brazo.

—¿Vos lees? —pregunta con simpatía Marisa, de nacionalidad paraguaya, sentada en el ingreso. Después me entero que es la esposa de Diego, quien llegó hace 10 años de Fujian y es dueño del supermercado.

Llama la atención de su marido y él me pone a prueba:

—Así que sabes leer chino...bueno... probá leer esto.

Me da un cuadernillo de alrededor de 50 páginas y señala un párrafo. Me concentro en la pronunciación. Diego me escucha y dice:

—¡Bueno, muy bien, pero con más sentimiento, porque es la palabra de Jesús!

Les cuento que soy vecina y trabajo en el Instituto Confucio, una institución nueva en la ciudad. Tienen dos hijas de 5 y 7 años y Marisa quiere que aprendan el idioma paterno. Nos pasamos los teléfonos y desde ese día comienza un intercambio que me despierta un poco de gracia: yo les enseño chino inicial a sus hijas y él me predica la palabra de Dios cuando los visito.

Un día me lleva a ver los avances de la obra de su casa, ubicada arriba del local donde trabaja de lunes a domingo. En la cocina, el porcelanato brilla y hay una cocina industrial para preparar los salteados chinos. Un pasillo de seis metros conduce a las habitaciones y a la escalera para acceder al altillo. El salón tiene un techo de madera con forma de bóveda, pensado para jugar a las cartas con los paisanos.

—Los argentinos piensan que el chino tiene toda la plata, que somos saqueadores de riqueza local y sacamos trabajo a la gente— me dice en tono parco.

Diego Ma es dueño de uno de los más de 10.000 supermercados con propietarios de origen chino que existen en Argentina.

La familia Chen vive en un departamento de cuatro ambientes en el centro de la ciudad. Tiene pisos de madera y molduras clásicas en el techo. En el ingreso hay un botinero repleto de chancletas de plástico y una barrita de metal en el piso, que marca el lugar donde ya no podemos circular con nuestros zapatos de exterior.

Me saco las zapatillas, me pongo unas chanclas azul oscuro y mientras avanzo por el comedor la señora Chen me agradece en chino por ayudar a su hijo Kevin con el idioma español, con una gran sonrisa en el rostro y cierta expresión de alivio.

Tiene reflejos caoba y el pelo con permanente atado con colita.

—¿Querés tomar algo?

—Un poco de agua está bien.

Pone en la mesa agua caliente en un frasco grande de conserva y de ahí me la sirve aún tibia. Me siento de nuevo en China.

Al terminar la primera clase, me invitan a almorzar al restaurante familiar. Venden comida por peso y también tienen mesas de madera para comer allí. Mientras bajamos el ascensor, Kevin me dice con gesto de preocupación:

—Si hablo perfecto español, me voy a olvidar el chino.

Me cuenta que siendo más chico él ya había vivido en Argentina y al regresar a China a los cinco años olvidó un poco el chino mandarín. Me da ternura su comentario y le doy tranquilidad.

—Ahora eso no va a pasar, podés hablar bien los dos idiomas.

Cuando llegó a Argentina, Chao Xu se buscó un nombre en español como hace la mayoría de los chinos y las chinas. Pero no tuvo que usarlo: para sus compañeros/as de colegio era fácil pronunciar “Chao”, como Manu Chao. Ya vivió más años acá que en China y habla con inconfundible acento porteño.

En 1989 sus papás tuvieron miedo con los sucesos de Tiananmen y buscaron donde emigrar. Por un familiar, también cantonés y que ya estaba en Argentina, lo eligieron como destino.

Tardaron dos años en concretar el viaje. Su historia se parece a la de Kevin. La familia vino por un año a conocer el lugar, hacer contactos y ver cuál era la mejor alternativa de inversión. En ese momento, Chao tenía 6 años. Le quedan pocos recuerdos: haber comido en una parrilla y dormir toda la familia en un único cuarto.

En 1997, importaron máquinas para producir fideos de arroz y empezar un negocio en el barrio de Palermo, apostando sus ahorros al país del “uno a uno”. En el mismo espacio crearon una rotisería y dividían el tiempo en ambos rubros. Toda la familia trabajaba y la presión por aprender rápido español era enorme. Como pasa con muchos niños, niñas y adolescentes migrantes de origen chino, se convirtió en poco tiempo en el nexo de la familia con el mundo exterior: daba explicaciones a inspectores, traducía a su papá con el cardiólogo, defendía a la mamá si le querían cobrar de más en el colectivo.

—Cuando hacía el reparto de la rotisería, me daban moneditas de propina y yo las iba juntando. A veces iba y me compraba un panchito y también juntaba todo lo que podía para ir a un teléfono público y llamar a mi abuela que quedó en China. Cada vez que discaba me ponía a llorar y ella también.

Es que cuando se migra, se pierden los afectos de golpe.

Comenzó la secundaria en Esnaola, un colegio conservatorio que funcionaba en una casa con patio, una comunidad chiquita de menos de 200 personas, donde todos se conocen.

En China le habían enseñado que cuando un compañero hacía algo inadecuado todos lo señalaban con la maestra. Una clase un alumno tiró un bollo de papel al pizarrón y cuando el profesor se dio vuelta, Chao en piloto automático señaló al compañero.

Ese día lo perdonaron. Un migrante aprende rápido algunos códigos.

La señora Chen me trae el cuaderno de comunicaciones y me muestra una nota escolar. Es marzo de 2013. Kevin robó la alcancía del regalo del día de la familia. Sentado cerca, nos mira a las dos:

—No voy a robar más.

Chen me cuenta que su hijo quería comprarse juguetes y no le pidió plata. Quiere saber si hay más información de las maestras. A veces, además de ayudar a Kevin, ayudaba a la mamá a traducir frases y los contextos. ¿Cómo explico sobre el disfraz para el 25 de mayo?

Kevin con sus 10 años también está aprendiendo del contexto.

—Profe, ¿quién es ese argentino que ahora es famoso?— me dice en chino.

—Es el líder de los católicos en todo el mundo. ¿Sabés lo que es un católico? Es como un budista, como Confucio, pero de acá.

Siempre me habla de los chicos de su clase: a uno le regalaron ayer un iPhone. Me pide ayuda para suscribirse a la página de Gaturro, igual que sus compañeros. Llegamos de nuevo al restaurante de la familia y me deja un rato sola en la mesa:

—Profe, voy a ayudar a mi familia— y lo veo dando saltos y colocando bebidas en la heladera mostrador. Tiene 10 años y el trabajo todavía es un juego.

Lo invito a participar de las clases de idioma chino para niños y niñas que se dictan los sábados en el Instituto Confucio de La Plata. Allí, nueve argentinos/as de su edad aprenden los caracteres básicos. Kevin va al pizarrón, corrige, ayuda. Pasar al frente de la clase le cuesta en su escuela, pero en el Instituto parece disfrutarlo.

Conocí a Chao en el año 2006 en un evento de la embajada de China en Buenos Aires. Tocaba el erhu, un instrumento de dos cuerdas con una pequeña caja vibratoria de madera rojiza y un lado forrado con piel de serpiente. No tiene diapasón, y eso hace que encontrar las notas resulte muy difícil. No es un problema para Chao, que ganó el premio juvenil de erhu a los 11 años en Guangzhou, una de las ciudades más grandes y ricas de China.

Desde un rincón, cierra los ojos mientras toca sonidos que a veces recuerdan la voz humana, la cabalgata de un caballo y también su relinchar. Todo eso hacen dos cuerdas y un maestro. Mientras toca, su cuerpo también baila.

Ser distinto a los demás genera inseguridades, pero a veces es una ventaja. Con los años, su técnica llama la atención y conmueve en la escena del tango y de la música clásica. Pasó por la Orquesta de Cámara de La Plata, la Sinfónica Nacional, la banda de tango electrónico Tanghetto y hoy está en la Orquesta del Tango de Buenos Aires. En China, seguro habría sido más difícil, piensa, porque competiría con miles de músicos.

—Soy chino, no soy chino. No es fácil asumir la dualidad, ser diferente. Con el pasar de los años uno lo asume.

Una semana de febrero de 2019 Gladys anda inquieta, su nene Beltrán está enfermo en pleno verano y le da inseguridad mandarlo a la colonia. Abre en WhatsApp el chat de mamás del colegio Lincoln de La Plata.

—Chicas, ¿se enteraron?

Lucas Lin, de cinco años, se separó del resto de sus compañeritos. ¿Necesitaba ir al baño, buscaba a su hermano, tuvo problemas para comunicarse? Aún no se pudo reconstruir lo que pasó las horas antes de la merienda, en que Lucas se ahogó en la pileta del colegio y los responsables de su cuidado no lo advirtieron.

Al día siguiente, se hace la primera marcha convocada por la familia Lin.

-Chicas, ya llegué, ¿me avisan dónde están? – avisa Gladys.

Está la comunidad china local y menos de treinta padres y madres del colegio. La ausencia también se siente en el chat. Con la compra del regalo de la maestra y los actos escolares el chat estallaba y con la muerte de un chico, nada.

Julia, otra mamá, piensa que esto es reflejo de nuestros tiempos, donde estamos ensimismados y cuesta tanto empatizar con las demás personas. Algunas madres y padres comienzan a indignarse, los directivos no aparecen en la marcha ni en la misa que se celebra en la Iglesia San Ponciano. De la sensación de enojo e impotencia surgió el hashtag #ysifueratuhijo y más personas empezaron a solidarizarse con la familia Lin.

Muchas veces se dice que las tragedias no distinguen estatus u origen. El 5 de febrero, un responsable de la colonia llamó a Jianying, la mamá de Lucas. Trataron de explicarle que pasó, pero ella no entendía.

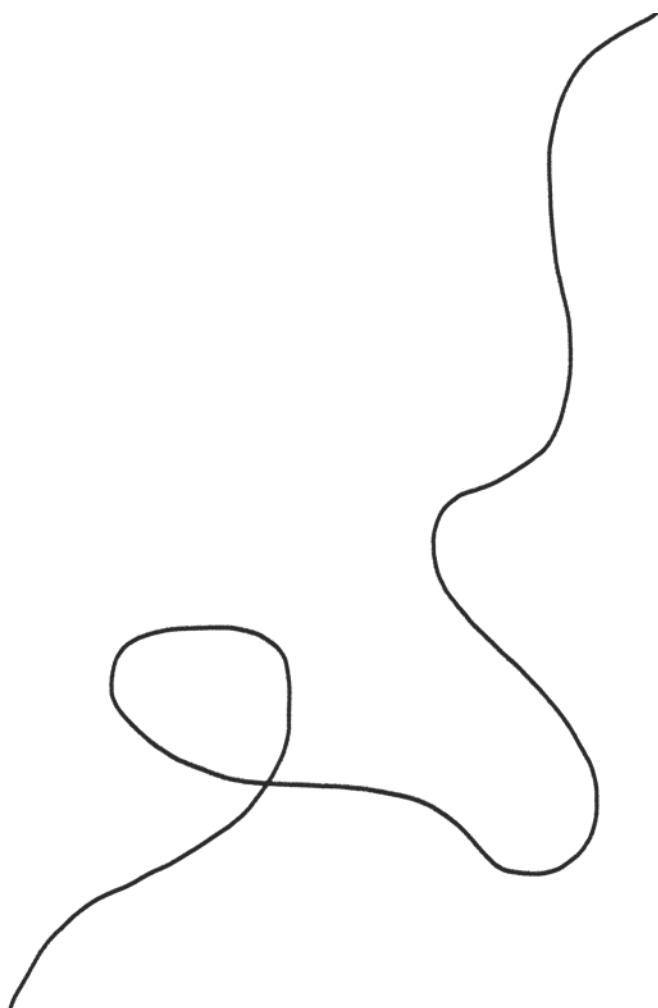
Al día siguiente los periodistas se acercaron a Min, el papá de Lucas. Un amigo migrante chino habló en representación suya. Min tampoco entendía, no les podía decir casi nada, pero sus ojos comunicaban, dilatados, con lágrimas, con impotencia.

Jianying, madre de Lucas, entró en una profunda tristeza y, como sucede con muchos/as migrantes al enfrentar situaciones dolorosas, volvió a su ciudad de origen para estar cerca de su hermana y amigas.

En un país donde predomina la inmigración de países limítrofes de habla hispana, los migrantes chinos tienen una barrera adicional en su adaptación al contexto local. No dominar el idioma invierte algunos roles en muchas familias. Los padres y las madres pasan a depender de sus hijos/as como intérpretes y nexos con la sociedad. Asumen responsabilidades y se convierten en adultos tempranos, especialmente durante la adolescencia.

En los niños/as migrantes e hijos/as de migrantes, los procesos de adquisición de la lengua local suelen ser más tardíos y con eso, la posibilidad de expresar sus emociones, participar activamente de juegos y socializar con sus pares. Es tarea y responsabilidad de quienes están a cargo velar por una mejor integración intercultural que los proteja y respete en su diversidad.

Ante casos como el de Lucas Lin, la falta de redes de contención, de comprensión del sistema de justicia y la dificultad de poner en palabras un reclamo, son factores que, muchas veces, vulneran los derechos de las personas migrantes. En febrero de 2019 Min Lin esbozaba unas pocas palabras en español. Un año y medio más tarde, habla con periodistas y abogados con fluidez. Mientras espera el juicio por el fallecimiento de su hijo, por las noches aprende palabras con un diccionario chino-español. Consulta en la embajada y se prepara para seguir luchando y conseguir justicia.



APUNTES DE ANATOMÍA EN PORTUGUÊS



Por Martín Stoianovich

Ilustración de Malena Guerrero



El departamento donde Caroline Rodrigues se instaló en 2015 cuando llegó desde Iguatama, Brasil, era un monoambiente en el que convivía con otras dos chicas. Las tres cursaban Medicina en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Rosario. Caroline era la única ingresante. Ese nuevo hogar, unos treinta metros cuadrados sin divisiones más que el baño, se había convertido junto a la facultad en su único espacio de pertenencia. Al menos en ese tiempo: meses de adaptación, lejos de la familia y las amistades. El edificio de la facultad -Santa Fe al 3100, macrocentro rosarino- fue una segunda casa. O primera, duda Caroline. Porque había días, muchos, la mayoría, en los que pasaba más horas ahí que en el monoambiente.

Llegaba bien temprano, a las ocho de la mañana y, después de intercalar sus horas entre el estudio en la biblioteca y el cursado de clases, se iba bien tarde, a las ocho de la noche. Volvía al departamento a cenar, a prepararse para el día siguiente y a dormir en la cucheta triple hasta que la alarma sonara de nuevo. A veces le interrumpía el sueño muy temprano, cuando todavía faltaban horas para que el cielo empezara a clarear. Eran sobre todo los días en los que daba el último repaso antes de un examen oral. Necesitaba practicar en voz alta, entonces se despertaba a las cuatro de la mañana y se encerraba en el baño con sus apuntes.

—No tenía otro lugar donde estudiar, porque si no despertaba a las chicas. Era difícil —dice Caroline. Ya tiene 27 años y cursa la etapa final de la carrera. En aquel entonces hacía tiempo que había aceptado las complejidades y sacrificios necesarios para dedicarse a la medicina. Un deseo que, cree, empezó a gestarse cuando era pequeña y su madre la llevaba al centro de salud donde trabajaba. Las dificultades fueron muchas, en ocasiones la desalentaron, pero también determinaron su camino.

Caroline se reconoce autoexigente desde chica: a los 15 años se anotó en un curso de preparatoria al que asistían los alumnos del último año de la secundaria que querían ingresar a alguna facultad. Eligió empezar a prepararse de antemano y cuando llegó el momento, dos años después, se sintió segura. El examen de ingreso duró dos días: 180 preguntas y la redacción de un texto sobre un tema específico. Calcula que para esa época el promedio de aspirantes a ingresar fue de trescientos por vacante. Desaprobó, pero al año siguiente volvió a intentarlo. Se mudó a Belo Horizonte, la capital del estado Minas Gerais, para iniciar otro curso preparatorio. Fue su primera experiencia en una ciudad grande, lejos de ese puntito minúsculo que es Iguatama, con sus ocho mil habitantes, en la inmensidad de Brasil.

—Estudié todo el año, y al final no aprobé. Entonces quedé muy depresiva.

En Brasil las universidades públicas tienen un sistema de ingreso distinto al de Argentina. El Instituto Nacional de Estudios -a través del Sistema de Selección Unificada, dependiente del Ministerio de Educación- implementa el Examen Nacional de Escuelas Secundarias (ENEM por sus siglas en portugués). El resultado de esa evaluación determina quién estará apto para acceder a la educación superior. La alternativa paga es inviable para la mayoría: la cuota mensual de las facultades privadas es altísima, al menos en comparación con el salario básico. Un ejemplo: la carrera de Medicina en la Pontificia Universidad Católica de Río Grande del Sur tiene una cuota de 8.226 reales por mes, unos 1.600 dólares, cuando el salario básico es de 1.045 reales, algo más que 200 dólares.

La gran demanda de aspirantes a la universidad pública y la dificultad de los exámenes de ingreso, así como el costo de las privadas, configuran el escenario del que muchos estudiantes quedan afuera. Ese es uno de los principales motivos por el cual buscan otras posibilidades, entre ellas Rosario.

Caroline se conformó, durante un tiempo, con estudiar Farmacia en una universidad pública de Belo Horizonte con la idea de intentar una transferencia a Medicina. Pero no pudo, fueron tres años de cursar una carrera mientras deseaba otra. Hasta que pensó en anotarse en un programa de intercambio cultural. Fue así que en la búsqueda de posibles ciudades dio con Rosario y su Facultad de Ciencias Médicas de la universidad pública. Se puso en contacto con una conocida que ya se había instalado en Argentina y así le dio forma a aquel anhelo. Dice que quedó maravillada, que se enamoró desde un principio de la facultad. Y que, ante ese cúmulo de obstáculos por los que pasó, la experiencia de vivir de a tres en un monoambiente, de dormir en una cucheta triple y de estudiar en el baño, hoy es un detalle que recuerda sin penas.

La Dirección General de Estadística Universitaria de la UNR publica cada año su boletín informativo. El último, presentado en agosto de 2019, dice que para 2018 del total de estudiantes extranjeros en carreras de grado y pregrado de todas las facultades, el 57,7 por ciento correspondía a brasileros y brasileras en Ciencias Médicas. 2734 estudiantes de un total de 17651 en esa casa de estudios.

Al caminar por Pichincha, Luis Agote y Echesortu, los barrios que rodean a la Facultad de Ciencias Médicas, se puede ver un fenómeno particular. El Mercado del Patio, un paseo gastronómico a 400 metros de la facultad, ofrece productos típicos de Brasil. Cerquita de la esquina de calle Cafferata y Pasaje Potosí, un carro de comida rápida presenta su menú tanto en castellano como en portugués: queijo, presunto, ovo, alho, frango. Y cuando la selección de fútbol de Brasil juega partidos importantes, los bares se tiñen de amarillo.

El crecimiento de la oferta de productos regionales no responde solo a la perspicacia de los comerciantes de la zona, que bien se adaptaron a la demanda. El Sushi Universitario -“el primer sushi brasileño de Rosario”, según sus redes- o Sra Pão de Queijo -un acompañamiento no muy distinto al chipá, salvo su nombre- son ejemplos

de que también los propios brasileños iniciaron sus emprendimientos. Señales de cómo ha cambiado en los últimos años la vida social y comercial en la zona.

Para ingresar al país y anotarse en una facultad de la UNR hay que acreditarse como residente temporario o definitivo, un trámite que se hace en la Dirección Nacional de Migraciones. Aunque también se puede ingresar como turista y en un plazo de treinta días regularizar la residencia de estudiante. Se necesita, además, otra documentación: certificados de estudios legalizados en el país de nacimiento, traducidos y legalizados también en Argentina. Y desde 2017, por ordenanza del Consejo Superior de la UNR, cualquier estudiante no hispanohablante tiene que acreditar el nivel de conocimiento intermedio de lengua española. Son trámites que por cuestiones de idioma y de distancia resultan engorrosos. Y son la principal necesidad para quienes deben dar el primer paso antes de instalarse en la ciudad. Atentas a esas demandas, desde hace unos años surgieron empresas que venden un combo de asesoría para estas gestiones. Al paquete ofrecido también le suman otras comodidades que pueden favorecer la adaptación de sus clientes.

En Rosario hay al menos tres empresas de este tipo. En junio de 2019 se difundió por redes sociales y medios de comunicación el video promocional que hacía una de ellas en Brasil. Una publicidad de un minuto, con voz en off en portugués, que reúne las imágenes de la belleza de Rosario -sus parques, su río Paraná, sus ferias- y resalta su gran ventaja en términos académicos: la facultad pública sin examen de ingreso. Cuando el video se viralizó, empezó una polémica en la Universidad: el vicerrector, entonces recién electo, propuso que se discutiera y se tomaran decisiones alrededor del incremento anual de estudiantes que llegan de otros países.

Una de esas compañías tiene su clave de identificación tributaria en Brasil y se presenta en su sitio web como la primera y única en tener sede en Argentina. vende distintos planes con precios que oscilan entre 2.900 y 3.500 reales, unos 550 y 675 dólares. La diferencia entre uno y otro plan es que el más costoso garantiza un año de cobertura médica, un mes de curso de castellano, un recibimiento con seis horas de bebida y comida libre y un mes de gimnasio gratuito, entre otros beneficios. Su directora llegó a Rosario años atrás para estudiar Medicina pero abandonó la carrera para iniciarse como empresaria. Prefiere no dar entrevistas.

Explica que su trabajo es apoyar al estudiante que está en Brasil en su deseo de llegar a Rosario, pero que los argentinos lo ven mal porque creen que explota con fines comerciales un servicio público como lo es la educación universitaria. Entonces, dice, no le gusta exponer su empresa en Argentina.

Guilherme Lopes Giordani Costa tiene 34 años, llegó a Rosario a fines de 2013 e ingresó en Medicina el año siguiente. Antes de viajar contrató una empresa que decía ofrecer el servicio de asesoría, pero lo estafaron. Perdió el dinero que había invertido y los papeles personales que había confiado. Tuvo que hacer los trámites por su cuenta cuando llegó a la ciudad. El mal trago no lo frenó y hoy, mientras cursa los últimos tramos de la carrera, está a cargo de una cotutoría de primer año. Además, después de haber trabajado en una cochera, en un catering y como cadete,

ahora es chofer de ambulancia. Guilherme no está de acuerdo con las empresas que venden asesoría pero, al menos a las que sí funcionan, les reconoce un punto a favor: cumplen con la contención del estudiante en su primera etapa en la ciudad.

—El estudiante brasileño que viene a Rosario suele quedar circunscrito a la comunidad. Por eso no afianza bien el idioma, ni conoce o adopta la cultura local.

Guilherme buscó otra manera de apropiarse de Rosario. Una estrategia distinta, dice. Es futbolero y no tardó mucho en invitarse a un partido con sus compañeros de pensión. Fue el inicio de una pasión sostenida a pesar de la distancia: nunca dejó su amor por el Cruzeiro, pero encontró su ejemplar rosarino cuando fue a la cancha de Newell's. Se hizo socio y ahora, siempre que puede, es uno más en la tribuna del Coloso Marcelo Bielsa. Dice que eso lo ayudó a adoptar el idioma y a sentirse cómodo en la ciudad. Habla y lo demuestra.

—Yo, si en algún momento no estoy en Argentina, extraño los mates, tengo que comprar yerba, ¿me entendés?

Para Guilherme la asesoría que ofrecen las empresas sirve como contención. Respecto a lo económico todo cierra: el costo de la asesoría, un pago por única vez, es menor que la cuota mensual de las universidades privadas de Brasil. Pero a la vez dice que no son claras al momento de especificar con qué se encontrarán las y los estudiantes en términos académicos. Lo que se presenta como una ventaja, el ingreso sin examen a diferencia de las públicas en Brasil, puede representar una ilusión que se desmorona con el tiempo.

—No todo son flores, hay que estudiar mucho y es muy duro. Si no se aclara eso, ¿qué pasa? Caen a Rosario chicos y chicas de 18 o 19 años, verdes, verdes, verdes y lejos de la familia. A los seis meses, un año como mucho, regresan a Brasil.

Según el boletín estadístico en 2018 hubo 3208 inscriptos en Medicina y se graduaron 573. La diferencia, más allá de los factores que condicionan, puede sugerir la relación entre expectativa y realidad de la que habla Guilherme. Desde su experiencia cuenta que el porcentaje de deserción en Medicina es alto, en general y sin distinción de nacionalidades. Pero que con las y los estudiantes que llegan de otros países se pone en juego el esfuerzo, individual y familiar, potenciado por los gastos y recursos que implica el proceso. Cree que un obstáculo, además de la complejidad de la carrera, es la dificultad en habituarse a la nueva vida. Por eso durante el año 2018 Guilherme encabezó un proyecto de acompañamiento a ingresantes que llegaron de otros países. Tuvo su foco puesto en el acceso a la universidad, pero también en la adaptación, y consistió en que cuarenta estudiantes en curso se ocuparan de cuarenta ingresantes: una tutoría mano a mano. Desde los trámites migratorios y de inscripción hasta la contención que pueden significar unos mates en el parque o un recorrido detallado por la facultad.

Hay otras complicaciones que van más allá de la voluntad, timidez o locuacidad de las y los estudiantes. Son las que dependen de cómo la universidad se predispone,

más allá de la condición de libre y gratuita, para quienes llegan de otros países. Un indicador es el idioma: como cuenta Caroline, que una ocasión le cortaron su exposición oral en un examen porque dijo *criança* en vez de *niño*. Un contraste muy fuerte con el docente que, cuando notó que es brasilera, le dijo que si no entendía algo se lo dijera, que lo podía repetir doscientas veces. Para Gabriel Ariza, profesor adjunto de la cátedra Medicina y Sociedad, el incremento en la cantidad de estudiantes migrantes tiene que abordarse como un fenómeno complejo con una perspectiva social.

—La interculturalidad académica es un potentísimo elemento de desarrollo científico. Dentro del aula cuando hay personas con distintos marcos culturales, de otros países y regiones de Argentina, las consignas y planteos que se suponen universales dejan de serlo.

Eso, explica Ariza, es lo importante para el desarrollo académico de una universidad pública y libre. Que las y los estudiantes de otros países lleguen, se aprovechen y se van sin dar nada a cambio, o que impliquen un gasto para el Estado, son argumentos que se debilitan en la dinámica propia.

Una vez que se instalan viven, consumen y pagan impuestos como cualquier habitante de Rosario. Es que son habitantes de Rosario; un camino que empezó Caroline, al adoptar la universidad como segundo hogar, y también Guilherme, que amplió su corazón futbolero para abrazar la hinchada de Newells como propia sin dejar de amar al Cruzeiro. Como hacen, y están por hacer, tantos miles más.

LA INTERCULTURALIDAD ACADÉMICA ES UN POTENTÍSIMO
ELEMENTO DE DESARROLLO CIENTÍFICO

PASIÓN DE CAPORALES



Por **Andrea Gago**

Ilustración de **Florencia Merlo**



Emily es mamá, tiene su propio grupo de baile y diseña flyers de difusión para algunas celebraciones de la comunidad boliviana en Comodoro Rivadavia, en otros lugares de Argentina y Bolivia. En el medio de todas esas actividades, estudia la licenciatura en educación en la Universidad Nacional de la Patagonia.

Ella repite: “Para mí lo cultural es muy importante, y aunque no nací allá, trato que no se pierda”. “Allá” es Bolivia. Su familia vivía en un pueblo cercano a la frontera con Jujuy. Cuando su mamá quedó embarazada, migraron a Mendoza. Allí nació y a los pocos años se fueron a Córdoba. En esa ciudad pasó parte de su infancia. Recuerda que solía quedarse en su habitación encerrada con llave: su mamá temía que algo le sucediera cuando la dejaba sola para ir a trabajar. Antes de irse le preparaba una olla pequeña con el almuerzo, y Emily comía y volvía a dormir. Después, esperaba a su primo para jugar, a través de la puerta, con las piedritas que él le tiraba por arriba de la ventana.

—Como si fuera un gato enjaulado yo. Y así me dejó un año, me acuerdo.

A los 8 años llegó a Comodoro Rivadavia junto a su madre, su padrastro y su hermano. Vivió en el centro hasta que consiguieron una casa junto a otros paisanos en lo que hoy es un barrio de la zona sur. Su casa de la infancia queda a un par de cuadras de una escuela secundaria a la que asisten sus hermanas. La misma escuela a la que van Kevin y Luz, jóvenes que migraron desde Bolivia con sus familias.

En esta ciudad el Cerro Chenque es una clara frontera que distancia la zona norte, donde se pueden encontrar pozos petroleros activos y abandonados junto a las viviendas, de la zona sur, que creció sin una organización tan clara. Tiene 563 km² de extensión y posee alrededor de cincuenta barrios donde viven 177.038 personas, según el censo nacional 2010 del INDEC. Otras estimaciones duplican ese número. Es una de las ciudades más grandes de la Patagonia. Desde sus orígenes fue destino de muchas personas que buscan trabajo a partir del descubrimiento del petróleo en 1907.

Ya es mitad de 2019, y en el fondo del aula Kevin mira en silencio su hoja en blanco. La consigna: escribir un borrador de su autobiografía.

A Kevin le apasiona el piano. Aprendió a tocar con un amigo y fue unos años a una academia hasta que su padre ya no pudo pagarla. Es un estudiante que cumple con sus tareas y participa cada vez que las maestras proponen una consigna. Este es su cuarto año en la escuela; a la mayoría de sus compañeros los conoce desde la primaria.

Pero esta tarea lo paraliza. Mientras el resto del grupo avanza entusiasmado, él aún no escribe.

Llega la vicedirectora, que es profesora de geografía, para sumar algo más a la consigna: da referencias cartográficas para que armen mapas que acompañen sus relatos biográficos.

Para ejemplificar, pregunta si alguien vino de otro país. Nadie dice nada. Un silencio habitual cuando una autoridad interroga. La vice mira y por fin una tímida mano se levanta. Kevin habla en voz baja y con frases cortas. Cuenta que llegó a Comodoro a los ocho años, en colectivo, luego de pasar por Buenos Aires. Y que nació en Bolivia. Ante sus pausas, las chicas de adelante giran y le preguntan, para que se explye:

— ¿Te olvidaste, Kevin?

La vicedirectora hace un mapa en el pizarrón, marca los lugares que nombró y le da ideas para su relato.

Meses más tarde, termina la tarea. Al boceto de su mapa le puso palabras que dan cuenta de sus viajes: Yacuiba, Tarata, la villa 1-11-14. Bolivia, Argentina.

Quienes han migrado a Comodoro desde diferentes zonas del Estado Plurinacional de Bolivia, mayoritariamente de zonas rurales de la Región de Cochabamba, lo han hecho a través de redes de paisanaje y parentesco. La mayoría se ha asentado en la zona sur de la ciudad.

En diciembre de 2019 se calculaba que en toda la provincia del Chubut había alrededor de 20.000 migrantes de Bolivia, aunque no hay relevamientos oficiales. Comodoro Rivadavia concentra entre 5.000 y 7.000.

Emily sigue siendo una joven dentro de la “comunidad boliviana” de Comodoro Rivadavia a pesar de tener más de 25 años, un hijo que está a punto de terminar la primaria y ser estudiante universitaria. Después de egresar del secundario quería estudiar diseño gráfico, pero la carrera se daba en un instituto privado y no podía

pagarlo. Pensó en inscribirse para maestra jardinera en un instituto público de formación docente, pero ya no había cupos.

Una tarde, mientras trabajaba como empleada doméstica, su jefa, que sabía sobre su interés por el estudio y sus buenas calificaciones en la escuela, le sugirió que intentara ir a la universidad. Ella lo hizo.

En su foto de perfil de Facebook viste un traje de caporales, una danza folclórica de Bolivia. Baila desde pequeña y hace algunos años formó su propio grupo, luego de la insistencia de sus amigas para que les enseñara. Después de varios ensayos y de coser sus propios trajes a mano con las telas, hilos y lentejuelas que tenía su mamá, decidieron que era momento de presentarse ante un público. Un domingo de carnaval fueron al centro de Comodoro Rivadavia y se sumaron a la pasada de una reconocida fraternidad, una de las tantas agrupaciones de migrantes de Bolivia que se reúnen para bailar.

El reto del referente de ese grupo, un “boliviano neto-neto” que tiempo atrás la había invitado a sumarse a su fraternidad, le marcó que había transgredido ciertas reglas. Tenía que pedir permiso para bailar en el carnaval y necesitaba de un adulto que respaldara y organizara a su grupo, un pasante que fuese un paisano, es decir, un boliviano.

La música y el fútbol son dos de los hobbies de Luz, una joven de 15 años que participa de un grupo de danza boliviana. Los ensayos suelen ser los domingos, afuera del Centro de Información Pública que queda en el corazón de Comodoro Rivadavia. Se presentan en carnavales, fiestas de 15 y celebraciones que la comunidad migrante organiza en la ciudad y otros pueblos cercanos.

Una tarde de abril de 2019, Luz dibuja en su carpeta un zapato de tacos a medio pintar con un sombrero azul. Se alcanza a leer “Tinkus de mi corazón. Mi pasión es el Salay”. La “S” la dibuja en forma de clave de sol.

—Bailar es mi pasión —dice Luz, que expone frente a su curso en una actividad de la clase de lengua. La consigna era elegir un objeto que la representara y llevarlo a clase. Luz no duda. Elige su traje de Salay, con el que baila una música típica de algunas regiones de Bolivia: la pollera amarilla bordada a mano con hilos verdes y rojos, un sombrero y un cinturón en los mismos tonos; todo traído de allá. Kevin está entre el auditorio. Es la primera vez que Luz hablaba de esto en el aula. Orgullosa, relata cuando bailó en su fiesta de 15 años. La exposición se extiende más de lo planeado, sus compañeras hacen preguntas y le dicen que muestre un baile. Pide a una de las chicas que busque la canción en su celular y un estudiante dice por lo bajo “Una vez vi a un boli disfrazado”. Luz no parece haber oído este comentario, común entre quienes desacreditan estas prácticas.

Sobre su ropa de la escuela, se pone el traje. Las zapatillas le dificultan los pasos. No es lo mismo que bailar con tacos, como está acostumbrada.

Luz baila tinkus y Emily, caporal, pero se encuentran en los mismos escenarios. El curso del “Moure”, barrio popular de la zona sur, es organizado por varias familias migrantes que desfilan en comparsas por calles de tierra. Los coloridos banderines atados en los postes de luz marcan el espacio preparado para los festejos. En las veredas hay puestos de ventas y los salones de las casas, con sus puertas abiertas de par en par, se usan como vestuarios para los bailarines. En las calles no hay autos sino nenes y nenas que corren con pistolas de agua y bombuchas; mujeres vestidas de cholitas con collares y polleras coloridas, y hombres con vasos que charlan y ríen. De fondo, se escuchan las coplas en quechua. Las banderas de Bolivia flamean sostenidas por algunos varones de las comparsas.

Aunque en el febrero patagónico no haga tanto calor, el carnaval se vive con la misma intensidad que en Cochabamba

El feriado de carnaval encuentra la calle San Martín cortada para el desfile de murgas y grupos de baile. Son dos días de trajes llenos de color, espuma, música y vallas. Luego de la presentación de la murga de un barrio de zona norte, el locutor oficial anuncia que se empiezan a ver banderas argentinas y bolivianas.

—Queda demostrado que podemos convivir como hermanos latinoamericanos— anuncia, y repite varias veces el mensaje de fraternidad.

Los bailarines de caporales y tinkus llenan la calle principal de la ciudad mientras la música sale de un vehículo con parlantes. Detrás de él desfilan tres fraternidades, tres autos, dos banderas argentinas y un par de wiphalas, las banderas que representan a los pueblos originarios de América.

Una mujer se asombra por los trajes y el señor que está a su lado comenta que los ve ensayar en la Cancha de Nueva Generación.

—Se ve que unos son petroleros porque se bajaban de la camioneta con trajes azules, todos iguales— dice.

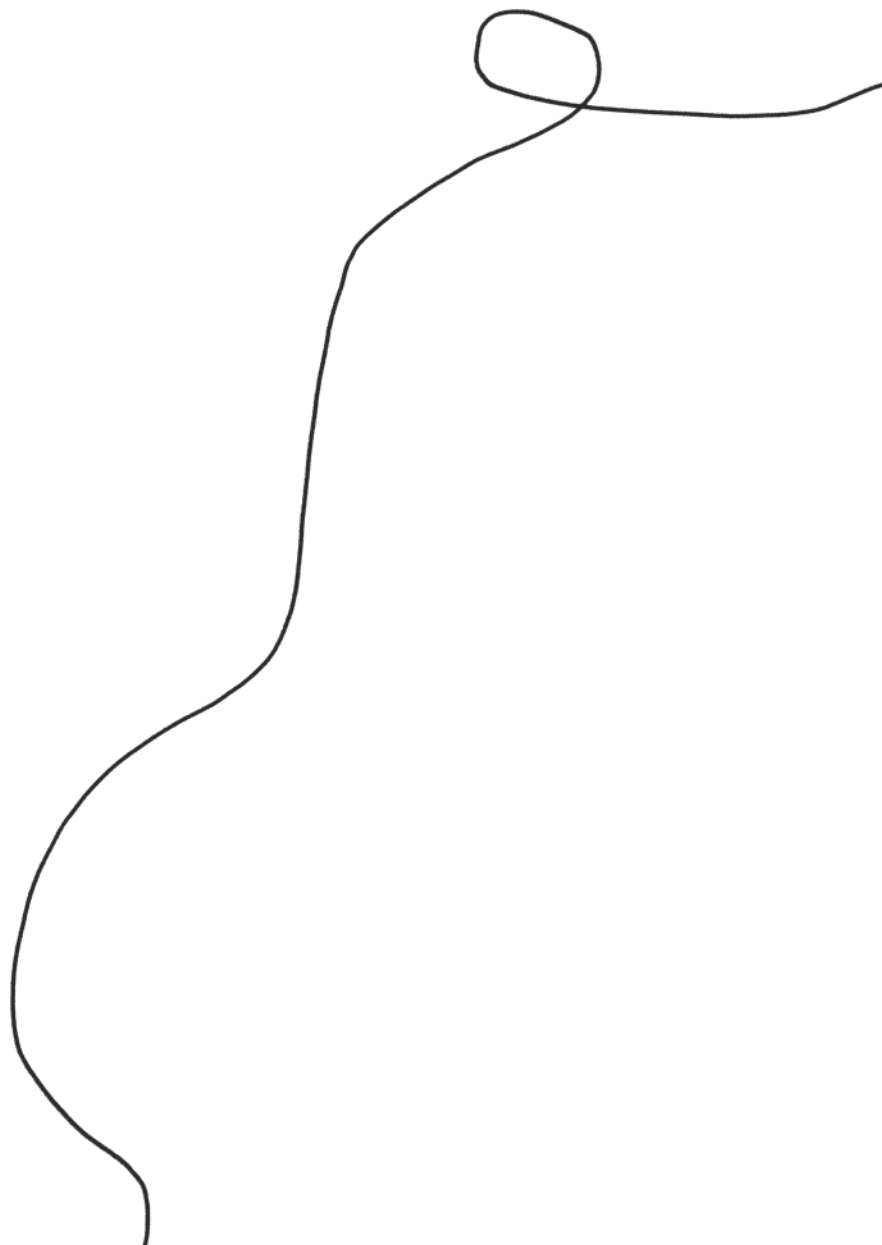
Emily, la joven que baila hace 17 años y pasó por 15 carnavales, dice que así se manifiestan las “diferencias económicas dentro de la comunidad”.

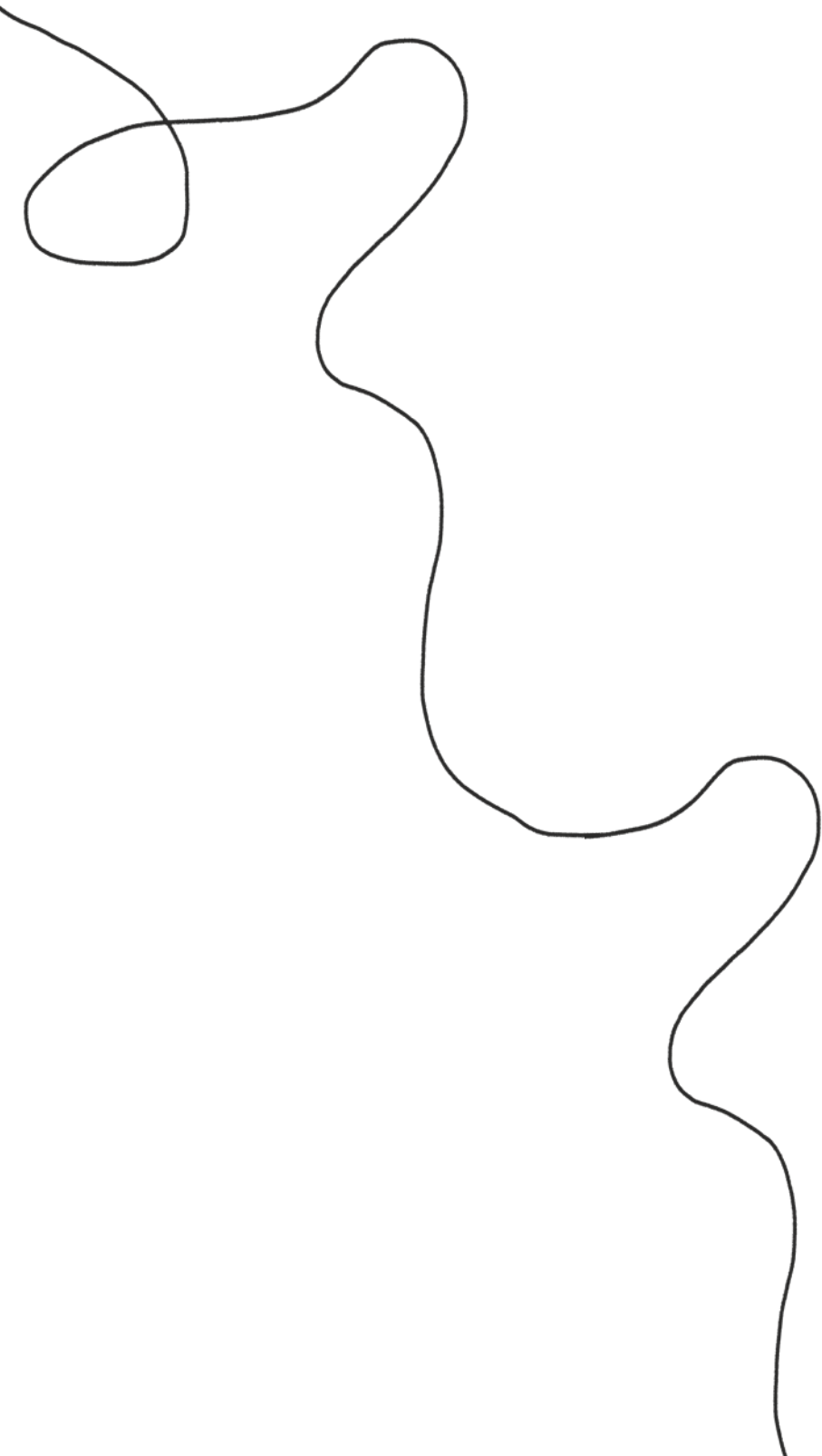
Cuando migraron, las familias de Emily, Kevin y Luz trajeron con ellas su música y tradiciones. A través de las festividades comparten pertenencias, saberes, gustos y sentidos sobre la vida. Durante meses se reúnen para preparar la fiesta de la Virgen de Copacabana, la más esperada. Llenan una cancha de fútbol durante dos días con bailes, comidas y encuentros entre paisanes. Conseguir un espacio tan grande en la ciudad

no es fácil, ni está libre de conflictos: algunos residentes de Comodoro Rivadavia lo reprueban. Los dueños de los lugares que alquilan ven al ritual a la Pachamama, en el que arrojan bebidas al suelo como ofrenda, como antihigiénico. En esa negociación, siempre encuentran una alternativa para celebrar en comunidad. Aunque, claro está, no todas las familias migrantes participan de estos festejos. Algunas mantienen sus tradiciones en la intimidad de las casas; a otras, no les interesa.

Ser migrante de Bolivia en la escuela está lleno de sentidos y prejuicios que llevan a elegir qué se quiere compartir y con quién. Contar de dónde vienen, sus experiencias y quiénes son, puede no ser fácil a pesar de que conozcan a sus compañeros desde hace muchos años. Luz se presentó como migrante el primer día de clases. Los amigos de Kevin lo conocieron como migrante mucho tiempo después, a través de una tarea escolar.

En una misma ciudad, en una misma escuela, ser migrante y joven se puede vivir de formas muy diversas.





CRONISTAS

Lucía Blasco

Es Antropóloga (UBA) y doctoranda en Antropología Social (IDAES- UNSAM). Trabajó en la Fundación Comisión Católica Argentina de Migraciones (FCCAM) en proyectos de inclusión integral destinados a migrantes extra-MERCO-SUR, solicitantes de asilo y refugiados/as. Se especializa en el estudio de la radiodifusión boliviana en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Es docente en el Ciclo Básico Común (UBA) y becaria doctoral CONICET.

María Fernanda Chaves

Periodista (TEA) y Licenciada en Humanidades y Cs. Sociales por la Universidad de Palermo. Se especializa en temas relacionados con los Derechos Humanos. En 2018 fue convocada para representar a la Argentina en la Cumbre de Jóvenes por los Derechos Humanos, en la sede de Naciones Unidas en Nueva York. Coordina el área de comunicación de Human Rights Post, un proyecto independiente creado para denunciar violaciones a DDHH en distintas partes del mundo.

Alejandra Conconi

Licenciada en Estudios Orientales (Universidad de Salvador) y Doctoranda en Antropología Social (UNSAM). Se especializa en las relaciones del trabajo y encuentros entre argentinos y chinos en el ámbito empresarial. Trabaja como interculturalista y etnógrafa en empresas, donde realiza diagnósticos de cultura organizacional y ayuda en la mediación entre chinos y argentinos. En la actualidad ejerce la dirección ejecutiva de la Cámara Argentino – China de Producción, Industria y Comercio y asesora en GROW, Género y Trabajo.

María Luz Espiro

Doctora en Antropología por la Universidad Nacional de La Plata y becaria postdoctoral de CONICET. Vivió un tiempo en Chubut, donde escribió su tesis sobre trayectorias laborales de migrantes senegaleses entre Argentina, Brasil y Senegal, que defendió en 2019. Obtuvo distintas becas para investigar la migración senegalesa en Argentina, área sobre la que dictó clases en distintas universidades.

Andrea Gago

A los 18 se mudó de su natal Tierra del Fuego a Comodoro Rivadavia, Chubut, para estudiar Ciencias de la Educación en la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco. Trabajó como acompañante pedagógica, profesora en el nivel secundario y superior. En la actualidad es madre de dos hijas, profesora y becaria doctoral de CONICET. Investiga sobre trayectorias educativas de jóvenes pertenecientes a familias que han migrado de Bolivia.

Ana Gabriela González Briceño

Nació en Boconó, Trujillo. Después de estudiar Letras en la Universidad Central de Venezuela, Ana Gabriela hizo carrera como periodista, oficio que ejerce de forma independiente. En 2018 migró a Argentina. En redes sociales lleva adelante la campaña #DejemosElMito, que promueve la Salud Mental desde una perspectiva que no estigmatizante.

Micaela González Valdés

Es historiadora por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y graduada de la Diplomatura Superior en Migraciones, Movilidad e Interculturalidad en América Latina de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Dicta clases de grado en la Universidad Nacional de Córdoba y se desempeña como Becaria Doctoral de CONICET. Su tema de investigación está referido a la migración haitiana, el Estado y raza, bajo un enfoque de derechos humanos.

Gisele Kleidermacher

Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani perteneciente a la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Allí también se desarrolla como docente en grado y posgrado. Sus áreas de investigación se centran en las migraciones senegalesas y la construcción de representaciones sociales hacia diversos grupos migratorios.

Jung Eun Lee

Nació en 1988 en Seúl, estudió Geografía en la Universidad de Kyung Hee y, con el pretexto de su carrera, recorrió varios continentes. En 2014 migró a Buenos Aires para hacer la Maestría de Estudios Sociales Latinoamericanos (FSOC-UBA). Actualmente dicta clases en esa facultad sobre problemas de política internacional y migración asiática en América Latina. Fue becaria doctoral del CONICET y desde 2021 trabaja en el Centro Cultural Coreano. También participa en los encuentros de La Vía Campesina como intérprete voluntaria para la Asociación de Mujeres Campesinas Coreanas desde 2017.

Marilyn Oviedo

Venezolana y nómada por elección, Marilyn Oviedo migró en octubre de 2018 a Argentina, donde se desempeña como asistente jurídica y referente para organizaciones vinculadas a la protección de derechos de las personas en contexto de movilidad humana. Hija de un chef y de una mujer profesora universitaria de hotelería y turismo, estudió abogacía y se define como confidente, perseverante y aficionada a la fotografía de atardeceres.

Anita Pouchard Serra

Fotoperiodista y narradora visual franco-argentina. Sus trabajos giran en torno a la identidad, la migración y el territorio desde un enfoque transdisciplinario. Entre otros reconocimientos, recibió un Pulitzer Center Grant for Crisis Reporting y la beca Moving Walls del Open Society Foundations. Ha publicado en The New York Times, Le Monde, Washington Post, Bloomberg, Geo Magazine, Days Japan. Realizó exposiciones en Francia, Argentina, México, EEUU, España.

Jesús Rodríguez

Nació en Maracay en 1984. Es Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Editor y cronista. En 2016 ganó el Primer premio de poesía en el Concurso de Arte de la Legislatura Porteña. Colabora en el fanzine digital Uoiea. Trabajó 4 años como mozo en un restaurante en San Isidro. Sigue trabajando el tema de la migración ahora a nivel audiovisual. Vive en Buenos Aires.

Macarena Romero

Es Politóloga por la UBA. En FLACSO obtuvo dos Diplomaturas: una en Antropología Social y Política y otra en Migración e Interculturalidad en América Latina. Tiene un posgrado en Comunicación, Géneros y Sexualidades (UBA) y es miembro del equipo de AMUMRA (Asociación de Mujeres Unidas, Migrantes y Refugiadas en Argentina) y de la red académica RITHAL (Red Internacional de Trabajadoras del Hogar de América Latina). Dice que la escuela de la episteme feminista le enseñó a convivir con las tensiones, a fluir en la trama.

Martín Stoianovich

Nació en 1990 en San Nicolás de los Arroyos, y desde 2008 vive en Rosario. Es Licenciado en Periodismo por la Universidad Nacional de Rosario. Durante cinco años fue colaborador del diario Rosario 12, y también publicó en medios como Revista THC y El Estornudo (Cuba). Integró el colectivo Raíz, que entre 2016 y 2017 produjo crónicas, documentales y ensayos fotográficos. Desde 2019 trabaja en un proyecto becado por el Fondo Nacional de las Artes. Actualmente es redactor del Boletín Enredando y diario La Capital (Rosario).

ILUSTRADORXS Y FOTÓGRAFXS

Andrés Cuenca Aldecoa

Nació en Montevideo en 1977. Comenzó sus estudios en fotografía en la Casa de cultura del Prado y posteriormente con el fotógrafo uruguayo “Panta” Astiazaran. Estudió antropología en la Universidad de la República (Uruguay) y en Costa Rica, donde vivió por varios años. Desarrolló proyectos documentales sobre la comunidad senegalesa y la colectividad nikkei. Actualmente vive en Canadá, donde trabaja como fotógrafo independiente.

Juan Dellacha

Es ilustrador y diseñador gráfico egresado de FADU/UBA, donde trabaja como docente. Desde hace algunos años colabora de manera independiente para estudios y agencias en diversos proyectos. Se especializa en la creación de recursos visuales para marcas, emprendimientos, revistas y eventos de distintos rubros.

Malena Guerrero

Nació en 1993 en Rosario. Es licenciada en Diseño de Comunicación Visual por la UNR. Trabaja como ilustradora y animadora freelance para medios digitales e impresos. Es integrante de la colectiva gráfica Cuadrilla Feminista.

Florencia Merlo

Ilustradora y diseñadora gráfica, graduada de la Universidad de Buenos Aires. Trabajó en varios estudios dedicados al mundo editorial, la animación y la moda. Se desempeña de manera independiente y participa en distintos proyectos colectivos.

Santi Pozzi

Nació en Capital Federal y estudió Diseño Gráfico en la Universidad de Buenos Aires. En 2010 fundó el taller de serigrafía Imprenta Chimango, con el que realizó posters para bandas nacionales, como Litto Nebbia y La perla irregular, e internacionales, como Tame Impala, Queens of the Stone Age y Pearl Jam. Sus posters participaron de exposiciones en Argentina, Estados Unidos, México, Colombia, España, Alemania e Inglaterra.

Un grupo de catorce periodistas y académicxs trabajó codo a codo durante dos meses en un proyecto tan ambicioso como necesario y urgente. Con el apoyo de OIM y Anfibia, y guiados por la maestra Sonia Budassi y la experta en Comunicación Intercultural Gimena Pérez Caraballo, escribieron catorce historias que se anudan, entrelazan y

componen el rompecabezas de la movilidad humana actual en Argentina. Si la migración es un hecho social total, en estos relatos encontraremos historias de vida transnacionales; reflexiones sobre infancias, trabajo y educación; organización y solidaridad migrante; deseos, miedos, frustraciones, logros, esperanzas, futuros. ¡Pasen y lean!

